



Guíame al desierto

Índice

Este número	3
Retiro	5
Formación	20
Comunicación	31
Vida salesiana	47
Pastoral Juvenil	53
La Solana	61
Familia	72
Lectio divina	84
El Anaquel	92
La levedad de los días	98

Revista fundada en 2000

Tercera época

Dirección: Mateo González

✓ forum@salesianos.es

Jefe de redacción: José Luis Guzón

Equipo asesor: Juan José Bartolomé, Segundo Cousido, Carlos Rey, Jesús Rojano, Óscar Bartolomé, Samuel Segura, Xulio César Iglesias e Isidro Lozano.

Depósito Legal: LE 1436-2002

ISSN: 1695-3681

🎯 Presentación



Llega la Cuaresma, tiempo especial de preparación a la Pascua en el que en nuestra oración podemos decir: “Toma mi mano, guíame al desierto, y que nos encontremos a solas, tú y yo. Necesito contemplar tu rostro, me hace falta la calidez de tu voz, caminar juntos...y callar para que hables tú. Me pongo en tus manos, quiero revisar mi vida, descubrir qué tengo que cambiar, afianzar lo que anda bien, y sorprenderme con lo nuevo que me pides”. Y es que la cuaresma es un tiempo que intenta disponernos a la entrega total de nuestra vida al estilo de Jesús.

Esta lectura la podemos llevar al interior de nuestra reflexión sobre la familia. Así Eugenio Albuquerque, en la sección “**Familia**”, nos propone robustecer la familia y recuperar la responsabilidad educativa que implica una verdadera voluntad personal, social y política, un compromiso transversal, un pacto familiar-educativo de gran alcance en el que puedan estar presentes todas las instituciones civiles, las fuerzas sociales, los diferentes partidos políticos, que ponga en el centro el valor y la verdad de la familia, su dignidad humana y su importancia.

Sobre la familia es la conferencia de la sección de “**Formación**” que lleva el título “La familia, cuna del amor y de la vida” y que parte de la escena bíblica de la Presentación de Jesús en el Templo.

En el “**Anaquel**” colocamos en esta ocasión algunos de los materiales preparados por la Compañía de Jesús a partir de la adaptación cinematográfica de la novela *Silencio*.

Por otro lado, la “**Lectio Divina**” que Juan José Bartolomé, siempre con el tema de la oración como trasfondo, nos ofrece se centra en esta ocasión en una parábola y un conjunto de sentencias sobre actitud que se espera de quien ora.

Temática compartida por otra sección en este número. En “**Pastoral juvenil**” se presenta una “buena práctica” de oración con niños con un artículo sobre “El oratorio: experiencia de encuentro con Dios”.

En la sección de “**Comunicación**” seguimos en claves salesiana. En esta edición con el artículo “Redes sociales y asistencia salesiana, una mirada desde el Sistema Preventivo”, de Francisco. Javier Valiente.

Como “**Retiro**” ofrecemos una reflexión hecha en el seno de la Unión de Superiores Generales en Roma a partir del tema del próximo Sínodo de los Obispos dedicado a los jóvenes.

En “**La solana**” se nos ofrecen materiales muy útiles con las situaciones que la ancianidad general en la vida consagrada. En este número se nos propone una forma saludable de vivir y de envejecer. Todo un reto.

No faltan en este número algunas de nuestras secciones inéditas, como las reflexiones de “**Vida salesiana**” de Carlos Rey y las reflexiones matutinas a partir de vivencias cotidianas de Isidro Lozano en la “**Levedad de los días**”.

La vida religiosa y los jóvenes¹

Antonio M. Pernia, SVD

En un primer momento me ha parecido una paradoja el que se hubiese pedido a un viejo religioso hablar sobre este tema de la vida religiosa y los jóvenes. He pensado que hubiese sido mucho mejor haber pedido a un joven religioso que hablara sobre el tema. Pero como ustedes saben es difícil decir 'no' a David. En su manera tan amable y señorial, me convenció que yo tenía algo que compartir sobre el tema. Así que aquí estoy “con temor y temblor.”

En cualquier caso, he tratado de abordar la paradoja consultando a unos cuantos religiosos jóvenes por medio de un cuestionario muy sencillo y una entrevista. Unos 50 han respondido al cuestionario y cinco aceptaron, además, ser entrevistados. Así que estas reflexiones no son solo portadoras de mis ideas, sino también de la experiencia de algunos religiosos jóvenes.

Quisiera dividir esta ponencia en dos partes. En la primera, quisiera explorar la pregunta sobre quiénes y qué son los jóvenes hoy. En la segunda parte, quisiera sugerir una visión de la vida religiosa que podría ser relevante para la juventud de hoy.

Primera parte: Quiénes y qué son los milenials

1. Las cohortes demográficas después de la segunda guerra mundial.

A los jóvenes de hoy se les llama en general los “Milenarios.” Cuando se habla de “Milenarios” aflora inevitablemente a nuestra mente el tema de las “cohortes demográficas”. En demografía y estadística, una “cohorte” es un grupo de sujetos que han compartido un evento particular durante un tiempo particular, por ejemplo los que han estudiado en la Universidad Gregoriana entre los años '60 y '70; o los que han sido superiores generales entre los años '90 y el 2000².

¹ Texto original en inglés de dos intervenciones en la Unione Superiori Generali (noviembre de 2016).

² Cfr. [https://en.wikipedia.org/wiki/Cohort_\(statistics\)](https://en.wikipedia.org/wiki/Cohort_(statistics)).

Como sabemos los expertos en demografía y estadística han agrupado las generaciones después de la segunda guerra mundial, por lo menos en Estados Unidos y en los países occidentales, en cohortes y, precisamente, en los “Baby Boomers” (1946-1965), la Generación-X” (1966-1985), y en los “Milenarios” o “Generación-Y” (1986-2005).

1.1. Baby-Boomers³. Los nacidos después de la segunda guerra mundial (es decir, entre 1946 y 1965). Es la generación que ahora tiene de entre 60 a 70 años.

1.2. La Generación-X⁴. Es la generación nacida después del baby boom de la posguerra, entre 1966 y 1985. Sería la generación que ahora tiene de entre 40 a 50 años.

1.3. Milenarios⁵. Es la generación nacida entre 1986 y 2005. Estaría formada por los que ahora tienen de entre 20 a 30 años - dicho con otras palabras, precisamente los formandi que se encuentran en nuestras casas de formación, en los niveles de pre-noviado, noviado y post- noviado. A esta generación se la llama también “Generación-Y”, es decir la generación que llega después de la “Generación-X”. Pero es mejor llamarla los “Milenarios”, es decir los que eran adolescentes y jóvenes a la llegada del nuevo milenio.

Otros nombres que se dan a esta generación son: la “Generación Nosotros”, la “Generación Global”, la “Generación Siguiete” y la “Generación Z, o Nativos Digitales”. Y otro nombre todavía es “Echo Boomers”. Debido al aumento de la tasa de natalidad en los años '80 y '90, esta generación es considerada como un eco de la generación “Baby Boomer” de la posguerra.

Son muchos los rasgos característicos que describen a esta generación, pero el fundamental es que se trata de la generación que ha crecido en el contexto de la

³ Cfr. https://en.wikipedia.org/wiki/Baby_boomers. En los años de la posguerra hubo una ‘explosión’ de nacimientos, y el índice de natalidad empezó a disminuir hacia los años '60. De aquí el término “baby boomers.”

⁴ Cfr. https://en.wikipedia.org/wiki/Generation_X. El término “Generación-X” lo acuñó el fotógrafo húngaro Robert Capa. Lo utilizó como título de un ensayo de fotos sobre jóvenes, hombres y mujeres, que se criaron inmediatamente después de la segunda guerra mundial. Al describir su intención, Capa dijo “Llamamos a esta generación desconocida, la Generación X, ... ” El término se hizo popular con Douglas Coupland en su novela, publicada en 1991, titulada *Generation X: Tales for an Accelerated Culture*, sobre el estilo de vida de jóvenes adultos a finales de los años '80. Y el significado del término es justamente la generación después de los baby- boomers.

⁵ Cfr. <https://en.wikipedia.org/wiki/Millennials>. Varios autores difieren ligeramente en la fechas que asignan al comienzo y al final de esta generación. Algunos dicen “el comienzo de la década de los '80 hasta el comienzo del año 2000”. Otros se refieren a esta generación incluyendo en ella los que tenían de entre 10 a 20 años el 11 de septiembre del 2001 (o la tragedia del 11/9). Y a esta generación la llaman “la Generación del 9/11”. Lo que yo designo como Generación Milenaria (los nacidos de 1986 a 2005) viene del Harvard Center for Housing Studies de la Universidad de Harvard, que asigna un periodo de 20 años a cada generación nacida después de la segunda guerra mundial. Cf. https://en.wikipedia.org/wiki/Generation_X.

“globalización”⁶. Como sabemos, la globalización experimenta el mundo como una aldea global, resultado éste de los cambios epocales que han tenido lugar en la tecnología de la información, de la comunicación y del transporte. Ha habido un corte drástico de las distancias. Ahora pueblos y lugares están conectados mucho más fácilmente y, ahora, vivir en el mundo se parece a vivir en una aldea. Así que podríamos definir la globalización como la contracción del tiempo y del espacio, que resulta de la creciente interdependencia de pueblos de diversas naciones y culturas⁷.

Y así esta generación es la que creció con el ordenador, con Internet, con los móviles, con las redes sociales, con la realidad virtual. Y es éste el mundo en el que habita, el mundo que moldea su conciencia, sus valores y sus actitudes. Así que podemos reformular la frase de Descartes “*Cogito, ergo sum*” en “*Colligo, ergo sum*”. Estoy conectado, luego existo. Los individuos de esta generación deben estar conectados a Internet, con el mundo virtual, con las redes sociales. Si no lo están, no existen. Existen solo si están conectados. “*Colligo, ergo sum*”.

2. La generación post-moderna

Otro nombre con que se indica a la generación del milenio que estamos considerando es el de “generación post-moderna”, aunque el término “post-modernidad” o “post-modernismo” tiene diversas connotaciones y aplicaciones. Tal como implica el término, el post-modernismo es un movimiento de finales del siglo XX que se manifestó en el ámbito de las artes, de la arquitectura, de la literatura, de la música y de la filosofía como reacción al “Modernismo” y distanciamiento del mismo.

2.1. Modernismo⁸. El Modernismo es un movimiento filosófico nacido del fenómeno histórico de la Ilustración del Siglo XCVIII en Europa, con su optimismo de romper barreras y caminar hacia un progreso social nunca visto antes. Estas barreras eran autoridades externas impuestas a la mente humana, como por ejemplo la tradición en general y la Iglesia en particular. La razón debía pues emanciparse de estas barreras y dejar rienda suelta a la búsqueda de la verdad sin restricciones. El Modernismo se vio impulsado y alentado por la Revolución Industrial que llevó a

⁶ Cfr. USG (Unión de los Superiores Generales), *Dentro de la globalización: Hacia una comunión multicentrada e intercultural*, (Roma: Editrice “Il Calamo”, 2000), p. 10-21; John Fuellenbach, *Church: Community for the Kingdom*, (Manila: Logos Publications, 2000), p. 107-108; SVD XV General Chapter, “Chapter Statement”, *In Dialogue with the Word*, No. 1, Sept 2000, p. 16-20; John Allen, *The Future Church* (NY: Doubleday, 2009), p. 256-297.

⁷ Cfr. David Harvey, *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change* (Cambridge, MA: Blackwell, 1990). O, “The growing planetary interconnectedness driven by technology, communications, travel, and economic integration”. John Allen, *The Future Church*, p. 257.

⁸ Cfr. <https://en.wikipedia.org/wiki/Modernism>. También Paul Knitter, *Introducing Theologies of Religions* (New York: Orbis Books, 2002), p. 173-177; Harold Netland, *Encountering Religious Pluralism: The Challenge to Christian Faith and Mission* (Illinois: Intervarsity Press, 2001), p. 55- 91, 124-157.

transformaciones enormes y de amplio alcance en la sociedad occidental a finales del siglo XIX y al comienzo del siglo XX. Entre los factores que moldearon el Modernismo podemos citar el desarrollo de las sociedades industriales modernas y el rápido crecimiento de las ciudades.

Como manera de pensar, el Modernismo se caracteriza por la “auto-conciencia” o “auto-referencia”. Esto supone confianza en la razón y en la racionalidad, afirmación del poder de los seres humanos para crear, mejorar y re-moldear su medio-ambiente con la ayuda de la experimentación práctica, del conocimiento científico y de la tecnología⁹. Pero la confianza que el Modernismo tenía en la razón y en el poder de los seres humanos para alcanzar el progreso se derrumbó con las dos guerras mundiales. Esta horrible experiencia llevó al surgimiento del post-modernismo en la segunda mitad del Siglo XX.

2.2. Post-Modernismo¹⁰. El término mismo (“post-modernismo”), es una afirmación de que la Ilustración, y el mundo que de ella había nacido, no estaban funcionando. Los aspectos del mundo “ilustrado” o “moderno” que el post-modernismo rechaza abarcan los siguientes:

(a) *Una confianza excesiva en el poder de la razón.* Los post-modernistas advierten que la razón no es la luz a toda prueba, clara, pura que nos conducirá a la verdad una vez que esté libre de los condicionamientos de la autoridad externa. De hecho la razón puede ser objeto de contaminación y de explotación, y puede tener significados diferentes en las diferentes culturas.

(b) *El primado y la fiabilidad de los datos empíricos.* El Modernismo da por hecho que si tenemos la información, los hechos y “nada más que los hechos”, la razón puede analizarlos y llevarnos a la claridad que todos pueden ver. Los post-modernistas contra-argumentan de que no hay tal cosa como “nada más que los hechos”. Y que los hechos nos llegan siempre de formas culturales muy distintas.

(c) *La exclusión de las visiones mítico-místicas del mundo.* Otro supuesto del Modernismo es que la ciencia, con su método empírico, es el árbitro final de cómo están realmente las cosas. Los post-modernistas cuestionan esta autoridad normativa de la ciencia y sugieren que hay otros caminos para conocer el mundo que no pueden ser medidos o reducidos a fórmulas, como los mitos y la experiencia mística.

⁹ El Modernismo no se limitó a la filosofía. Encontró vida también en otros ámbitos de la vida – en las artes (Henri Matisse y Pablo Picasso), en la literatura (Fyodor Dostoyevsky y T.S. Eliot), en la música (Franz Liszt y Richard Wagner), en el teatro (Georg Kaiser y Arnolt Bronnen), en la arquitectura (la construcción de los rascacielos).

¹⁰ Cfr. <https://en.wikipedia.org/wiki/Postmodernism>. También Paul Knitter, *Introducing Theologies of Religions* (New York: Orbis Books, 2002), p. 173-177; Harold Netland, *Encountering Religious Pluralism: The Challenge to Christian Faith and Mission* (Illinois: Intervarsity Press, 2001), p. 55-91, 124-157; David Harvey, *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change* (Cambridge, MA: Blackwell, 1990).

(d) *La búsqueda de las verdaderas universales.* El objetivo a menudo implícito o búsqueda del Modernismo es ir más allá de las estrechas visiones locales para llegar a una visión más amplia de lo que realmente somos; buscar verdades y maneras de comprender que se apliquen a todos y sean reconocidas por todos de manera que todos puedan en definitiva estar de acuerdo y vivir con los demás. El Post-Modernismo avisa que esto no solamente es imposible, sino que además es peligroso. Los pueblos, y sus culturas, son más diferentes de lo que parecen.

Este último punto podría ser considerado como el pilar principal del Post-Modernismo, a saber que las verdades universales son peligrosas y las diferencias son portadoras de vida. Así que el Post-Modernismo se caracteriza por el dominio de la diversidad. No podemos deshacernos de la diversidad. Las cosas diferentes pueden estar interrelacionadas, conectadas, integradas, pero nunca hasta el punto de perder la diversidad. La diversidad tiene siempre la última palabra, o la diversidad tiene siempre una palabra adicional. La diversidad domina la unidad, y esto debería alegrarnos, porque de lo contrario la vida y su evolución se volverían aburridas y se marchitarían. Si a la vida le quitas la diversidad, le quitas vitalidad.

El Post-Modernismo, pues, ve el mundo como algo perpetuamente inacabado y perpetuamente inconcluso. El Post-Modernismo promueve la noción del pluralismo; es decir que hay muchas formas de conocimiento, y que un hecho puede tener muchas verdades. Desde una visión post-modernista el conocimiento se articula desde perspectivas, con todas sus incertidumbres, complejidades y paradojas. El conocimiento es, pues, relacional y todas las realidades están entretejidas en “telares” lingüísticos locales.

3. Una cultura E-P-I-C¹¹

Una manera más sencilla y más popular de describir la cultura post-moderna es llamarla cultura EPIC, es decir: E=experiencial, P=participativa, I=basada en imágenes, y C=conectada. Dicho de otro modo, Experiencial más que racional, Participativa más que representativa, basada en Imágenes más que en la Palabra, Conectada con otros, más que Individual.

3.1. Experiencial (De lo racional a lo experiencial). Los centros comerciales no son solo grandes almacenes, sino una experiencia. La gente va a los centros comerciales no solo para comprar cosas o ver una película, sino para tener una experiencia - lazos familiares, encuentro con viejos amigos, tener nuevas amistades, mirar a la gente, mirar los escaparates, relajarse. Y es por esto que en los centros comerciales

¹¹ Cfr. Leonard Sweet, *Post-Modern Pilgrims: First Century Passion for the 21st Century World* (Nashville, Tennessee: B&H Publishing Group, 2000).

no hay solo tiendas, sino también lugares de entretenimiento. Y las tiendas y los almacenes no ofrecen solamente productos, sino una experiencia¹².

3.2. Participativa (De lo representativo a lo participativo). La cultura post-moderna es una cultura de opción. Y es también participativa, pero no se limita a una simple participación. La participación ha de ser inter-activa. No se escoge solo de un menú, sino que tú mismo cambias el menú. No transmites solo tradición o cultura, sino que la transformas y la personalizas. No basta ya poseer cosas o disfrutar con eventos. Hay que implicarse en que las cosas o los eventos se den¹³.

3.3. Basada en la Imagen (De la Palabra a la Imagen). La cultura moderna tenía como base la palabra. Por otro lado, la cultura post-moderna se basa en la imagen. Las propuestas se pierden en los oídos post-modernos, sin embargo oirán la metáfora, verán y entenderán las imágenes. Los diccionarios de imágenes están reemplazando los diccionarios de siempre, y los bancos de imágenes se están volviendo valiosos como los bancos de dinero. Las imágenes son el lenguaje universal de la humanidad. Y las 6.500 lenguas del mundo comparten todas ellas un lenguaje común: la metáfora. Y realmente las culturas son redes intrincadas, entretejidas de metáforas, de símbolos e historias. Las metáforas son más que simples decoraciones. Son las herramientas de pensamiento más fundamentales. Los seres humanos piensan sirviéndose de imágenes, no de palabras¹⁴.

3.4. Conectada (Del Individuo al Individuo-en-comunidad). Dos palabras preferidas de la Web son “conectado” y “comunidad”, que ahora se han unido acuñando la nueva palabra “connexity” – es decir, conectar y crear comunidades. “Connexity” demuestra que la Web, más que una fuente de información es un medio social. Es la nueva plaza central de la aldea global. Es el nuevo “espacio público” y la nueva plaza de mercado. La paradoja es que el individualismo, que Internet ha fomentado, de alguna manera ha llevado a un hambre de conectividad, de comunidad no de sangre o de nación, sino de comunidades de opción. El sentido post-moderno de comunidad está guiado más por la cultura que por la nación. El surgir de comunidades privadas

¹² Se dice que hacia finales de su vida, santo Tomás de Aquino tuvo una experiencia directa del amor de Dios. Desde ese momento, dejó de escribir y llamó “paja” a todo lo que había escrito antes. Una cosa es hablar de Dios y otra hacer experiencia de Dios.

¹³ En una cultura representativa, la gente quiere y necesita ser controlada y que alguien tome las decisiones en su lugar. La tarea del liderazgo consiste en guiar y reglamentar. Por otro lado, en una cultura participativa, la gente quiere tomar sus propias decisiones y optar a su antojo. El liderazgo, en este caso, empodera y capacita a los demás para que lideren. El movimiento cultural va de la pasividad a la interactividad. Los jóvenes han dejado de ver la tele, porque no es suficientemente interactiva para ellos. Sin embargo ha aumentado considerablemente el tiempo que pasan on line. Como ha observado Steve Jobs de Apple: “Vas a ver la tele cuando quieres apagar el cerebro y vas al ordenador cuando lo quieres encender.” Ante la TV, eres un simple observador, ante el ordenador puedes ser un programador.

¹⁴ Por esto el poder de la liturgia es tan inmenso. Joseph Stalin fue seminarista y en la iglesia ortodoxa había aprendido la fuerza que tienen los iconos. Por esto llenó el paisaje soviético con sus imágenes. El primer icono cristiano fue un símbolo sin texto, sin palabras – el pez para *ichthus* (*iota, chi, theta, upsilon, sigma*).

es la indicación de todo esto - comunidad de vecinos, asociaciones de dueños de casa, la comunidad medio-ambiental, la comunidad gay, etc. Un verdadero sitio web es un lugar de encuentro, un abrevadero donde la gente va para encontrarse con otros¹⁵.

Segunda parte: La vida religiosa y los milenarios

Quisiera ahora abordar la segunda parte de esta ponencia. Después de haber explorado la visión del mundo, los valores y el estilo de vida de los milenarios, no voy a intentar presentar una visión de la vida religiosa que pueda ser relevante para los jóvenes de hoy. Obviamente, llegados a este punto, lo único que podemos hacer es indicar algunos aspectos de esa visión, más que presentar un cuadro completo de esa visión.

1. Qué es relevante o irrelevante en la vida religiosa hoy

Quisiera empezar resumiendo brevemente el resultado de la entrevista y del cuestionario hechos a algunos jóvenes religiosos en mi zona de Filipinas. Tanto la entrevista como el cuestionario giraban alrededor de dos preguntas, a saber (1) ¿cuáles aspectos de la vida religiosa, tal y como se la entiende y practica hoy, crees tú que son irrelevantes? Y (2) ¿cuáles aspectos crees que siguen siendo relevantes e importantes?

A la primera pregunta, las respuestas enfatizaban lo que sigue:

- una “*fuga mundi*” o la espiritualidad de “negación del mundo”, es decir una espiritualidad que no tenga conexiones con, o sea indiferente a, los problemas del mundo actual;
- un estilo de vida “orientado hacia el convento” o un estilo de vida que separa del resto de la gente, especialmente de los pobres, de los marginados, de los que sufren. A este propósito, un estilo de vida que se percibe como cómodo o de clase media es considerado como irrelevante;
- una actitud “elitista” que da la impresión que la santidad es reservada a los religiosos y prácticamente más allá del alcance de la gente de a pie;
- una formación religiosa que es reacia o no da importancia al uso de la nueva tecnología, es decir el ordenador, Internet, los móviles, las redes sociales;

¹⁵ Si se plantea la pregunta cuánto tiempo se pasa en Internet la respuesta es que la mayoría del tiempo se pasa en 'chateando' - 26% del tiempo pasado en Internet. ¿Hay otros lugares, más que en Internet, donde la gente puede contar historias sobre lo que son y encontrar a gente deseosa de escuchar? Esto es lo nuevo con relación a Internet - por muy solo que esté 'Yo' puede conectarme a conjunto global que llamamos 'nosotros'. Más conectamos electrónicamente, más desconectados estamos personalmente. El post-modernismo se caracteriza por una cierta dislexia: yo/nosotros, o la experiencia del individuo-en-comunidad. Los post-modernos quieren disfrutar de una auto-identidad dentro de un marco de conexiones hecho de vecindad, de virtud cívica y de valores espirituales.

- una formación teológica que resulta en una teología solamente para dentro de las cuatro paredes del seminario y no ofrece a los candidatos las herramientas para comprometerse activamente con el mundo presente.

A la segunda pregunta, las respuestas más a menudo repetidas son las siguientes:

- misión:
 - en cuanto a servicio abnegado a los pobres, a los marginados, a los que sufren;
 - en cuanto a misión “*ad gentes*”, misión, que es la prontitud en dejar el hogar y el país y compartir la fe con gente de otros países y culturas;
- los votos:
 - en cuanto a testimonio de la existencia de Dios y de los valores espirituales en un mundo secularizado con sus valores distorsionados y sus falsas promesas;
 - en cuanto a testimonio de una vida de sencillez y honestidad en un mundo dado al consumo y a las comodidades;
 - en cuanto a testimonio de una vida de radicalidad y de santidad en un mundo materialista y superficial;
- vida de comunidad:
 - en cuanto a testimonio de fraternidad y solidaridad en un mundo de “indiferencia globalizada.”
 - comunidad que no se encierra en sí misma, sino que se abre para interactuar con comunidades afines en la creación de una comunidad mundial y de una civilización de solidaridad fraterna;
- vida de oración, especialmente la armonía entre contemplación y acción.

2. La formación religiosa y los milenarios

Si es cierto lo que afirmo sobre la cultura de los milenarios, es decir que se trata de una cultura E- P-I-C, entonces su formación religiosa tendrá que ser una formación E-P-I-C. Es decir, una formación que sea experiencial, participativa, basada en la imagen y que fomente la conectividad.

2.1. Experiencial

De aquí la necesidad de hacer hincapié en la experiencia de Dios como fundamento de la espiritualidad y fuente de tecnología. En *Evangelii Gaudium* (EG 78), el Papa Francisco lamenta el que para muchos religiosos la vida espiritual “ha llegado a

identificarse con algunos momentos religiosos que no alimentan el encuentro con los demás, el compromiso con el mundo, la pasión evangelizadora”. El Papa, pues, anima a una espiritualidad del encuentro. Y esto supone la necesidad de incorporar en el programa de formación tiempos de exposición, en particular a otras personas, es decir a personas diferentes de nosotros –los pobres, los enfermos, mujeres víctimas de la trata, niños de la calle, gente que no es cristiana, que no es católica, que no es creyente. Porque si nos rodeamos solo de personas como nosotros, no tendremos nunca "una- otra experiencia" de Dios, o nunca veremos el "otro rostro" de Dios, o nunca encontraremos al Dios no familiar, el Dios de aquellos que son diferentes de nosotros. Y nuestra propia experiencia de Dios no se verá nunca desafiada, ni enriquecida.

2.2. Participativa

De ahí la necesidad de dejar a nuestros formandos post-modernos que participen en su propia formación. Como dicho antes, nuestros candidatos post-modernos encuentran difícil aceptar un programa preconfeccionado. No les gusta elegir de un menú, sino que quieren cambiarlo o hasta crear su propio menú. Se ha avanzado muchísimo al respecto, y hoy en día consultar y dialogar son una práctica común en la mayoría de las casas de formación. Pero quizás hay que extender esto a la cuestión de la expresión concreta de la vida religiosa. ¿Podemos dejar que nuestros jóvenes formandos descubran nuevas formas de vivir concretamente la vida religiosa? ¿Podemos dejarles, dentro de ciertos parámetros, encontrar nuevas formas de vivir el carisma de la congregación, así como nuevos modos de realizar la misión de la congregación? Los post- modernos no quieren limitarse a heredar viejos caminos de hacer las cosas, por muy ensayadas y comprobadas que sean. Tratan de comprometerse en la creación de aquello a lo que quieren dar su vida. El paso no es solo de la pasividad a la participación activa, sino de la pasividad a la participación inter-activa.

2.3. Basada en la imagen

El mundo moderno era un mundo "prolijo", basado en la palabra. Sus teólogos trataron de crear una fe intelectual, colocando la razón y el orden en el corazón de la religión. El misterio y la metáfora se desterraron al considerarlos demasiado enmarañados, demasiado místicos, demasiado ilógicos. La historia cristiana se fue contando a través de “credos” y de “doctrinas” más que a través de “parábolas” e historias. Su sesgo fue mostrando que la fe en Dios es justa y verdadera - una fe que satisface la mente. Por otro lado, el mundo post-moderno se basa en la imagen. Busca mostrar que la fe en Dios no es solo justa y verdadera, sino gozosa y bella (cfr. EG 167) – una fe que calienta el corazón. Busca, pues, aquello que el Papa Francisco llama un lenguaje “mistagógico” (cfr. EG 166), y no solamente un lenguaje racional.

La teología ¿puede transformarse y de ser simplemente “*fides quaerens intellectum*” puede llegar a ser “*fides quaerens sensum*”, de “*credo ut intelligam*” a “*credo ut sentiam*” (de “fe que busca comprender” a “fe que busca experimentar o sentir”)? La teología ¿puede servirse no solo de la “*via rationis*” sino también, en palabras del Papa Francisco, de la “*via pulchritudinis*?” (cfr. EG 167)?¹⁶

2.4. Conectividad

En la cultura post-moderna las conexiones que se hacen en el ciberespacio avivan el hambre de la comunidad cara a cara. Las transacciones impersonales hechas vía Internet no hacen sino afilar el hambre de relaciones personales y comunitarias. La formación ha de reinventar el concepto de “conexión” y de “conectividad” para encajar con el contexto post-moderno. No cuenta solo la extensión de las conexiones, sino que lo que hace la diferencia es la diversidad de las conexiones. Hay una diferencia entre una vida rica de contactos y una vida rica de conexiones. Hoy la juventud se dice a sí misma y se cuelga en las redes sociales, pero no parece hablar de sí y compartir sus experiencias en la comunidad real. Y, sin embargo, la comunidad se crea a través de las historias que se van contando. Una verdadera comunidad se desarrolla sobre la base de historias compartidas. Ahora bien para contar historias se necesita experiencia, y no es posible contar historias si no se tienen experiencias que compartir. Esto nos lleva a la “E” de la cultura EPIC, es decir a la experiencia. El mundo moderno hace hincapié en los principios por encima de las “historias”. Y sin embargo nosotros organizamos nuestra experiencia a través de la narrativa. La cognición humana se base en la narración.

3. La vida religiosa como llamado a la mística y a la profecía

Volviendo ahora al fondo de la cuestión, creo que el acento de la vida religiosa en el mundo post- moderno debería estar en el llamado a la mística y a la profecía.

Como sabemos, en años recientes, la noción de vida consagrada como llamado a la mística y a la profecía ha ido ganando mucho terreno. Por ejemplo, Schneiders, IHM, profesora emérita en la Jesuit School of Theology en Berkeley, en Estados Unidos¹⁷,

¹⁶ Pensemos a como se imparten por lo general los cursos de teología en los seminarios. Por ejemplo, el término ‘papel escrito’. ¿Por qué tiene que ser necesariamente siempre un papel? ¿No podría ser una obra de arte? ¿Un poema? ¿Una composición musical original? Una pintura? ¿Un dibujo? O pensemos en el examen final. ¿Por qué ha de haber siempre preguntas a las que responder? ¿Por qué no dejar que un grupo prepare una obra teatral, por ejemplo, y la presente a toda la clase?

¹⁷ Sandra Schneiders ha escrito una trilogía monumental sobre la vida consagrada. Cfr. Sandra Schneiders, *Finding the Treasure: Locating Catholic Religious Life in a New Ecclesial and Cultural Context*, Religious Life in a New Millennium #1 (Mahwah, NJ: Paulist Press, 2000); *Selling All: Commitment, Consecrated Celibacy, and Community in Catholic Religious Life*, Religious Life in a New Millennium #2 (Mahwah, NJ: Paulist Press, 2001); *Buying the Field: Catholic Religious Life in Mission to*

define la Vida Consagrada como “una forma de vida cristiana místico-profética, que el Espíritu Santo regala a la Iglesia para el bien del mundo”¹⁸

3.1. Mística y el lenguaje del Misterio.

En primer lugar, la vocación de la vida consagrada a la mística está enraizada en la consagración de buscar a Dios solo y el amor de Dios por encima de todo. Y a su vez esta consagración se fundamenta en la atracción hacia el misterio de Dios.

Rudolf Otto (1869-1937), el eminente teólogo luterano alemán, en su libro, *The Idea of the Holy* (1917), habla de Dios como *mysterium tremendum et fascinans*, un misterio tremendo y fascinante, un misterio que repele y atrae.

El misterio horroriza y repele a mucha gente (el *mysterium tremendum*). Al misterio se le teme, el misterio incomoda, el misterio desconcierta. Así que la tendencia habitual es deshacerse del misterio tratando de entenderlo con un lenguaje filosófico y teológico discursivo. Una vez entendido, podemos guardarlo en una carpeta y archivarlo. Y luego volvemos a la vida de siempre, sin ocuparnos más del misterio que hemos comprendido y archivado, o mejor dicho, sin permitir que el misterio nos moleste de nuevo.

Por otro lado, los místicos, son personas que se dejan atraer y fascinar por el misterio (el *mysterium fascinans*). Se sienten cómodos con el misterio, a gusto con el misterio, en casa con el misterio. Se sientan con ello, lo contemplan, lo viven - y tanto es así que el misterio comienza a manifestarse en su propia vida. Y la inefabilidad del misterio los conduce a buscar otro lenguaje con el que hablar sobre el misterio. Y a menudo pueden hablar del misterio solo con el lenguaje de los signos y de los símbolos. El lenguaje mistagógico, más que el lenguaje discursivo. El lenguaje del misterio, más que el lenguaje de la racionalidad.

La mística vive de la convicción de que Dios no es como nosotros. Dios es siempre más que nuestro Dios, más que lo que hacemos de él. Dios es siempre más que nuestra idea de Dios, más que nuestra teología de Dios. Una y otra vez los profetas del AT recuerdan al pueblo que Dios no es un ídolo, obra de nuestras manos y de nuestras imaginaciones. Dios es siempre extranjero y menos familiar de lo que pensamos. Dios es el totalmente Otro. Dios es el radicalmente Nuevo. Dicho de otro modo, Dios tiene siempre "otro rostro". El rostro misterioso, desconocido de Dios. El rostro de Dios que emerge de su ocultamiento, más que el rostro de Dios que creamos según nuestra noción de Dios.

the World, Religious Life in a New Millennium #3 (Mahwah, NJ: Paulist Press, 2013).

¹⁸ Sandra Schneiders, “Theology of Consecrated Life for the Contemporary World”, Unpublished Ponencia en la Semana de Vida Religiosa en ICLA (Institute for Consecrated Life in Asia, Quezon City, Philippines), 24 de enero de 2015.

La mayoría de la gente prefiere al Dios conocido, más que al Dios desconocido. Prefieren a un Dios al que pueden amar, más que a un Dios que nos ama. Un Dios conocido, el Dios al que pueden amar, es un Dios bajo su control. Ellos deciden cuando amarle y cuando no - con oraciones ahora, y luego con buenas obras. Un Dios conocido se convierte en un Dios amigo y familiar, un Dios que es como nosotros. Y éste Dios se convierte en un Dios manejable y domesticado, al que acudir por cualquier tipo de solaz personal y político. Este Dios es totalmente predecible y totalmente falto de sorpresas, un Dios que nos hace complacientes y nos permite estar a gusto.

Por otro lado, el Dios desconocido e inusual nos reta y nos molesta. Un Dios que nos ama no está bajo nuestro control. Es él quien toma la iniciativa. El decide cuando afirmarnos y cuando desafiarnos. Nos quiere sacándonos de nuestros terrenos conocidos, y lanzándonos a lo desconocido, remando mar adentro – “*Duc in altum*”. El Dios desconocido e inusual está más allá de nuestras ideas y de nuestras imaginaciones. El Dios desconocido e inusual no es como nosotros. De hecho nos convoca más allá de nosotros y nos llama a ser más que nosotros. El Dios desconocido e inusual nos insta a la novedad, nos insta a dejar nuestra experiencia consuetudinaria de Dios, a un encuentro con un Dios que es suficientemente diferente como para llamarnos a ser de una manera diferente.

Realmente, lo que el mundo necesita ver hoy no es rostro familiar y acostumbrado de Dios, sino el rostro desconocido y misterioso de Dios. No el rostro de Dios que nos vuelve cómodos y complacientes, sino el rostro de Dios que nos desafía y nos incomoda. No el rostro usual de Dios, sino “el otro rostro” de Dios¹⁹.

Y ¿dónde encontramos este otro rostro de Dios? Se dice que el otro rostro de Dios se nos revela cuando llegamos a mirar a aquel que es diferente de nosotros, aquel que es otro que nosotros, es decir, el pobre, el extranjero, el forastero, el refugiado, el migrante, el desplazado, la madre soltera, el enfermo de SIDA, el buscador de fe, el no creyente, el no cristiano.

Y así la mística no empieza en el silencio de nuestras capillas o en el espacio sagrado de nuestros seminarios o conventos, o en nuestros confortables cuartos, sino allí donde encontramos a los que son diferentes de nosotros - en los barrios pobres, en las plazas y en los lugares de trabajo, en las escuelas, en los hospitales y en los orfanatos. La mística empieza con nuestro encuentro con la gente que es diferente de nosotros. Y nos lleva al momento de la contemplación del misterio de Dios, mirando el otro rostro de Dios, encontrando al Dios desconocido y diferente. Al hacerlo, se nos insta a la novedad y se nos saca de nuestra 'manera de ser y hacer' habituales. Al mirar el rostro de Dios, se nos dan el corazón y los ojos de Dios, y así empezamos a mirar el mundo con los ojos de Dios. Y cuando lo hacemos, vemos el mundo de manera diferente, vemos el mundo de un modo nuevo - los enemigos se convierten en amigos, los muros que nos separan se convierten en puertas abiertas,

¹⁹ Cfr. Mary Jo Leddy, *The Other Face of God: When the Stranger Calls us Home* (NY: Orbis, 2011).

los extranjeros se convierten en hermanos y hermanas, los confines se convierten en puentes, la diversidad no nos conduce a las diferencias y al conflicto, sino a la armonía y a la unidad.

Y así la mística nos lleva a la gente, la mística nos lleva a la misión.

3.2. El profetismo y la perspectiva de los márgenes

En segundo lugar, la vocación de la vida consagrada al profetismo está radicada en la consagración que hacemos a través de los consejos evangélicos. Hace unos años Johannes Baptist Metz dijo que los votos religiosos tienen una dimensión místico-profética y una dimensión profético-política²⁰. La dimensión mística de los consejos evangélicos tiene que ver con la profesión que hacen los consagrados y las consagradas al profesar a Dios como su único tesoro (pobreza), su único amor (castidad), y su única libertad (obediencia). La dimensión profética, por otro lado, tiene que ver con la solidaridad que la profesión de los consejos evangélicos impone tener con aquellos para quienes la pobreza, el celibato y la obediencia no son virtudes, sino condiciones impuestas por la vida. Y de aquí la solidaridad

- con los pobres, para quienes la pobreza no es una virtud sino una condición de vida,
- con los marginados, para quienes el celibato no es una virtud sino un destino social,
- y con los oprimidos, para quienes la obediencia no es una virtud, sino un signo de opresión.

Y así al unirse a cuantos para quienes la pobreza, el celibato y la opresión son realidades de vida y no solamente "votos", el religioso adquiere una cierta 'dosis de realidad' al vivir la vida consagrada.

Al comienzo del "Año de la Vida Consagrada" hace unos años, la Asociación de Superiores Mayores de Filipinas (AMRSP) escribió una carta a todos los religiosos del país. Y cito:

... "La vida religiosa es profecía" (Conversación con la USG, 29 Noviembre de 2013, Roma). Más precisamente, es *profecía de los márgenes*. Estamos llamados a los lugares donde la gran mayoría de nuestras hermanas y hermanos han sido alejados de los centros de poder, de riqueza y de oportunidades y, desde allí, con los *marginados*, proclamar el Evangelio y responder a sus exigencias.

La solidaridad con los Pobres nos revela el "otro rostro" de Dios - no el rostro de Dios que nos es familiar y que vemos "desde arriba" de la historia, es decir del punto de

²⁰ Cfr. Johannes Baptist Metz, *Followers of Christ: Religious Life and the Church* (London: Burns and Oates, 1978).

vista de los vencedores y de los poderosos, sino el rostro de Dios inusual visto “desde abajo” de la historia, es decir, desde el punto de vista de las víctimas y de los marginados.

La opción por los pobres no es solo una estrategia política, sino el reconocimiento de la opción preferencial de Dios. Como lo expresa el Papa Francisco en EG 197:

El corazón de Dios tiene un sitio preferencial para los pobres, tanto que hasta Él mismo "se hizo pobre" (2 Co 8,9)... Cuando Jesús comenzó a anunciar el Reino, lo seguían multitudes de desposeídos, y así manifestó lo que Él mismo dijo: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres» (Lc 4,18). A los que estaban cargados de dolor, agobiados de pobreza, les aseguró que Dios los tenía en el centro de su corazón: «¡Felices vosotros, los pobres, porque el Reino de Dios os pertenece!» (Lc 6,20).

Y así la opción preferencial por los pobres es la perspectiva misma de Dios, la manera que Dios tiene de mirar la realidad. Como tal, constituye una clave hermenéutica, es decir, una clave para interpretar la realidad. En la entrevista que le hizo el director de la revista italiana, *La Civiltà Cattolica*, el Papa Francisco dijo lo siguiente:

Yo estoy convencido de una cosa: los grandes cambios de la historia se realizan cuando la realidad fue vista no desde el centro, sino desde la periferia. Es una cuestión hermenéutica: se comprende la realidad solamente si se la mira desde la periferia, y no si nuestra mirada es desde un centro equidistante de todo²¹.

Lo que se requiere hoy en la Nueva Evangelización es adoptar esta hermenéutica desde la periferia, esta perspectiva de los márgenes, esta óptica de los pobres, esta visión de la historia vista desde abajo. Porque solamente así podemos comunicar realmente lo que el Papa Francisco define como la esencia del kerigma que proclamamos, es decir, “la infinita misericordia del Padre” (EG 164).

Y así los místicos son los que contemplan el "otro rostro" de Dios; los profetas son los que ven la realidad desde abajo de la historia, y es ésta, yo creo, la vida consagrada hoy. Como tales, las personas consagradas desempeñan un rol indispensable en la Iglesia. Ayudan a mover la Iglesia de “una pastoral de mera conservación” a “una pastoral decididamente misionera” (cfr. EG 15), revelando así el “otro lado” de la Iglesia, es decir, la Iglesia no como una institución burocrática, sino como un “hospital de campo” después de una batalla, donde se vendan, se curan, se sanan las heridas de la humanidad²².

²¹ Papa Francisco en “¡Despierten al mundo! Conversaciones con Papa Francisco sobre la Vida religiosa.” Una entrevista con Antonio Spadaro, SJ en *La Civiltà Cattolica* 2014, 13-17.

²² Cfr. Homilía en Santa Marta, Siervos del Reino, 30 de octubre de 2015, a disposición en

Conclusión

Para concluir, se dice que hay por lo general cinco mecanismos relacionados con cualquier tipo de transición²³ – “resistir”, “no dejar pasar”, “apartarse”, “cerrar”, y “ponerse al alcance”. Resistir=rechazar lo nuevo agarrándose a lo que fue. No dejar pasar=negar lo nuevo y esconderse en lo que fue. Apartarse=correr lejos de lo nuevo. Cerrar=echar la toalla y admitir la derrota. Ponerse al alcance=comprometerse en lo nuevo y responder creativamente. Pienso que el último mecanismo debería ser nuestra forma de responder a la generación post-moderna, es decir ponerse a su alcance, afirmando y evidenciando lo que tiene de bueno y de positivo, purificando y transformando lo que tiene de negativo y destructivo. Una manera de hacerlo es enfatizando las dimensiones mística y profética de la vida religiosa. La mística afirma y enfatiza lo que parece ser bueno en la post-modernidad, en particular las características “E” (o lo experiencial) y la “I” (o basada en la imagen) de la cultura EPIC, mientras que la profecía purifica y transforma lo que parece ser negativo y destructivo en la post-modernidad, en particular el estilo de vida consumista y el “selfie” y la tendencia narcisista de la cultura EPIC.

http://en.radiovaticana.va/news/2015/02/05/pope_at_santa_marta_servants_of_the_kingdom/1121647.

²³ Cfr. Leonard Sweet, *Post-Modern Pilgrims: First Century Passion for the 21st Century World* (Nashville, Tennessee: B&H Publishing Group, 2000), pp. XIV-XV.

La familia, cuna del amor y de la vida

Roberto Carelli

El episodio de la Presentación en el Templo nos ha mostrado que la revelación del amor de Dios reúne y valora todas las formas del amor familiar; en el Templo hemos encontrado *la riqueza de los lazos de género* (hay hombres y mujeres con respectivas tareas y sensibilidades), *el encanto de las generaciones* (un niño es considerado como don y propiedad de Dios), *el encuentro de generaciones*, (hay niños, padres jóvenes, ancianos), y además está *María*: donde Ella está, la trama familiar de la vida humana está definitivamente asumida por el eterno juego del amor de Dios. En el punto de encuentro entre el deseo de Dios de habitar entre nosotros y nuestro deseo de habitar en Él, María tiene un puesto único, ella que en la tierra ha sido la morada de Dios y ahora mora en el cielo como Reina, nos anima a construir nuestras casas cercanas a las casas de Dios, nos atrae para morar en los atrios del Señor y no “en las tiendas de los impíos”, nos persuade de que es mejor un día en los atrios del Señor, que mil en otro lugar” (*Sal 83,11*), nos hace comprender que “si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles” (*Sal 126,1*).

En esta tercera relación, después de algunas *premisas*, ilustraremos cinco tesis: las dos primeras, más elaboradas, sobre la *familia*, las otras tres, más sintéticas, sobre la *dimensión nupcial*, la *función generativa* y la *tarea educativa* de la familia. Todo en un fuerte contraste entre cómo se entienden hoy los lazos familiares, cómo lo entienden los cristianos, y el eco que tienen en el espíritu salesiano.

Algunas premisas

Ante todo una premisa de estilo. Nos apresuramos a decir que nuestro discurso sobre la familia, se mantendrá ***lejos de toda retórica idealizadora y de toda denuncia polémica***. Nada de retórica, porque la familia es una realidad de la creación pero siempre necesitada de Redención, es querida por Dios como realidad de comunicación, pero es también teatro de dolorosas divisiones, y es verdad que la familia es la base de la sociedad, pero la sociedad no se reduce a la familia, y si la familia es una pequeña Iglesia, lo es dentro del gran misterio de la Iglesia. En este sentido dice el papa Francisco: ***“la familia está viva si respira abriéndose más allá***

de sí misma". Y no a la polémica: defendemos a la familia, pero nuestra primera tarea, la más eficaz, es **el anuncio humilde y gozoso del Evangelio de la familia**, el lugar en el que el cielo y la tierra se encuentran, donde carne y espíritu, lazos de sangre y de fe, se convierten en una sola cosa

Una segunda premisa de carácter cultural. Digámoslo claramente: **la crisis de la familia no depende solo de vacío cultural, sino también de un vacío espiritual**, de la falta de fe y de oración, de un testimonio poco decidido y contagioso. Todos somos responsables. Por una parte, el vacío cultural no puede atribuirse solo a las dictaduras del racionalismo o del relativismo, sino también a la debilidad de los buenos en hacer valer sus derechos de la realidad y de la experiencia. Por otra parte, junto al ateísmo práctico para el que Dios es algo superfluo, debemos reconocer que no siempre, como creyentes, hemos sabido cultivar una mentalidad de fe sobre la familia, ni promoverla en las instituciones, ni en la economía ni en la política. Así, si en el este y en el sur del mundo, el Evangelio de la familia no ha penetrado aun en el corazón de la cultura, en los países occidentales, después de siglos de cultura cristiana, la fe ha pasado a tener una condición de irrelevancia cultural: nos resulta difícil incluso mostrar únicamente, que el discurso cristiano sobre la familia no se impone por razones confesionales, sino por razones de verdad, una verdad que proviene de Dios, y precisamente por esto está destinada a todos y en cierta medida, puede ser reconocida por todos.

Y ahora una premisa de tipo pastoral. Además de que la familia no es solo objeto sino también sujeto de la pastoral, dotado de una responsabilidad insustituible y de una original incidencia misionera –cosa que ya en muchas partes se oye repetir pero que espera ser adecuadamente actuada – es consolador recordar que para Don Bosco **la familia no es solo un objetivo pastoral, sino una dimensión vital del carisma**: no solo la familiaridad es constitutiva de ser hombre y de ser Iglesia, sino que es también parte integrante del léxico y del estilo salesiano: “casa” y “familia” – recuerda el Rector Mayor en el Aguinardo – son recurrentes en Don Bosco para describir el espíritu de Valdocco. La preocupación por la familia ocupa, pues, el centro de la acción misionera, porque, como ha afirmado don Sala, la familia es considerada como **“el lugar originario de la pastoral juvenil”**:

Lo es, de entrada, porque la pastoral juvenil recibe a sus sujetos de las edades de la vida anterior. Lo es de salida, porque los sujetos que terminan su etapa de edad juvenil, en general, están llamados a vivir su vocación cristiana a través de la creación de su propia familia

Finalmente una premisa necesariamente mariana. Precisamente para defender y promocionar la familia, **nosotros, Familia salesiana, ¡no prescindiremos ciertamente de María!** Al menos por el motivo, puesto bien de manifiesto por el Papa, de que María es Madre, y que

una Iglesia sin María es un orfanato... ¡Y nosotros tenemos derecho a no tener una psicología de huérfanos!

Ella está presente y operante, y nosotros no trabajaremos ni haremos nada sin invocar y esperar su ayuda. También porque, como avisaba Balthasar en tiempo del Concilio, ninguno como María está en condiciones de superar una pastoral abstracta y burocrática y promover un estilo concreto y familiar:

La Iglesia no es un aparato, una simple institución. Es Mujer. Es Madre. Está viva. La comprensión mariana de la Iglesia está en el más fuerte y decisivo contraste con un concepto de Iglesia puramente organizativo y burocrático. Nosotros no podemos hacer la Iglesia, debemos ser la Iglesia. Y solo siendo marianos seremos Iglesia.

1. El hombre es un ser familiar

Hoy la familia es atacada, y con un ataque tan radical que viene a ser como una crisis antropológica. El objetivo fijado desde varias instancias, es destruir a la familia en su realidad, en sus dimensiones, hasta en su idea: por una parte se hace todo lo posible por aniquilar a la familia, por otra, se pretende llamar familia a cualquier relación afectiva. Es emblemática la reivindicación del derecho al matrimonio y a la adopción por las parejas homosexuales, a pesar de estar estructuralmente privadas de aquella complementariedad y fecundidad que permiten casarse, engendrar y educar. El Papa ha expresado sin términos ambiguos:

El enemigo ataca tanto a la familia porque la familia es la cuna del amor y de la vida: ¡el demonio no la quiere! Y trata de destruirla y de hacer que allí no anide el amor.

El rescate y la promoción de la familia debe tener en cuenta que la cultura, tanto la académica como la de masas, piensa en la familia como variable cultural, carente de fundamentos naturales y de raíces sobrenaturales, y liquida la experiencia familiar de todos y de siempre calificándola, y por lo mismo descalificándola, como “familia tradicional”, un modelo entre muchos, sustancialmente superado y desfasado en el tiempo. Ahora bien, si hay algo que esté escrito en el cielo y en la tierra, en el corazón de Dios y en el nuestro, es que **la identidad del hombre se constituye y se desarrolla en sus relaciones, comenzando por las parentales**. Es el hombre entendido como individuo, el que acaso no exista jamás: el hombre procede del amor y tiende al amor. Tampoco existe la libertad entendida como pura autonomía: existe en cambio, una libertad precedida y destinada, asistida y acompañada, también condicionada y herida, pero una libertad que se hace libre solo en las relaciones, no sin, o al lado de o contra ellas. En suma, el hombre es un ser familiar: nosotros existimos siempre y solo como hombres y mujeres, esposos y esposas, padres y madres, hijos e hijas, hermanos y hermanas. Verdaderamente no se puede pensar sensatamente en el hombre sin considerar la experiencia del cuerpo, del tiempo, de la generación, de las diversas formas de amor. La familia no puede ser considerada solo como una premisa necesaria para la existencia del individuo, ni solo como un

añadido facultativo a su libertad: los lazos familiares son constitutivos de nuestra humanidad, nos acompañan y nos marcan, para bien o para mal, durante toda la vida.

En otras palabras, de la recuperación de la familia depende el hombre, porque, como dice el Papa, **“la familia es un hecho antropológico”**, no ideológico, un hecho original, insustituible; “la familia es la familia”. **Es**, en efecto, **en la familia donde el hombre recibe la vida y aprende a vivir**. La familia es el escenario primario de lo humano, es el punto de ingreso en el mundo y en la historia, y si el Estado la debe defender, o debe defenderse del Estado, es porque ella, como dice el filósofo Hadjadj,

es anterior al Estado, al derecho y al mercado. Depende de la naturaleza antes de estar ordenada a la cultura... Es el principio anterior a todo lo demás, el fundamento, que no puede ser explicado, precisamente por ser un fundamento.

Es necesario, entonces,- continúa Hadjadj – reivindicar el carácter paradigmático de los lazos familiares ante cualquier otra clase de lazos:

Los lazos nupciales y filiales son el referente primario de lo que se entiende por amor, y en ellos se realiza el primer aprendizaje del amor, y allí donde se experimentan sus dimensiones constitutivas y los matices más delicados.

Sería muy largo enumerar aquí los bienes preciosos que se adquieren en familia en su forma más simple e incisiva. La familia –dicen los Padres del Sínodo sobre la familia,

es la primera escuela de humanidad, escuela de amor, escuela de comunión, palestra de relaciones, lugar privilegiado donde se aprende a construir relaciones significativas, que ayudan al desarrollo de la persona hasta la capacidad del don de sí, el lugar insustituible donde se aprende a convivir en la diferencia y a pertenecer a otros.

En la familia – prosigue monseñor Camisasca – es donde

se aprenden y se viven las dimensiones fundamentales de la vida. En la familia se aprende a abrirse a los otros, a la nueva vida de los hijos, el respeto a otras personas, sobre todo mediante el descubrimiento de que los hijos no nos pertenecen y que, en definitiva, nosotros no nos pertenecemos a nosotros mismos

Además, en familia aprendemos a articular afecto y respeto, cercanía y distancia, comunicación y silencio, intimidad y apertura, apego y desapego, obediencia y libertad, trabajo y descanso, compromiso y espera, benevolencia y paciencia, ternura y perdón. Es así porque la familia es el lugar de las experiencias radicales del nacer y del morir, del estar y del partir, de cuidarse y de dejarse cuidar, del contacto con el límite y de la apertura de nuevas posibilidades. Y además la familia es la primera célula de la sociedad, y hasta llega a decir el papa Francisco, que es “el motor del mundo y de la historia”. Pero el motivo primero y último que explica la importancia

de la familia es que **Dios mismo tiene un formato familiar, y por lo mismo tiene el formato de Dios**. Como sugería Juan Pablo II en la *Carta las familias*,

a la luz del Nuevo Testamento es posible entrever que el modelo originario de la familia hay que buscarlo en Dios mismo, en el misterio trinitario de su vida. El “nosotros” divino constituye el modelo eterno del “nosotros” humano; de aquel “nosotros”, que está formado, ante todo, por el hombre y la mujer, creados a imagen y semejanza divina.

Por esto es en la Iglesia, como familia de Dios, donde se aprende a vivir en familia: precisamente la familiaridad con Dios hace madurar nuestras relaciones familiares. Por el contrario, alejadas de la casa de Dios, se derrumban nuestras casas, y el orden del amor cede el paso al desorden y al desamor. Por todos estos motivos, podemos hacer nuestras las palabras de monseñor Sequeri: tenemos **que volver a partir de la familia para recomenzar la civilización**”. Si la historia no se recomienza allí, no se recupera y punto”.

2. La familia es el cuerpo del amor

Hoy el problema de la familia es el problema del hombre, y el problema del hombre se juega en el terreno de la familia. El choque se da entre la mentalidad corriente, que se inspira en el **ideal del individuo y de su bienestar**, y la mentalidad de fe, que promueve **el ideal de los lazos de amor y de sus sacrificios**. El riesgo está en que todavía se hace familia, pero los lazos familiares se sacrifican en el altar del individuo, de sus derechos, de su realización. Y esto, a expensas del bien común, de la responsabilidad hacia los vínculos y de la disponibilidad a los sacrificios que ellos requieren. La situación moderna de la familia es, en efecto, la historia de una progresiva “liquidación” de las responsabilidades familiares: el matrimonio civil ha aligerado el vínculo sacramental, las leyes sobre el divorcio han atenuado la dimensión de la fidelidad, las prácticas anticonceptivas ralentizan la íntima relación entre amor y vida, la legitimación del aborto y la eutanasia amenaza la sacralidad de la vida en su nacimiento y en su ocaso. La Iglesia es bien consciente de ello, tanto que en el Sínodo los cardenales han denunciado con fuerza que el individualismo amenaza a los afectos no tanto negándolos cuanto desvalorizándolos:

la cultura de los derechos lleva a la idea de un sujeto que se construye según los propios deseos tomados como un absoluto... existe el peligro de vivir los afectos en clave egoísta, el peligro de una afectividad sin límites, narcisista, inestable y mutable.

También el papa Francisco ha hablado de ello en su felicitación navideña a las familias:

con el rechazo de los lazos familiares desaparecen también las figuras fundamentales de la existencia humana, el padre, la madre, el hijo; caen dimensiones esenciales de la experiencia de ser personas humana.

En efecto, en la cultura del bienestar individual, **el imperativo del goce vacía de sentido el sentimiento del amor**: hoy no estamos reprimidos por causa de la ley que limita el deseo, sino que estamos desconcertados por la ausencia de la ley que hace insensata la experiencia del límite, de la renuncia, de la espera, cosas todas que orientan y alimentan el deseo de amor. Por eso hay hombres que no saben amar, porque no saben sufrir: han perdido la conciencia de que **el amor es siempre “pasión”, es decir, gloria y sacrificio**, apaciguamiento y herida, plenitud y carencias... Nuestra fe nos muestra, en cambio, que lo Sagrado se hace sacrificio, que el Hijo acepta la condición de siervo, que la intervención de María va del **Magnificat** al **Stabat**, ¡de la gloria de Belén al dolor del Gólgota! Desde la fe comprobamos que sin sacrificios no hay amor, y sin amor no existen auténticos sacrificios

A reforzar la cultura del individuo, viene el fenómeno de la **reducción del amor a sentimiento, a enamoramiento, a apego**, es decir a las formas narcisistas, infantiles, inmaduras. Es la cultura del *love is love*, que instrumentaliza el amor para legitimar cualquier conducta, con tal que se perciba como amor. Pero esta reducción del amor lo desmienten los hechos: jamás el amor ha sido tan valorado como hoy, y sin embargo nunca el número de *singles* ha sido tan grande y los lazos conyugales tan precarios. Es así, porque el amor, bien entendido, es entrega, don de sí, preocupación por el otro. Hay, pues, que tener bien claro que **el amor es todo, pero que no basta, que ciertamente es esencial, pero que no se vive solo de lo esencial**. Oigamos a Xavier Lacroix

Demasiadas expectativas sobre el amor matan al amor, o al menos, acentúan su fragilidad. ¿Puede ser el amor el único fundamento de la pareja y de la familia?... Hemos de tener el valor de decirlo, amar no es suficiente. El amor, por fuerte que sea no elimina las dificultades de comunicación y expresión de los propios deseos o de las propias penas, de mantener viva esa larga conversación que es la vida de pareja. Se puede amar sin ser capaces de vivir juntos, incapaces psíquicamente de soportar la cercanía cotidiana, de controlar los propios afectos, de vencer los obstáculos que quizá no son insuperables, pero que no se saben eliminar. El amor no elimina mágicamente la incapacidad de amar.

Ahora bien, **lo mejor de la familia es precisamente ser el cuerpo del amor**, la realidad simple y, al mismo tiempo compleja en la que el amor toma cuerpo, armoniza el sentimiento y el compromiso. Acertadas son, a este respecto, las palabras del papa en su primera Carta apostólica:

la aportación indispensable de la familia a la sociedad supera el nivel de la emotividad de las necesidades contingentes de la pareja. Ella no nace del “sentimiento amoroso, efímero por definición, sino de la profundidad del compromiso asumido por los esposos que aceptan entrar en una comunión de vida

total”. El individualismo postmoderno y globalizado favorece un estilo de vida que desnaturaliza los vínculos familiares.

3. El matrimonio es la verdad el amor humano

Por cómo van las cosas a propósito del matrimonio que es el fundamento de la familia, todavía muchos son del parecer de Freud, que pensaba que el amor es un egoísmo enmascarado, que el hombre y la mujer son universos incapaces de comunicarse, que tener unidos el deseo erótico y la duración del vínculo es imposible. De aquí la cultura del así llamado “amor libre” incapaz de soportar ninguna restricción e institución, ninguna ley ni tabú: El amor no encuentra ya su premisa en el matrimonio ni su cumplimiento en la generación, y la misma sexualidad esta desenganchada no solo de la generación, sino también del amor. Sin embargo, ***el amor libre no es liberador***: como explican los expertos, con estadísticas en la mano, menos matrimonio significa menos amor y menos sexo, menos felicidad y menos fecundidad, tanto que el invierno demográfico es el primer problema político y económico de occidente. Y es así, porque ***entre el amor libre y el amor de los casados –digámoslo con alegría- no puede haber comparación***: el primero produce esclavitud y esterilidad, el otro es en verdad liberador y fecundo. El uno dura lo que un soplo, el otro es para siempre. Lo bello del amor de los casados es precisamente esto: impide que el vínculo sea un aburrimiento, y que la pasión sea un episodio. Si, además, el matrimonio es cristiano, entonces es aún más bello: ***¡no será un intento de amarse, sino la gracia de poderse amar con le amor mismo de Dios!***

También hay que decir que la lógica del amor libre desencadena un ataque inédito y radical contra la familia, que está representado por la difusión capilar y planetaria, favorecida por las agencias de *governance* internacionales, de la ideología *gender*. Bajo la máscara humanitaria de la lucha contra la discriminaciones y la promoción de los derechos de las minorías, ***se quiere inculcar la idea de que lo masculino y lo femenino no son realidades ni sacras ni naturales, sino simples construcciones socio-culturales***, estereotipos que hay que eliminar por ser opresivos para la mujer, las minorías sexuales y la libertad de cada uno. En otras palabras, se viene a decir que los sexos no son un dato sino una orientación, una preferencia, una opción, minando así desde sus cimientos la condición elemental del matrimonio, esto es, la diferencia. Se trata de una gravísima negación de la realidad, científicamente frágil, pero vendida como evidente y documentada, que ***mira al desmantelamiento del sistema binario hombre-mujer sobre el que se basa la entera civilización***, y que amenaza no solo los lazos familiares, sino hasta la identidad de las personas y el mismo orden social

En cambio, el amor fecundo del hombre y de la mujer no solo es el fundamento de la familia, sino que es lo que nos hace imagen y semejanza de Dios. Bellísimas las palabras del papa Francisco, en las que explica que ***la diferencia hombre-mujer no solo es querida por Dios, sino que refleja la imagen de Dios.***

La imagen de Dios es la pareja matrimonial: el hombre y la mujer; no solamente el hombre, ni solamente la mujer, sino los dos... Dios, por así decirlo, se “refleja” en ellos, imprime en ellos sus propios rasgos y el carácter indeleble de su amor. El matrimonio es el icono del amor de Dios para nosotros. En efecto, también Dios es comunión: las tres personas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo viven desde siempre y para siempre en unidad perfecta.

A la luz de la creación y de la revelación es, entonces, urgente **recalificar la diferencia hombre-mujer y la riqueza de significados que esa encierra**. 1. Ante todo, la existencia de los dos sexos, es la señal elemental, escrita en la carne, de que **no nos bastamos a nosotros mismos, sino que estamos hechos para el otro**, que la autosuficiencia es un delirio y que vivir es pertenecer; 2. Además, por su relación con la generación –el hecho de nacimos y morimos – la sexualidad dice que **no somos nosotros el fundamento del amor y de la vida, sino Dios**; 3. Y más: si hay una experiencia que no puede sugerir el dominio y el sometimiento, que son en cambio fruto del pecado, es precisamente la experiencia sexual, que es en sí, **experiencia de desposeimiento más que de posesión, de pérdida de dominio más que de poder**, de contacto con el misterio, más de banal comprensión; 4. Y además, antes y después de todo, la experiencia sexual dice que **la distinción existe para la comunión y generación**, que es la base de la intimidad y de la fecundidad, y el dispositivo fundamental del amor y de la vida.

Necesitamos entonces, para que resuene felizmente el Evangelio de la familia, el testimonio de verdaderos hombres y mujeres, hombres y mujeres capaces de reconocer y valorar las respectivas diferencias, hombres dispuestos a vencer su egoísmo y mujeres dispuestas a vencer el instinto de control, hombres deseosos de dar vida y mujeres dispuestas a recibirla, hombres en grado de transformar el mundo y mujeres capaces de hacerlo más humano, esposos y esposas que no cesen de cuidarse mutuamente, de obedecerse y bendecirse el uno al otro. Espléndidas las palabras que el Papa dirige a los esposos:

el marido tiene la tarea de hacer a esposa más mujer y la mujer tiene la tarea de hacer más hombre al marido.

4. Los hijos son la bendición del matrimonio

Si hay algo profético donde emplear las mejores energías en el campo de la evangelización es la tarea de recuperar – según afirman los padres sinodales - “la íntima relación entre el amor conyugal y la generación de la vida”. Contra la reducción sentimental del amor y la manipulación tecnológica de la vida, es bueno poder anunciar **que el amor es íntimamente fecundo y la fecundidad es fruto del amor**. En otras palabras – y es algo en que ninguna civilización ha pensado bastante - **la verdad es que en todos los sentidos nosotros somos hijos**: procedemos de quien nos precede, amamos porque hemos sido amados, engendramos porque antes hemos

sido engendrados, somos un don y estamos llamados a ser don. Todo es generación, transmisión de vida y amor: 1. En el designio de Dios, la primera palabra es precisamente “generación”: en Dios mismo hay un Hijo (*Ef 1,3*), y por lo tanto ¡Dios no es un Arquitecto, sino un Padre (*Jn 1,1-3*)! 2. Y, en efecto, el destino del hombre está en la llamada a ser hijos en el Hijo (*Ef 1,4-5*), a revestirse de los sentimientos de Cristo (*Fil 2,5* y *Col 3,12*), ¡a alcanzar la estatura de Cristo (*Ef 4,13*)! 3. Por esto en el centro de Plan está el misterio de la Encarnación, ese misterioso intercambio por el cual el Hijo de Dios se ha hecho hijo del hombre, para que los hijos del hombre, se hicieran hijos de Dios, donde Jesús es el “Unigénito” del Padre que ¡se hace “Primogénito” de muchos hermanos (*Rom 8,29*)! 4. Y todo el plan se realiza en una historia que procede “de generación en generación”, tanto que también Jesús, aun viniendo de Dios, tiene una genealogía humana (*Mt 1,1-17*), tiene un Padre en el cielo y una Madre en la tierra (*Mt 1,18.20*).

Si esto es verdad, se comprende que necesitamos ***¡padres y madres según el corazón de Dios!*** Y también aquí hay mucho trabajo que hacer, porque hombres débiles e irresolutos, así como mujeres agresivas y dominantes – como, por desgracia vemos con frecuencia – no pueden ser padres con autoridad ni madres amorosas, ni pueden llegar a serlo jóvenes que se quedan en eternos adolescentes. Mons. Sequeri fotografía bien la cuestión de paternidad: en la época de la muerte del padre, el fenómeno al que asistimos es el del

ocultamiento del padre y de la invasora suplencia de la madre. Pero pretender que adultos que han crecido en el mito de la fusión erótica y de la autorrealización narcisista sean repentinamente capaces de sostener la dialéctica de la ley y del deseo, del límite y de la omnipotencia, del diálogo y del enfrentamiento, es una ilusión.

Debemos tener presentes tres cosas:

1. Ante todo hay que hay que eliminar el riesgo de ***padres demasiado ausentes o demasiado presentes***, anónimos o invasores. Lo explica muy bien monseñor Camisasca:

Por una parte, nacer con un vacío de origen a las espaldas, sin saber quién es el padre o la madre, o sabiendo que el padre tiene el rostro anónimo de quien ha donado el semen y la madre el útero, es una verdad dramática para el hijo... Pero también los adultos que se sitúan en la peligrosa pendiente hecha de derecho, posesión y control del hijo, pierden un aspecto fundamental de la experiencia: el hecho de que el hijo es un don, algo inesperado, una sorpresa. Es la vida misma de los hijos, en sus caracteres de novedad e imprevisibilidad que desmiente la ilusión del control y que reclama a los padres una actitud de servicio humilde y gratuito en relación con la vida

2. Un segundo fenómeno que requiere la formación de las familias es ***la confusión de los roles paternos***: Por estar la figura del padre culturalmente descalificada, por una

parte la madre asume el puesto del padre, por cierto con mucho trabajo y poco éxito, y el padre, para ser aceptado, se ve obligado a asemejarse lo más posible a la madre, a tener sus mismas actitudes y sensibilidad, Pero el problema está en que el padre y la madre no son la misma cosa, y son educativamente eficaces, precisamente en su diversidad. Lo explica muy bien Costanza Miriano:

Los dos padres tienen un rol diverso: la madre es la acogida, el padre el sentido de la realidad. La madre es el suelo que sostiene, el padre el muro que protege. La madre enseña a vivir, el padre a morir. La madre hace el nido acogedor, el padre da el valor para dejarlo... También los estilos educativos son diversos. Por ejemplo, ante los peligros, el instinto materno es el de proteger a los hijos, el del padre es enseñarles a superarlos.

3. Un tercer frente de trabajo con los padres se refiere a la **rotura de la barrera generacional**: los hijos son hoy más deseados que acogidos, son los hijos los que quieren tener consigo a los padres más que al contrario. Y resultan niños adultos y adultos infantiles, padres débiles y niños tiranos, con la relativa pérdida de autoridad de los padres y del respeto filial. Pero como ha dicho, con viva preocupación el papa Francisco: *Hay una relación estrecha entre la esperanza de un pueblo y la armonía entre generaciones. El lazo de unión virtuoso en las generaciones es garantía de futuro y es garantía de una historia verdaderamente humana. ¡Una sociedad de hijos que no honran a sus padres ha perdido su propio honor!*

Ante esta apretada agenda de trabajo, la relación, a nuestro parecer, más importante, es ante todo esta: **¡no se es padre solo por transmitir la vida, sino por transmitir el sentido y la verdad de la vida!** Por eso, como explica muy bien Vittoria Maioli Sanese, *el trabajo más serio del padre y de la madre no es sobre el hijo. El objeto del trabajo no es el hijo, es una búsqueda apasionada por la verdad de la vida, por los sentimientos auténticos. Los padres van tras la búsqueda apasionada de lo verdadero. Yo creo que el pensamiento más lúcido de la paternidad consiste en el preguntarse: ¿Qué puedo transmitir de mí mismo?*

En este sentido no hay nada más bello para los hijos que ver a papá y a mamá que rezan juntos, que reconocen la más grande paternidad de Dios, que invocan la maternidad de María, que aman a la Iglesia como Madre, porque saben muy bien – como decía San Cipriano – que “no puede tener a Dios por Padre, quien no tiene a la Iglesia como Madre”.

5. La educación es una segunda generación. Los obispos italianos han puesto en evidencia: **hay que repensar la educación en clave generativa**:

Existe una estrecha unión entre educar y engendrar: la relación educativa se injerta en el acto generativo y en la experiencia de ser hijos. El hombre no se da la vida. Sino que la recibe. Del mismo modo, el niño aprende a vivir contemplando a los padres y a los adultos.

Hay que entender que **la educación es el desarrollo natural de la generación**, y que entonces, **la educación es tarea primaria e inalienable de los padres**. Juan Pablo II decía que “los padres son los primeros y principales educadores de los propios hijos y son educadores, precisamente por ser padres”. Recientemente lo explicado con palabras muy incisivas también el obispo de Turín, monseñor Nosiglia:

la familia es la primera e indispensable comunidad educadora para la vida y para la fe. Esta tarea compete ante todo a los padres y es un deber esencial y original, primario, insustituible e inalienable: esencial, porque va unido a la transmisión de la vida; original y primario respecto a la tarea educativa de otros sujetos; insustituible e inalienable, en el sentido que no puede ser delegado a otros y sustituido por ninguno.

Educación en clave generativa significa entonces, que **toda otra agencia educativa debería siempre inspirarse en los modos familiares, paternos y maternos de la educación**. Lo que no se da por descontado. En los últimos siglos, la educación ha encontrado sus figuras de referencia no en los padres, sino primero en los filósofos y después en los psicólogos. Pero la cuestión es que la educación no puede reducirse a la filosofía o a la psicología, porque no basta saber qué es el hombre o cómo funciona: educar es formar al hombre, enseñarle a vivir, a pensar, a decidir, a rezar y a amar. En este sentido la educación es irreductible a la enseñanza o al adiestramiento: la educación se juega más bien, en términos de testimonio y de acompañamiento, de transmisión de vida y de sentido, y no solo de ideales o valores, sino de estilos de vida que los encarnan. Lo expresa bien nuestro Rector Mayor:

El mejor ambiente para educar es precisamente el que se remite al modelo base de la familia: el que reproduce la experiencia de la casa, donde los sentimientos, las actitudes, los ideales, los valores se comunican vitalmente, frecuentemente con un lenguaje no verbal y sobre todo no sistemático, pero no menos eficaz y constante

En esta perspectiva cobra importancia la tarea más hermosa de los padres y de todos los verdaderos educadores: **llevar a Dios y conducir a Dios, precisamente ser portadores de Jesús y llevar a Jesús**, Porque ¿para qué sirve alimentar e instruir si falta un por qué? ¿Para qué sirve ofrecer bienes, si no se aprende a querer bien? ¿Para qué sirve ofrecer medios, si después no se señalan metas? Sería como cargar a los hijos con una mochila, para después ¡no llevarlos a la montaña! De todos modos, en esta tarea, hemos de reconocer que **María es no solo la Estrella de la evangelización, sino también la Estrella de la educación**: ¡Nadie como Ella ha llevado a Dios a los hombres y sabe llevar los hombres a Dios! ¡Nadie como Ella, en un tiempo educadora del Hijo de Dios, puede educar eficazmente a los hijos de Dios! ¡Nadie como Ella, que vive en la plenitud de la gloria, puede ayudarles a vivir en la tierra para conducirlos felizmente al cielo!

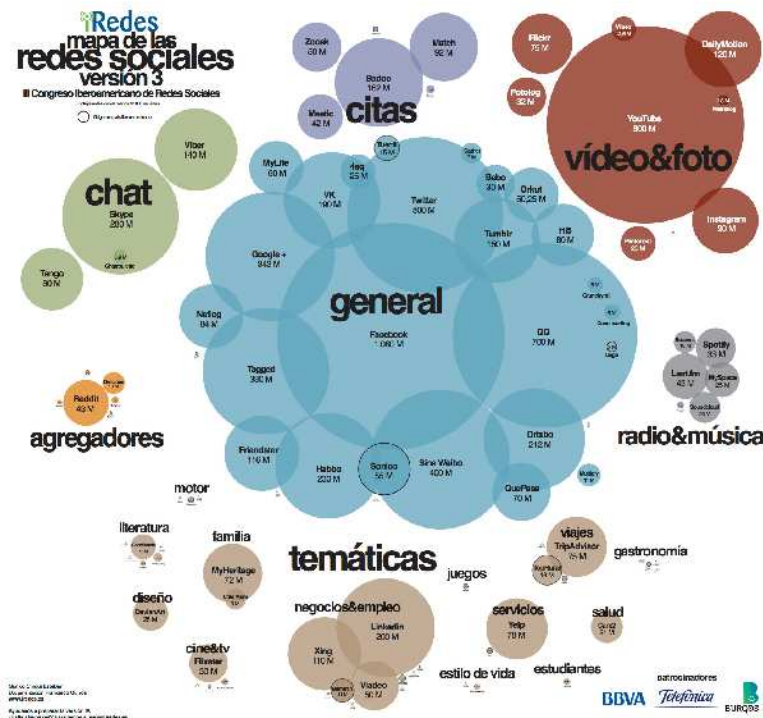
Comunicación

Redes sociales y asistencia salesiana Una mirada desde el Sistema Preventivo

Fco. Javier Valiente, sdb

1. Un mundo en red... social

Cada vez más habitantes del planeta utilizan internet en su vida diaria. Cualquier estadística que ofrezcamos sobre el uso de las redes sociales quedará desfasada en poco tiempo. Pero sí podemos señalar las tendencias de estos últimos años y que, parece, continuarán en los próximos. Más de 2.000 millones de usuarios de la Red que han encontrado en las aplicaciones que llamamos redes sociales (social network) o medios sociales (social media), unos nuevos canales y medios para comunicarse. Las principales redes sociales van agrupando, entorno a sí, a un número cada vez mayor de usuarios. La más extendida, Facebook, en 2013 tiene ya mil millones de usuarios.



La imagen (Mapa de sobre redes sociales presentado en el III Congreso Iberoamericano de Redes Sociales, febrero 2013), ofrece una vista de las redes sociales más utilizadas en el mundo con el número de usuarios, en millones, y clasificadas por el tipo de red. Es importante darnos cuenta de la extensión, profundidad y características de este fenómeno, especialmente en lo relativo a lo que supone en la socialización de los usuarios pues, como señala Benedicto XVI en el mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales para 2013, es necesaria “una comprensión atenta de este ambiente” como paso previo a una presencia significativa dentro de estos nuevos territorios.

Ya son significativas, de por sí, las metáforas que utilizamos para referirnos a las redes sociales. Técnicamente son programas informáticos, aplicaciones y desarrollos tecnológicos que utilizan la internet y los dispositivos electrónicos para su funcionamiento, enlazando nodos y terminales. Sin embargo, nos referimos a estas realidades como ambientes, entornos, nuevos territorios, espacios, nuevo continente²⁴, etc. Decimos que son significativas estas metáforas pues están queriendo expresar lo que para las personas son estas aplicaciones. En el fondo, son un espacio más de la vida de los individuos, especialmente de los jóvenes. Parte de su vida está también reflejada en estos territorios poblados por personas que interactúan y comparten todo lo que pueden compartir en el mundo físico.

Cuando hablamos de redes sociales entendemos esas estructuras sociales compuestas por grupos de personas que están conectadas por diversos tipos de relaciones que pueden ser de parentesco, amistad, relaciones laborales, intereses comunes, participación en tareas comunes. Las redes sociales se superponen y, cada uno de nosotros, puede pertenecer a distintas redes. Lo característico es que en todas hay personas, que están conectadas y que comparten (relaciones, intereses, conocimientos...).

El fenómeno de las redes sociales no es algo nuevo; el ser humano siempre ha creado redes de comunicación. El desarrollo de la civilización va unido al establecimiento de esas redes que se han ido alargando y han ido conquistando nuestro mundo. Las tecnologías y medios de comunicación han hecho posible el establecimiento de esas redes generando redes de comunicación aprovechando los medios y canales que han existido en cada época. Hay que tener en cuenta, como señala Manuel Castell, que las redes “no sólo se crean para comunicarse sino para posicionarse, para imponerse en la comunicación”²⁵. Este es un aspecto, el del poder de las redes, que no habría que dejar que pasara desapercibido.

Pero, ¿qué es lo que ha sucedido en estos últimos años? Ya nos encontrábamos en una época de cambio cultural y antropológico con la llegada de internet pero, especialmente a partir de 2004, el mundo de la comunicación, a todos los niveles, se

²⁴ Juan Pablo II y Benedicto XVI, en los mensajes para la jornada de las comunicaciones sociales, se han referido a estas aplicaciones como el nuevo Foro, nueva ágora, espacio existencial, nuevo mundo.

²⁵ CASTELLS M., *Comunicación y poder*, Madrid, Alianza Editorial, 2009, p. 52.

ha visto sacudido por el desarrollo de aplicaciones digitales que han supuesto un salto cualitativo en cómo utilizamos internet y en el lugar que ocupa, ahora, la Red en nuestras vidas. Con el desarrollo de internet y la evolución a lo que se ha dado en llamar web 2.0, o el siguiente escalón que ya está surgiendo la red 3.0, se ha producido una explosión de las aplicaciones de social media. Redes sociales generalistas (Facebook, twitter, Google+), profesionales (Linkedin, Viadeo), cerradas o abiertas, verticales u horizontales, se van instalando en nuestra vida y los usuarios las utilizan cada vez más para relacionarse, informarse, compartir conocimiento, y trasladar al mundo virtual las redes que ya existen en el mundo físico. Pero *virtual* no se entiende, en este contexto, como irreal, falso o ilusorio. No se trata de un sustituto de lo real, sino como una forma de actualizarlo, como una posibilidad más de lo real²⁶ mediante la tecnología utilizada (ordenador, conexión a la red y aplicaciones de social media), que permiten un tipo de socialización diferente “pero no por ello inferior a las formas anteriores de interacción social”²⁷.

Un tipo de socialización que utilizan, especialmente, los jóvenes, los nativos digitales, para los que el mundo de las redes sociales es una parte más de su mundo. Lo que sí parece cierto es que esta forma de interacción y de relación “está siendo cada vez más importante entre quienes navegan por la Red”²⁸, mundos paralelos de relaciones que “desde el punto de vista psicológico no tienen características de inferioridad o limitación”²⁹ respecto a las relaciones que se mantienen offline. Y es que suele darse por sentado que las relaciones a través de dispositivos digitales tienen menos peso o influencia en la vida de los individuos que las relaciones mantenidas en el mundo *offline* o analógico, las relaciones cara a cara. La Red es una posibilidad más para las mismas personas de interactuar, no es una realidad aislada, sino que, a este tipo de interacciones, los usuarios traen “su género, el momento de su ciclo de vida, su bagaje cultural, su estatus”³⁰, sus sueños y deseos, sus dudas, todo su mundo, y también su fe o su falta de ella.

2. Un tsunami comunicativo

La revolución de Internet y, especialmente, el desarrollo de las redes sociales están cambiando la forma de comunicar, los modelos de comunicación. Cambios que influyen en los usuarios particulares y en las organizaciones. Hoy el destinatario de la comunicación tiene cada vez mayor protagonismo. Estamos pasando de los medios de masas a la masa de comunicadores. Los públicos son transceptores, es

²⁶ Cf. LÉVY P., *Cybercultura. Gli usi sociali delle nuove tecnologie*, Milán, Feltrinelli, 2001, p. 88.

²⁷ CASTELLS M., *La Galaxia Internet. Reflexiones sobre Internet, empresa y sociedad*, Madrid, Plaza & Janés, 2001, p. 146.

²⁸ NARDONE G. – CAGNONI F., *Perversiones en la red. As patologías de Internet y su tratamiento*, RBA, Barcelona, 2003, p. 31.

²⁹ Id., 30.

³⁰ Citado por GÓMEZ E., *Las metáforas de Internet*, Madrid, UOC, 2007, p. 83.

decir emisores y receptores de información, o “prosumers³¹”, que consumen contenidos pero ellos son también productores de contenidos.

Como Congregación, somos conscientes de los cambios que se están produciendo en la comunicación por la presencia de las tecnologías digitales. Toda nuestra vida se ve afectada. Cambia la comunicación de masas, la comunicación interpersonal, nuestra manera de conocer, participar, colaborar, nuestra forma de ver el mundo. Y esto exige un importante cambio de mentalidad en nuestra acción educativo pastoral, que es una tarea eminentemente de comunicación. Y cambio, también, en la manera de cómo gestionamos las estructuras, pues están cambiando las reglas del juego y las personas buscan más la participación, los mensajes bidireccionales, la comunicación más transparente.

Los medios sociales o redes sociales, están generando nuevas formas de agregación entre las personas, y hacen que nos replanteemos a qué comunidad pertenecemos, cuáles son los agentes socializadores, que están dispersos en las redes. De cualquier forma hay que advertir que este “espacio existencial³²”, estos nuevos lugares de socialización, y en estas redes sociales, es posible transmitir emociones, es decir, es posible conectar con las otras personas a niveles más profundos. Que no todos los contactos que se establecen son efímeros, ligeros y superficiales, sino que implican a la persona y llegan a tocarla interiormente. También, pueden generar una socialización débil o tipos de relaciones superficiales que llevan a considerar al otro meramente un enlace.

Sin embargo, dicen los expertos que “la presencia de un medio tecnológico no determina la anulación de los aspectos emotivo-cognitivos de una situación³³”, que es posible experimentar emociones online. Para los educadores este aspecto es significativo. Nardone y Cagnoni han hecho un recorrido por los estudios de psicólogos y sociólogos que sostienen cómo la persona que interactúa en un ambiente virtual, a través de la Red, “puede experimentar las mismas emociones y reacciones que experimentaría en una situación real³⁴”, así que este tipo de experiencias influyen en la vida offline de las personas. La posibilidad de experimentar emociones es, precisamente, uno de los atractivos de este tipo de socialización. Es curiosa, en este 2013, la campaña publicitaria de la marca automovilística Audi que tiene como eslogan una pregunta: “¿Para qué sirve la tecnología si no es para emocionar?”. Además, el tipo de comunicación es informal y desinhibido.

Estas características tienen su cara y su cruz. Por una parte la comunicación es fluida, lejos de los corsés que pueden colocar los tópicos sociales. Por otra parte, no

³¹ Acrónimo formado por las palabras en Inglés *producer* (productor) y *consumer* (consumidor).

³² Benedicto XVI, Mensaje Jornada de las Comunicaciones Sociales 2013.

³³ NARDONE G. – CAGNONI F., *Perversiones en la red. As patologías de Internet y su tratamiento*, RBA, Barcelona, 2003, p. 27.

³⁴ Id., 29.

siempre se utiliza bien esta libertad absoluta de expresión, se puede decir todo lo que a uno le venga en gana, sin importar las consecuencias de ello. Son aspectos a educar, en los jóvenes y en las etapas de formación, la relación de la persona con estas aplicaciones, el uso que se hace de ellas y el sentido y lugar que ocupan en la vida de cada uno. Hay que estar atentos a evitar una cierta fragmentación de la identidad, la dependencia de las aplicaciones y el considerar a los otros sólo como mera satisfacción de necesidades propias.

Siempre teniendo en cuenta las luces y sombras de las realidades humanas, la dinámica de las redes de contar con más amigos, más seguidores, de llegar a más, puede subrayar un cierto egocentrismo en las personas pues, en esos perfiles, todo gira alrededor de la propia persona (mis ideas, mis intereses, mi vida), una excesiva exaltación del yo que hay que tener en cuenta. Una presencia activa, desde la autenticidad y coherencia de la persona, que favorezca el diálogo y busque el compartir con los demás ayudará a convertir estos espacios sociales, como ha señalado Benedicto XVI en 2013, de lugares de intercambio solamente de opiniones, en lugares de comunicación; los contactos en amistad, y pasar de la idea de conexión a la de comunión.

3. Buenos cristianos y honrados ciudadanos en el mundo digital

Nuestra presencia, cada vez más frecuente, en el ciberespacio exige que nos planteemos cómo es nuestra ciudadanía digital. Tanto en nuestra vida online como offline, hay que salvar siempre el respeto por la persona, la salvaguardia de la dignidad humana. En nuestra formación deberíamos insistir en este aspecto: ser conscientes de que nuestro comportamiento en la Red refleja lo que somos, y también aquí llevamos nuestra ética, nuestros principios morales, nuestra visión del mundo y de la persona. En la tradición salesiana, apostamos por la prevención de determinados comportamientos que puedan lesionar la integridad de las personas. Por ello, ponemos la educación y la formación de los usuarios como uno de los ámbitos significativos de actuación dentro de la acción educativa y pastoral salesiana. Formación que tiene que partir del conocimiento técnico de las nuevas tecnologías y aplicaciones de social media, que irán cambiando con el desarrollo tecnológico, pero que tiene que mirar sobre todo a los aspectos profundos de comportamiento y actitudes, de cómo somos en las redes, por qué estamos en ellas, cómo nos mostramos y cómo tratamos a los demás.

Salesianos, educadores y colaboradores, animadores, somos conscientes de que ante nosotros se abre un fantástico mundo de posibilidades para la comunicación a todos los niveles. La educación, pastoral, catequesis, evangelización también cambian pues cambian las personas con las que tratamos, cambiamos nosotros y los medios que utilizamos para comunicarnos. Estamos ante un cambio antropológico importante, un cambio cultural que nos plantea retos y nos llama a estar presentes en estos nuevos espacios siendo conscientes de su importancia para la vida de los jóvenes.

Las tecnologías digitales son una oportunidad pastoral. La Iglesia está poniendo de manifiesto la necesidad de estar presentes en el ciberespacio para evangelizar este nuevo territorio y ayudar a crear una cultura de la participación y la colaboración, del respeto, de la comunicación profunda. Al mismo tiempo, como todas las realidades humanas, hace falta una reflexión sobre las implicaciones que tiene y los aspectos positivos y negativos que giran alrededor de ellas.

En toda la formación salesiana, pero especialmente en la formación inicial, sería necesario abordar estos temas vistos desde la perspectiva como usuarios y como educadores de los jóvenes a los que tenemos que, también, formar en estos aspectos. También en la formación, sería interesante desarrollar habilidades y competencias comunicativas en los entornos digitales para que nuestra presencia sea más eficaz. Al mismo tiempo, convendría favorecer el uso de las redes sociales dentro de la Congregación para fomentar el trabajo en equipo, el intercambio y gestión del conocimiento y buenas prácticas, y la toma colegiada de decisiones. Seremos más conscientes así del potencial que tienen estas aplicaciones, más allá del ocio o las relaciones personales. Pensemos en la influencia que están adquiriendo no sólo en relación con las personas, sino en los procesos políticos, la movilización social, la concienciación de los individuos, y ahí, como Congregación, tenemos un camino importante que recorrer.

Pero además, y desde la práctica del Sistema Preventivo, tenemos que ofrecer una formación en este ámbito a los jóvenes que son nuestros destinatarios. No siempre la facilidad de uso de las tecnologías digitales, especialmente por parte de los jóvenes, va unida a una reflexión sobre planteamientos éticos y consecuencias de su actuación. En la formación también hay que tener en cuenta la diferencia de edad de los hermanos, las costumbres en los distintos países, incluso las legislaciones sobre el mundo de Internet, aunque este último aspecto cada vez más se está homologando a nivel mundial. Y es que incluso determinados comportamientos en la Red pueden tener una repercusión legal, pueden ser delitos, según las legislaciones. No entramos a valorarlos pero hay que caer en la cuenta de que algunas prácticas pueden ser delitos y no ser conscientes nosotros de ello. Por ejemplo el ciberacoso, la suplantación de personalidad, utilizar el perfil o el correo de otro haciéndonos pasar por él, publicar comentarios que pueden ir contra la buena imagen de la persona...

Como aspectos a tener en cuenta, podemos hablar de una ecología en el ciberespacio. Esto es, de hacer el mundo de las redes sociales habitable, lo que conlleva la responsabilidad de todos a la hora de construir este nuevo territorio a medida humana. Es el **comportamiento ético** que se traduce en una forma de actuar, debe tener en cuenta, al menos, los siguientes aspectos:

- El área de la comunicación personal, las buenas maneras, urbanidad, trato cortés, expresión correcta.

- Recuperar el valor de la palabra. La comunicación en la Red es, mayoritariamente, a través de la palabra escrita. La palabra tiene que ser expresión de lo que la persona es. El valor de la verdad.
- Reciprocidad ética. Al otro lado de la pantalla hay una persona. Tratar a los demás como queremos ser tratados.
- Comunicar y compartir el saber. Responsabilidad personal sobre la veracidad de lo que se comparte y contribuir a la construcción del saber aprovechando las posibilidades de la tecnología.
- Frente a tantas opiniones como se vierten, respeto por las opiniones de los demás, pero espíritu crítico y también audacia para expresarlo.

Cuidar la privacidad y la identidad digital

Estamos creando nuestra huella en la Red. Cada vez Internet sabe más de nosotros, nuestro rastro en la Red es cada vez más intenso, hay más información sobre nosotros, más datos sobre nuestra vida, fotos... podría construirse la identidad digital de cada uno de nosotros y en las redes sociales volcamos una gran cantidad de información sobre nosotros mismos, nuestros contactos, las personas que nos rodean. Y, la mayor parte de las veces, esa información no nos pertenece. A la hora de estar presentes en la Red, hemos de tener en cuenta esta realidad. Hoy la persona es el “portal”, formamos parte de un flujo de información que no siempre controlamos. Es cierto que se está redefiniendo el concepto que tenemos de la privacidad.

En realidad, salvo comportamientos imprudentes, trasladamos a las redes sociales lo que hacemos en el mundo analógico. Con amigos y conocidos compartimos comentarios, fotos, impresiones, qué hacemos, qué pensamos. Las redes multiplican esta práctica. Se habla de una intimidad ambiental pues, a medida que compartimos con otros, y estos otros con nosotros, nos resulta menos problemático que los demás vean lo que hacemos o dónde estamos. Bien es cierto que, y esto es un aspecto a educar, los usuarios decidimos qué compartimos y con quién.

Por eso, hay que **cuidar la privacidad**. Preguntarnos qué datos nuestros están en la Red, qué información sobre cada uno de nosotros está fluyendo por la Red. Si tenemos blogs, perfiles, si participamos en foros de discusión, comentarios en otros perfiles, álbumes de fotos, videos en youtube... Por otra parte, están las tecnologías de control (cookies, contraseñas..) que recopilan información sobre nuestro paso por Internet sin darnos cuenta.

Y, al mismo tiempo, cuidar la **privacidad de los demás**. A veces escribimos mensajes, comentarios, que ofrecen datos de terceras personas sin que tengamos autorización para hacerlo. En este sentido, hay que tener mucho cuidado con las

imágenes, especialmente si son de menores. Hay que ser conscientes de que **no somos dueños** de lo que enviamos o publicamos en Internet. Una vez enviado un mensaje, o publicado un comentario en un perfil, no sabemos dónde puede llegar. Hay que pensar bien lo que publicamos.

Otro principio general, en relación con la privacidad, es que **la Red no olvida**. Mientras no se desarrollen leyes que faciliten el dominio de los usuarios sobre los contenidos que hablan de nosotros, lo que ponemos a Internet (post, noticias, comentarios, fotos, videos) seguirá estando ahí cuando pasen los años. Además hay que tener en cuenta que las empresas que ponen a nuestra disposición las aplicaciones de social media se nutren de la información que dejan los usuarios para obtener beneficios a través de la publicidad. Información que, cada vez más, se cruza, se comparte entre aplicaciones y forma parte del magma de información que circula por Internet, que es archivado e indexado por los buscadores. Y, para las empresas, es muy valiosa la información sobre gustos, intereses, comportamientos, que van obteniendo de los usuarios.

Hay dos ideas que los usuarios de Internet deben cambiar. Una es la sensación de impunidad, según la cual lo que hacemos en la Red no tiene consecuencias, en la Red vale todo, se puede decir todo sobre los demás... las leyes están cambiando para preservar el derecho a la propia imagen, a la buena fama... especialmente en lo relacionado con los menores. Y otra, es que todo es gratis. A parte de servicios de pago, cada vez más frecuentes en descargas de contenidos o adquisición de aplicaciones, es nuestra información personal la moneda que utilizamos, sin ser conscientes, para utilizar “gratuitamente” las aplicaciones de social media o motores de búsqueda, por citar algunos ejemplos.

Estar atentos a los contenidos

Internet permite el acceso a **contenidos de todo tipo**. Es un espacio donde, más que antes, se requiere un ejercicio maduro y responsable de la libertad personal. Todo lo que en la formación inicial y permanente se haga en esta dirección, será muy útil para dar herramientas a los hermanos a la hora de estar en el mundo digital.

Un tema no exento de polémica, dentro de las comunidades, puede ser la **aplicación de filtros** de contenidos en los ordenadores o servidores. Podrían ser útiles en ordenadores públicos, que tienen libre acceso, pero puede ser más problemático en ordenadores personales. Además, hay que tener en cuenta que lo más habitual es acceder a la Red por múltiples dispositivos (smatphones, tablets...) y no sólo conectándose a través del servidor comunitario, sino que son más frecuentes las redes wi-fi abiertas. Parece más útil insistir en la formación de la persona, en el uso responsable de la Red, etc.

Es necesario potenciar el **espíritu crítico** frente a contenidos, informaciones... La facilidad de participar en la Red, puede llevar a que se esté pasando de un saber especializado (episteme) a un saber basado en la opinión (doxa). Saber discernir, enjuiciar lo que se lee, se hace más necesario que antes cuando las fuentes de información estaban más controladas. Sentido crítico que tiene que aplicarse a los grandes nodos en las redes sociales, los perfiles más populares y recordar, aquí, lo que Benedicto XVI señalaba, que “verdad no es igual a popularidad”³⁵.

Especialmente en las primeras etapas de la formación inicial, puede ser interesante **enseñar a buscar** contenidos relevantes, qué buscar, cómo encontrarlo, cómo evaluar las informaciones encontradas y cómo utilizar la información encontrada. Aunque puede variar según las legislaciones de cada país, relacionado con los contenidos está **la descarga** de los mismos. Esta práctica puede ir contra las leyes que protegen la propiedad intelectual y dar ocasión a denuncias. Lo mismo se puede decir del uso de software no legal.

Estar atentos al tiempo de consumo de Internet y de la tecnología

Otro de los aspectos a revisar es el consumo de internet y tecnologías digitales. En nuestra vida dedicamos tiempo al estudio, trabajo pastoral, vida comunitaria, tiempo libre, etc. Pero cada vez más una parte de nuestro tiempo lo ocupamos en nuestra vida digital. Obviamente cada vez más las tecnologías digitales están unidas a nuestra vida, y parte de nuestra formación, ocio, pastoral, vida social, etc., necesitan como soporte internet, pues vivimos y estamos en la Red.

Un peligro puede ser caer en la **dependencia de internet**. Por eso es importante analizar el tiempo de consumo de Internet, cantidad y calidad. En casos extremos, Internet puede causar adicción y convertirse, paradójicamente, en un obstáculo para las relaciones sociales, la pastoral....

También debe ser objeto de nuestra reflexión el consumo de la misma tecnología. Qué dispositivos utilizamos, aplicaciones, etc. Esto tiene un componente económico que hay que valorar dentro, también, de nuestras opciones comunitarias y personales. En este sentido hay que entender las estrategias de negocio, de venta, que tienen las empresas tecnológicas, y analizar cómo nos imponen modas sobre tendencias, gadgets, hardware y software.

El uso de la tecnología en la vida comunitaria

En nuestras comunidades disponemos de numerosos dispositivos tanto personalmente como comunitariamente. El ordenador personal y el teléfono móvil

³⁵ Benedicto XVI, Mensaje para la Jornada de las Comunicaciones Sociales de 2011.

son ya elementos habituales en la vida ordinaria de cada uno de nosotros. Deben ser utilizados adecuadamente y teniendo cuidado de que **no nos aíslen**. Podría darse la paradoja de utilizar estos medios para comunicarnos con muchas personas, y asilarnos de nuestro entorno más cercano, por ejemplo de la comunidad.

Uno de los problemas de nuestro tiempo es el **ansia de la desconexión**. Parece que no podemos vivir sin estar conectados a todas horas, y en todo lugar. Sería bueno que la propia comunidad estableciera algunas **normas de uso de estos dispositivos en espacios y tiempos comunitarios**, encaminadas a hacer más fácil la vida comunitaria. Creando espacios y momentos donde no se utilicen (p. ej. apagar los móviles en la capilla, dejarlos fuera en reuniones comunitarias...).

4. Un estilo de presencia en las redes sociales: la asistencia salesiana

El sistema educativo de Don Bosco, el sistema preventivo, está caracterizado por una finalidad que tiene el educador, la salvación de las almas, en lenguaje de Don Bosco; un tipo de relación entre educador y educando, el espíritu de familia; un lugar típico donde se produce la relación educativa, el patio; y unos pilares fundamentales sobre los que se sustenta que son razón, religión y amor o *amorevolezza*. Toda la acción y misión salesianas las miramos desde esta perspectiva. También nuestra presencia, tanto institucional como personal, en las redes sociales.

Y esta visión, es una aportación típica y original salesiana que podemos ofrecer en el análisis y el uso de las redes sociales: una valoración positiva, desde la crítica, de todo este fenómeno especialmente en el ámbito juvenil. En la tradición educativa salesiana acercarse al mundo de los jóvenes, compartir sus lenguajes, espacios y lugares de encuentro -como el patio, la calle o el tiempo libre-, es fundamental para construir un itinerario educativo y evangelizador donde el educador se hace compañero de camino de los jóvenes. Y especialmente se ha valorado, en la pedagogía salesiana, aquellas formas de expresión típicamente juveniles como la música, el teatro o el deporte. Lugares y lenguajes muy cercanos a los jóvenes, valorados por los educadores y agentes de pastoral con un gran potencial en el ámbito de la educación y la pastoral. Las redes sociales son, ahora, ese lugar con un lenguaje propio que los educadores han de saber aprovechar para estar también al lado de los jóvenes.

Tenemos que estar presentes en estos espacios pues forman parte de nuestra sociedad, de la experiencia de las personas. No participar en ellos sería quedar fuera del lugar donde las personas adquieren conocimientos, se relacionan, interactúan, crean cultura e influyen en la marcha de la sociedad. Estar fuera de ellos sería, además, no participar en la construcción de la nueva cultura, de este nuevo mundo. Como Don Bosco, veremos en el último apartado de este artículo, tenemos que estar a la vanguardia del uso de los medios de comunicación y ser intrépidos. No es el caso, aquí, de explicar todas las posibilidades que se abren ante nosotros, todos los usos

que ya se están haciendo -pues hay que señalar que los salesianos están desarrollando numerosísimas iniciativas en las redes sociales en todo el mundo-, las múltiples funciones que se pueden realizar a través de estas aplicaciones en nuestras obras, el servicio que pueden prestar para la información y publicidad, el intercambio de recursos o la proyección de nuestra imagen.

Sí que es importante que manejemos los criterios del sistema preventivo para que iluminen y empujen nuestra presencia en estos entornos. También aquí la finalidad que nos mueve es buscar el bien de los destinatarios, la educación integral de los jóvenes, en lenguaje de Don Bosco, la salvación de los jóvenes, que lleguen a ser “buenos cristianos y honrados ciudadanos”. Lo que mueve al educador a lanzarse al encuentro de los jóvenes en estos espacios, es su deseo de ser buen pastor, de acompañarlos allí donde están y, ahora, ellos están también aquí. Don Pascual Chávez ha lanzado a la Congregación a estar en los “nuevos patios” donde están los jóvenes. El patio es lugar salesiano pues es lugar para el encuentro con el joven, para compartir su vida y sus inquietudes, donde el educador se pone al nivel del joven, le muestra que ama lo que el joven ama, y surgen propuestas significativas para su vida. Esto hoy, también, se vive en las redes sociales. Cuando educador y joven comparten amistad en un perfil, están ambos compartiendo la parte de la vida de ambos que circula por esas redes.

Siendo conscientes de la importancia que cada vez más, para los usuarios, tiene el compartir la vida a través de las redes en espacios sociales que se superponen y entrecruzan con el mundo analógico. Los emigrantes digitales suelen tener dificultad en sacar partido a estas aplicaciones pues consideran que la naturaleza, el lenguaje propio de estas redes, hecho de mensajes breves, multimedia, con expresiones propias, es superficial con comentarios poco profundos, que no termina de llegar a la persona. Sin embargo, en las redes se hace lo que hacemos en nuestra vida de cada día. Compartir un enlace, sugerir una lectura, contar una experiencia personal, ofrecer una reflexión sobre la actualidad o una opinión sobre una película o una canción, interesarse por la vida de los otros, etc., significa ir profundizando los lazos con las personas que tenemos en nuestras redes y preparando otros momentos de encuentro cara a cara.

Y la manera de estar, de establecer esa relación, es el espíritu de familia, la *amorevolezza*, que lleva a valorar al otro, crear un clima de confianza donde el joven sabe que se le ama, y que se traduce en el estilo del trato, en la forma de relación, en el interés por la vida del joven. Precisamente en las redes sociales este aspecto es muy importante, pues se valora la capacidad de relación y de empatía de las personas. El nuevo modelo de comunicación se basa en la participación, en la colaboración. El éxito, se insiste en el ámbito del marketing, de las empresas que utilizan los medios sociales está en su capacidad de escuchar y generar conversación con los usuarios; en conocer cuáles son sus intereses, cómo son y qué les mueve. Estos aspectos son fundamentales también para nosotros. El salesiano que quiere estar en una red social con los jóvenes tiene que asumir las categorías que están en juego, se trata de

un cambio importante de mentalidad y, si quiere tener una presencia significativa, ha de entender que son actitudes importantes la participación, el compartir, la colaboración, la interactividad, la escucha.

Actitud del buen pastor que tiene que extenderse al cuidado de los otros. Y esto lo hacemos con el estilo de nuestro lenguaje, la manera de estar en las redes, cómo entablamos debates o discusiones con personas que, tal vez, no conozcamos, pero que entran en contacto con nosotros a través de un post, de un comentario...Benedicto XVI hablaba de un estilo cristiano, diríamos que también salesiano, de comunicación que sea franca, abierta, respetuosa, responsable³⁶; un modo de estar caracterizado por la cortesía y que tiene mucho que ver con el Dios que habla no a través del fuego, o la tormenta, sino a través de la brisa suave³⁷. Pero cuidado del otro, que también se manifiesta en la atención a su reputación online, la privacidad y otros aspectos técnicos. En este sentido, hay dos principios básicos a tener en cuenta, tanto en nuestra presencia institucional o personal, la honestidad y la transparencia que darían como resultado la autenticidad. Es curioso ver cómo esta actitud, que tanto subrayan los documentos del magisterio de la iglesia, coincide con lo que los análisis de la eficacia de la comunicación en redes sociales señalan como éxito: la importancia de generar confianza. Para ello, se ha establecido la regla del KLT, del inglés know, like, trust. Según este principio, el conocimiento de una marca, institución o persona, favorece la sintonía entre el usuario y esa persona, y genera confianza, que abre la puerta a la influencia, al compartir ideas, modos de ver la realidad, asumir principios del otros, etc.

“¡Ay de mí si no anuncio el evangelio!”

Un estilo de presencia salesiana que se concreta también en los contenidos que ofrecemos en las redes sociales. Una buena parte de ellos se refieren a nuestra actividad, oferta educativa o informaciones para dar a conocer nuestros servicios o productos según el nivel o estructura que represente determinado perfil en una red social. Pero una buena parte de nuestras intervenciones (mensajes, post, comentarios, fotos, videos), tanto personales como institucionales, cuentan lo que somos y hacemos, cómo vemos el mundo, a las personas, qué cosas son importantes para nosotros. Con todo esto estamos dando testimonio de nuestra fe, es el aspecto de la religión que impregna toda nuestra acción. En el mensaje para la Jornada Mundial de la Juventud 2013, Benedicto XVI convocaba a los jóvenes a ser misioneros en el mundo y señalaba dos campos prioritarios donde vivir este compromiso misionero: el mundo de Internet, para evangelizar el continente digital, y la movilidad.

³⁶ Benedicto XVI, Mensaje Jornada de las Comunicaciones Sociales 2011.

³⁷ Benedicto XVI, Mensaje Jornada de las Comunicaciones Sociales 2013.

Invitación a evangelizar este sexto continente que los salesianos debemos acoger como parte de nuestra tarea pastoral y que se refleja en los contenidos que volcamos en las redes sociales. A través del diálogo, hablando de la “verdad y los valores”³⁸, de nuestras opiniones, de cómo nos presentamos, estamos evangelizando. Lo hacemos cuando nos interesamos por la vida de las personas que están en nuestras redes³⁹, somos receptivos, y proactivos, ante lo que ellos comparten con nosotros. Y evangelizamos, obviamente, cuando hacemos profesión explícita de nuestra fe, cuando contamos la novedad del Evangelio y mostramos al Dios de Jesucristo que vive en su Iglesia.

Muchas veces nos preguntamos cómo utilizar las redes sociales para la evangelización, pues esto señala qué tipo de contenidos compartimos, qué uso damos a las redes . Pero, a mi modo de ver, la pregunta previa sería cuándo evangelizamos, en qué hago yo consistir la evangelización. Tenemos claro que cuando, en las redes, presentamos el Evangelio, proponemos una oración, aclaramos dudas sobre nuestro Credo, contamos la vida de la Iglesia o de la Congregación... estamos evangelizando. Pero, ¿y cuando nos interesamos por la vida del otro, pregunto por cómo le ha ido alguna actividad, comparto sus ilusiones, éxitos y problemas, me sumo o propongo iniciativas de denuncia social, promuevo determinados valores....? ¿Estoy evangelizando?

Además, de los aspectos anteriores, que van a la raíz para entender nuestra manera y motivos para estar las redes, otros aspectos, más técnicos, a tener en cuenta en nuestra presencia en Internet y, en las redes sociales, podrían ser:

- Sitios y perfiles institucionales

Portales, blogs, sitios webs o perfiles en redes sociales que pertenecen a la Congregación, Inspectorías, casas... Deben presentarse como tales y dejar **bien clara la identidad** de quien está detrás de ellos y los objetivos que se persiguen con esa presencia en la Red. Puede parecer obvio, pero debemos insistir en que no es lo mismo un sitio institucional, que uno personal.

Hay que pensar nuestra presencia en la Red (a través de las múltiples formas que hoy permite la tecnología) como una **presencia educativo-pastoral**. Este criterio debe orientar los contenidos, los destinatarios, el fondo y la forma de nuestra presencia. Son presencias pastorales, aunque con diversidad de planteamientos.

³⁸ Benedicto XVI, Mensaje para la Jornada de las Comunicaciones Sociales de 2013.

³⁹ Siempre teniendo en cuenta los distintos tipos de relación según el tipo de red en la que estemos. No es la misma relación entre los amigos de Facebook, que con los seguidores de Twitter, o los diferentes círculos que podemos establecer en Google+, o relaciones de tipo más profesional en una red del tipo de LinkedIn.

Si se trata de perfiles en redes sociales, o foros, que permiten a los usuarios realizar comentarios, es muy recomendable que estos estén “**moderados**”, es decir, que necesiten autorización para que aparezcan publicados.,

En las redes sociales es imprescindible agregar a nuestros contactos y asignarlos a distintos grupos. No todos deberían ir en la categoría de “amigos”. **Diferenciando por grupos**, se puede discriminar el acceso a la determinada información. Existe otra categoría más amplia, (fans, seguidores), que establece otra relación menos estrecha con los usuarios.

- Sitios y perfiles personales

La Iglesia pide insistentemente a sacerdotes y religiosos que estén **presentes en la Red**, con páginas webs y, especialmente, con blogs y perfiles en las redes sociales. Es una forma nueva de evangelización, de estar en contacto con los destinatarios, de crear nuevos patios donde encontrarse con los jóvenes. Es recomendable **presentarnos como religiosos**, explicando los objetivos de nuestra presencia en la red. Pueden existir contextos que exijan cierta privacidad sobre este aspecto.

Especialmente quienes se dedican a la pastoral juvenil, educación, etc., recibirán muchas solicitudes de amigos para aceptar en su perfil. Es conveniente crear grupos para discriminar la información a la que cada uno tiene acceso.

Es preciso ser **cuidadosos con las personas que aceptamos** en nuestro perfil. También se puede decir “no” a la hora de agregar a más contactos. Pensemos que, más adelante, podremos querer borrar (“unfriend”) algunos contactos y esto puede considerarse una manera de descortesía (“te aparto de mis amigos”). Y, especialmente si se trata de menores de edad, hay que ser muy precavido con los temas que se tratan, los comentarios que se escriben, las fotos que se utilizan y se etiquetan...

5. Con el ejemplo de Don Bosco, en la vanguardia de la comunicación

En la tradición salesiana contemplamos a Don Bosco como un hombre que supo utilizar los medios de comunicación, las tecnologías, que tenía a su alcance para cumplir su misión en medio de los jóvenes. Un escritor cuyo estilo, contenidos y formatos están marcados siempre por los destinatarios de su misión, los jóvenes y las clases populares. Son los jóvenes, y las necesidades formativas que en ellos descubre, quienes le hacen lanzarse a un gran empeño editorial que marcará toda su vida. Él siente la urgencia de poner en marcha empresas editoriales porque tiene que

alimentar a los jóvenes con determinados contenidos. Son ellos los protagonistas de sus escritos; son la vida de los jóvenes y el apremio por educarlos y evangelizarlos, los elementos que recorren las miles de páginas que escribió el santo; es la conciencia de saberse enviado para ellos la que marcará un estilo que le ayude a hacerse “entender por todos, tanto en la exposición, como en el uso de las palabras más simples y conocidas”⁴⁰. De ahí la práctica de Don Bosco de leer sus escritos a jóvenes o a su propia madre para asegurarse de que entendían lo que él había escrito.

Esta es la norma, y la forma de actuar, para los salesianos y educadores que están presentes en las redes sociales. Cuando nos referimos a estos espacios como los “nuevos patios”, estamos diciendo que son lugares por donde pasan los jóvenes, donde están nuestros destinatarios. Y ahí, el salesiano, el educador, quiere hacerse presente y compartir la vida con ellos. En tiempos de Don Bosco no existía Facebook o Twitter, pero él se servía de los libros y, especialmente de la correspondencia epistolar, para estar al lado de los jóvenes. Viendo sus cartas, hay unas tres mil publicadas en el epistolario aún incompleto⁴¹, nos encontramos el estilo más personal, más directo, de Don Bosco que se vuelca en la correspondencia con numerosos jóvenes del Oratorio y otros que le escriben aunque no le conocen personalmente. Es en estas cartas, donde podemos rastrear los principios que mueven a Don Bosco en su misión, el estilo de relación que quiere establecer con los jóvenes, y las bases de su sistema educativo⁴².

Precisamente hoy, en la época de los post, de los mensajes breves de Twitter, del intercambio masivo de mensajes personales a través de las redes sociales, Don Bosco puede servir de ejemplo de qué buscar y cómo utilizar las redes sociales con una finalidad educativa y evangelizadora. Muchas de las cartas que escribe a los jóvenes son escritas breves, unas cuantas líneas, pero escritas desde el corazón de quien busca el bien y desea lo mejor para el joven destinatario⁴³. Casi, diríamos hoy, son un tweet, un mensaje tal vez de WhatsApp o un breve texto en el perfil de Facebook de uno de sus jóvenes, que permite esa cercanía y complicidad con el joven, esa palabra dicha para cada uno en concreto y que le sirve para extender su pasión educadora más allá del tiempo en el que los jóvenes están físicamente con él. Y ese tiempo, esa relación que genera una carta, son importantes para Don Bosco pues le permiten seguir la relación con el joven. Y, como si tuviera un perfil de Facebook o respondiera en un blog, no desdeña el responder a aquellos jóvenes que le escriben porque han oído hablar de él. Una relación virtual, si queremos, importante y

⁴⁰ GRACILIANO J., *Leer a Don Bosco hoy*, en BARTOLOMÉ J. J. (dir.), *Cuadernos de Formación Permanente*, vol. 18, Madrid, CCS, 2012, p. 149.

⁴¹ MOTTO F., *Juan Bosco, cartas a jóvenes educadores*, Madrid, CCS, 1994, p. 5.

⁴² Una excelente colección de cartas de contenido especialmente pedagógico pueden leerse en MOTTO F., *Juan Bosco, cartas a jóvenes y educadores*, Madrid, CCS, 1994.

⁴³ El 20 de enero de 1874, escribe a los jóvenes artesanos del Oratorio: “Mi afecto se funda en el deseo que tengo de salvar vuestras almas, que fueron todas redimidas por la sangre preciosa de N. S. J. C. Y vosotros me amáis porque trato de conducirlos por el camino de la salvación eterna. Por tanto, el bien de vuestras almas es el fundamento de nuestro afecto”. En MOTTO F., *Juan Bosco, cartas a jóvenes educadores*, Madrid, CCS, 1994, p. 204.

significativa para remitente y destinatario, que intercambian los papeles en una comunicación que es también interactiva en el sentido de que genera una conversación, respuestas de Don Bosco a cartas de los jóvenes y viceversa. Un tipo de comunicación, la epistolar, muy estimada por Juan Bosco pues le sirve para conocer el interior de los jóvenes, como escribe al joven Giovanni Turchi, el 23 de julio de 1856, “hiciste bien en escribirme; las cosas íntimas del corazón se expresan mejor por escrito”⁴⁴.

El uso de los medios de comunicación fue, para Don Bosco, uno de los campos prioritarios de su misión y de la misión de la Congregación, y explícitamente dice que “la difusión de los buenos libros es uno de los fines principales de nuestra Congregación. Os ruego y os suplico pues que no os olvidéis de esta parte tan importante de nuestra misión”⁴⁵. Don Bosco se hace escritor respondiendo a una vocación -“una de las empresas principales que el Señor me encomendó”, llegará a decir el propio santo-, y con el afán de estar al lado de sus muchachos a través de los libros y las cartas, tecnologías de comunicación, que él tiene a su alcance. Fijarnos hoy, en la época de la sociedad de la información y cuando la tecnología está revolucionando las formas que tenemos de comunicarnos, nos lleva a preguntarnos qué haría Don Bosco con las potentes tecnologías de la comunicación de las que disponemos hoy; cómo las utilizaría para estar en contacto con los jóvenes buscando su salvación; qué tipo de contenidos -de mensajes- promovería hoy a través de los diferentes canales y qué estilo de relación mantendría con sus interlocutores. A nuestro parecer, no cabe duda de que se lanzaría sin miedo a estos nuevos areópagos con el fin de entrar en contacto con los jóvenes de hoy para, igual que con sus muchachos de Valdocco, hacer realidad un deseo: “veros felices en el tiempo y en la eternidad”⁴⁶.

⁴⁴ MOTTO F., *Juan Bosco, cartas a jóvenes educadores*, Madrid, CCS, 1994, p. 70.

⁴⁵ BOSCO J., *Obras fundamentales*, edición de CANALS J. – MARTÍNEZ A., Madrid, BAC, 1979, 318-321.

⁴⁶ Carta escrita por Don Bosco a los jóvenes del Oratorio de Valdocco el 10 de mayo de 1884, en Motto, *íd.*, p. 242.

© Vida salesiana

Una carta a Don Bosco

Carlos Rey Estremera⁴⁷

Estimados amigos

Hoy voy de cartas. Sí, de cartas, por eso comienzo con un sincero “Estimados amigos”.

Permitidme un pequeño atrevimiento: poner mis palabras en labios de Don Bosco. Es un recurso literario frecuente en la Biblia y en la literatura, por lo que no es novedad ni tampoco suplantación de identidad. Lo hago para dar más fuerza a la cartita que os adjunto. Ya la tiene de por sí, pero quiero remarcarla. ¡Me parece tan bello lo que dice!

Habla Don Bosco

Soy Don Bosco. Sí, el mismo que vosotros conocéis y conmemoráis todo 31 de Enero. El mismo del que habláis con tanto entusiasmo a los chicos y que celebráis por ocasión de nuestras fiestas; el mismo al que os referís tantas veces por ocasión de retiros, ejercicios espirituales o capítulos.

Recordaréis que en las MO me dirigía a vosotros como “mis queridísimos hijos” y me definía a mí mismo como un “padre cariñoso que se deleita hablando de sus cosas a sus hijos queridos”. Pues bien, es lo que pretendo hacer ahora: dirigirme a vosotros y hablaros de mis cosas. ¡Ojalá! os sea motivo de gozo y de descanso. ¡Ojalá! ensanche vuestro corazón.

Durante mis años de Valdocco era frecuente que me llegaran cartas de los misioneros enviados a Argentina o que, estando de viaje, recibiera mensajes de los chicos del Oratorio. ¡No os podéis imaginar lo que suponían para mí recibir tales misivas! Con

⁴⁷ Texto inédito para Forum.com.

frecuencia me emocionaba al punto de derramar lágrimas, unas veces en público y muchas otras en privado.

Pues bien, eso mismo es lo que me ha sucedido ahora y es por eso que entro en contacto con vosotros, mis queridos hijos.

He recibido una carta que me ha tocado en lo más hondo de mi ser y me ha conmovido profundamente. ¿Y sabéis por qué? Porque se sale y va más allá de las frases hechas sobre mi persona, de los estereotipos sobre mí que se repiten una y mil veces y porque tiene un tono afectivo y afectuoso muy especial que ha conectado conmigo de corazón a corazón.

Curiosamente no es de alguno de mis hijos queridos ni de quienes frecuentan nuestras obras, sino de alguien que, conociéndome muy vagamente, se ha encontrado con un libro de uno de mis hijos⁴⁸ y ha quedado impactada con la obra de Dios en mí y a través de mí.

El gran mérito de su autor es hacer ver que todo lo que realicé a lo largo de mi vida es fruto y reflejo de mi unión con Dios y de mi vida de oración y que nada de eso habría sido posible sin esta sintonía con el Padre y sin el impulso del Espíritu Santo, que siempre guió mis pasos. ¡Qué razón tiene!

La comparto con vosotros con el permiso de quien la escribió, pero por delicadeza para con ella, omito detalles que puedan llevaros a identificarla. Basta con decir que es una mujer. ¿Os parece bien? Pues vamos allá.

Habla... una mujer

Querido Don Bosco:

¡Qué atrevimiento el mío al dirigirte estas palabras! Es mi corazón quien me impulsa a acercarme a ti. Es curioso, siempre has estado en nuestra vida, en la vida de mi familia, pero me apena decir que casi no te conocía. Bueno, puedo decir que no sabía mucho de ti ni de tu vida, pero que en mi casa te amábamos sin apenas conocerte. Mi padre nos enseñó y transmitió ese amor de modo silencioso, casi sin palabras.

Siempre me da mucho respeto acercarme a la figura de los santos. Sois personas sorprendentes y admirablemente libres. No me extraña que os digan que sois “locos de Dios”.

Estos días he leído sobre ti. No sé explicar la sensación que tengo. Me siento “conmovida”, impresionada de sentir tu persona, tu vida llena de la impronta de Dios desde tu más temprana edad. Conforme leía, me parecía sentir cómo me sumergía

⁴⁸ Ceria Eugenio, *Don Bosco con Dios*, CCS, Madrid 2001⁴. Está en internet, de modo que el lector interesado puede acceder a él.

tímidamente y con pudor en tu intimidad, en tu soledad, en esa especie de luz que irradiabas a las personas que se acercaban a ti.

Siempre he tenido una idea vaga de ti: el santo de los jóvenes y de los niños, el santo alegre, bondadoso, amable..., pero siento que he descubierto mucho más. He podido ver un hombre lleno de Dios, tocado con ternura por su mano amorosa.

Me ha gustado sentirte en tu familia y participar de las dificultades por las que pasaste; imaginar las conversaciones que tendrías con Margarita, tu buena madre y maestra espiritual; los paseos y correrías por los prados; el trabajo en las granjas cercanas... También me ha parecido percibir cierta soledad en tu alma de niño, quizás porque ya te sentías llamado a algo grande...

Dicen que en tu semblante brillaba una serena alegría, que irradiabas luz. Quizá ese algo que emanaba de ti era esa presencia constante de Dios, con quien vivías tan unido. Así te siento: respirado por Dios y respirando a Dios, vivificado totalmente en El.

Me sorprende cómo ya desde niño tenías hondos principios religiosos y humanos, ideas claras y una meta que conseguir: “ser sacerdote”, “salvar almas”. Te imagino construyendo tus altarcitos y alegrándote cuando otros niños te acompañaban y rezabais juntos. También puedo ver tus dotes teatrales de titiritero y saltimbanqui, tu facilidad para alegrar y entretener a los demás con pocos medios, solo con tu persona. Intuyo los grandes deseos de estudiar que te llevaron a sortear innumerables obstáculos y a trabajar en cualquier oficio, bien de criado, ordeñando vacas, de sastre, de carpintero o de mozo de café..., siempre deseoso de no ser carga para nadie y de poder alcanzar tus altas metas.

Y de nuevo percibo tu soledad y tu silencio, cuando a tan temprana edad “soñabas” ya cosas tan grandes que ni siquiera tú comprendías. Sin embargo, tu tenacidad, tesón, fortaleza de ánimo..., siempre te impulsó a seguir adelante, a pesar de las dificultades, mientras el buen Dios iba preparándote el camino y poniéndote los medios y las personas necesarias que te ayudaran a llevar a cabo la pasión que sentías dentro de ti.

Es difícil para nosotros penetrar vuestro “misterio”, el misterio de los santos, como es difícil conocer el “misterio” que os une a Dios. Sin embargo, el aproximarnos a vosotros hace que vislumbremos el destello que reflejáis, el secreto de vuestros ojos y de vuestra mirada, la irradiación de la presencia y del Amor de Dios en vosotros.

“Los jóvenes anhelaban palabras al oído y se las pedían a Don Bosco”, he leído. ¿Qué nos dirías a nosotros, me pregunto, si hubieras nacido en nuestra época? A mí me gustaría que me susurraras palabras al oído, como hacías con los muchachos del oratorio, y saborear tus palabras. Me ha impresionado particularmente el testimonio de alguien que te conoció y convivió contigo: “Páreceme verlo todavía sonreírme, oír sus

*dulces palabras, admirar su amable rostro, en el cual se reflejaba con toda claridad la belleza de su alma*⁴⁹.

Imagino que en tu persona sentirían al mismo Jesús hablándoles de forma suave y tierna, o quizás corrigiéndoles con corazón. ¡Qué necesitados estamos de buenas palabras, gestos, actos o incluso correcciones impregnadas de bondad, dulzura, paciencia, escucha...! Creo que es lo que necesitamos las personas de todos los tiempos, de todos los lugares y de todas las edades: que alguien crea en nosotros, en el germen de promesa que cada uno llevamos.

Dicen que vivías sumergido en la meditación de las cosas de Dios, que caminabas en actitud de recogimiento, absorto en Dios, que “movías a ternura a quien te oía” y que “cuando orabas, tenías algo de ángel”. Dicen que impresionaba observarte aun en las actividades más insignificantes. Quizás eso es lo que me “conmueve” de ti, a veces hasta las lágrimas: sentirte tan humano y tan de Dios a un mismo tiempo.

Me ha impresionado saber que era frecuente verte llorar cuando celebrabas la misa, cuando dabas la comunión, cuando hablabas a los jóvenes y les advertías del pecado o cuando sentías la ingratitud de las personas al Amor infinito de Jesús. Lágrimas de amor, de dolor, de alegría..., también y sobre todo cuando hablabas de María, nuestra Madre. Decías: “La Santísima Virgen nos conserve siempre suyos”, “Recorre a ella con fe, ella es una madre piadosa que quiere y puede favorecer a sus hijos. Pídele de corazón, ruégale con perseverancia y ten la seguridad de que ella será para ti una verdadera providencia y un pronto auxilio en tus necesidades, espirituales y temporales”.

A veces se podía leer en tu rostro cierto sufrimiento. ¡Bien sabías desde niño lo que era crecer entre espinos! Viviste en la pobreza que te enseñó que todo en la vida es don y gracia de Dios; te tocó padecer la oposición a tus proyectos, incluso desde instancias religiosas; aprendiste el arte de sufrir o padecer, pero sin que ese sufrimiento empañase tu mirada, siempre los ojos fijos en Jesús.

Muchas cosas se han dicho de tí, pero me llama la atención con qué familiaridad y con qué facilidad decían: “Don Bosco es un Santo”. Tu mayor interés era la gloria de Dios y la salvación de las almas, y este único afán era el que guiaba tu vida y tu entrega a los demás. Cualquiera persona que se acercaba a ti sabía que iba a ser escuchada con tranquilidad y paciencia, como si no tuvieras otra cosa que hacer, aun estando lleno de ocupaciones. A pesar de la admiración que causabas en las personas, siempre te sentiste “humilde instrumento” en las manos de Dios, mostrándote dócil y flexible en ellas.

Me ha gustado leer que era de tu gusto detenerte a contemplar el cielo estrellado, admirar su inmensidad, observar la belleza de los sembrados y ver que todo te hablaba de la bondad y la providencia del Creador. Decías: “¡Qué bueno es Dios! Cada día nos colma de sus beneficios. ¿Cómo es posible ofenderlo? Quien ofende al Señor no está sano de la cabeza”.

⁴⁹ Palabras de un testigo en los procesos de beatificación y canonización de Don Bosco.

También me ha sorprendido y enternecido saber que junto a una fortaleza espiritual de tal magnitud, no pasaron de largo de ti las enfermedades, el mal de los ojos, la necesidad de medias de descanso por la hinchazón de tus piernas, tus dolores de cabeza, el insomnio, las erupciones de la piel, incluso una úlcera que te impedía caminar erguido. Sin embargo ninguno de estos inconvenientes te separó de tus tareas y obligaciones. Me ha impresionado leer: “Si supiese que una sola jaculatoria bastaba para curarme, no la diría”. Estos males no mermaban tu paz.

¡Cuánto tenemos que aprender de ti, Don Bosco! Creo que eres maestro para nosotros en ayudarnos a acoger la realidad que nos toca, en abrazarla en lo positivo y en las pruebas de la vida. Decías: “No cae una hoja del árbol sin que Dios lo permita”. Ojala podamos decir contigo: “ánimo y alegría, y sobre todo oremos los unos por los otros”.

Te siento un santo fruto de la época que te tocó vivir, pero a la vez enormemente actual. Creo que en ti lo “tradicional y lo moderno” se integran de modo maravilloso.

Enseñabas cosas a los jóvenes que quizás ahora nos causan sorpresa... o problema. Parece que no es moderno atreverse a rezar, sobre todo si eres joven, sentir la necesidad de reconciliarte con Dios o amar la Eucaristía... Imagino lo bien que se sentirían las personas que se acercaban a ti en busca de consejo o confesión y cuál sería su alegría y alivio al sentirse reconfortados, escuchados y perdonados.

De todos los títulos que te atribuyen admiro personalmente el de Don Bosco “pedagogo o educador”, quizás porque yo también me formé en ello. ¡Cómo me gusta tu forma de acercarte a los jóvenes!, ¡cómo te adelantabas a tu tiempo en ese modo de concebir la educación teniendo en cuenta la totalidad de la persona!: “bondad y dulzura, dulzura y cariño alimentados por el Amor de Dios”; “Amar lo que ellos aman para que ellos amen lo que nosotros amamos”; “Hacer lo posible para que ninguno se vaya descontento de nuestro lado”... Pedagogía de la confianza, de creer en el niño o el joven por encima de todo.

En fin Don Bosco, ya ves que conocerte no me resulta indiferente. ¡Me has llegado al corazón! Quiero profundizar más en ti, conocerte mejor. En estos tiempos de incertidumbre nos tienes que enseñar la verdadera alegría y a vivir de fe, como tú viviste. Sería hermoso poder vivir tan unidos a Dios como tú, poder irradiarle desde nuestra mirada serena, con calor y acogida hacia quienes se nos acercan. Decías: “La fe es la que lo hace todo”, pero eras tan humilde que te parecía que no tenías suficiente fe. Tu humildad era el secreto de tu íntima unión con Dios y de tu gran fe.

Don Bosco, enséñanos a amar nuestro trabajo, a cultivar ese espíritu de laboriosidad que a ti te llevó tan lejos, y sobre todo a ser instrumentos de Dios. Enséñanos a amar a los jóvenes, a los niños y a todas las personas. Que seamos “acogida” como tú lo fuiste. Que no nos reservemos nada. Que como tú, lo demos todo. Que también en nuestra vida “el aceite sea el condimento de toda vianda”, y seamos pacientes, generosos y flexibles con los otros.

Ojalá sepamos cultivar buenas amistades, como las que tú tuviste. Imagino las conversaciones que tendrías con tu amigo Luis Comollo, o con tu guía espiritual San José Cafasso. Un santo guiando a otro santo, ¡Qué maravilla!

Y sobre todo, enséñanos a ser agradecidos, a bendecir y alabar a Dios por todo lo que nos da. Acompáñanos en nuestro caminar. Se luz y guía en nuestra vida. Intercede por nosotros Don Bosco, y danos tu bendición.

Un abrazo y toda mi gratitud.

◎ Pastoral juvenil

*El oratorio: experiencia de encuentro con Dios*⁵⁰

Aitor Kamiruaga Mieza, CFM⁵¹

Presentación

La experiencia del Oratorio de Niños comienza en octubre de 1989 en el Colegio de Escuelas Pías de San Joaquín (Valencia) de la mano del P. Gonzalo Carbó Bolta. Como la mayoría de los comienzos, sencillo, sin propaganda ni especiales escritos, va configurándose una nueva forma de hacer. A medida que la experiencia va recorriendo años, bastarían los tres primeros, otros escolapios desean conocer la experiencia y solicitan al P. Carbó notas descriptivas de lo que se realiza con los niños pequeños.

A finales de enero de 2001, tuvimos el primer encuentro con el P. Gonzalo Carbó, organizando para los Misioneros Claretianos de Euskal Herría el primer curso formativo sobre el Oratorio, que tuvo lugar en el Colegio Larraona de Pamplona. A comienzos del curso 2001-2002, se organizaron sendas presentaciones en el Colegio Askartza Claret de Leioa y en la Ikastola Mariaren Bihotza de Donostia-San Sebastián.

Son 16 años en los que la experiencia del Oratorio ha ido creciendo en nuestros colegios. Comenzamos con 1º de Educación Primaria, y a medida que los chavales iban creciendo, la experiencia iba acompañándoles en su desarrollo, alcanzado hasta 2º de Bachillerato. De igual manera, y dependiendo de los recursos, la misma experiencia ha comenzado a realizarse desde 1º de Educación Infantil (3 años).

Una experiencia de encuentro

El Oratorio se define por ser una **experiencia de encuentro con Dios a través de la Palabra**. Varios son los textos evangélicos que nos recuerdan la preferencia de Jesús por **los niños**, pero en uno de ellos encontramos el fundamento para esta experiencia: *“Le presentaban unos niños para que los tocara; pero los discípulos les*

⁵⁰ Artículo publicado en la revista *Vida Religiosa*, abril 2016-número 4 vol. 121

⁵¹ Director General de los Colegios Claretianos del País Vasco

reñían. Mas Jesús, al ver esto, se enfadó y les dijo: “Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis, porque de los que son como éstos es el Reino de Dios. Yo os aseguro: el que no reciba el Reino de Dios como niño, no entrará en él. Y abrazaba a los niños, y los bendecía poniendo las manos sobre ellos”. (Mc 10,13-16).

Nosotros hemos escuchado esta petición del mismo Jesús: “**Dejad que los niños vengan a mí**”, y queremos responder a esta llamada, a esta vocación, y acercar a los niños a la fuente de la Palabra, para que puedan beber y saciar la sed de verdad que llevan inscrita en su **corazón**. Dulce tarea la de conducir a la Palabra para aquellos que, por carisma claretiano, nos definimos como "Servidores de la Palabra".

Estamos convencidos de que los niños y jóvenes **son capaces** de entrar en relación directa con el Misterio. No únicamente capaces, sino necesitados de conocer al que es la Vida. Otras experiencias aseguran la transmisión de *conocimientos* sobre Jesús, la paternidad de Dios, los sacramentos, la Iglesia; y todas ellas fundamentales. Pero el Oratorio *no se dirige tanto a la transmisión de conocimientos* sino a la **vivencia experiencial** de esa Buena Noticia que nos acerca la salvación.

En el Oratorio nos reunimos en el nombre de Jesús porque sabemos que "*donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*" (Mt 18,20). Es la primera Palabra que oramos, ¡y qué fácil de entender! Él está en medio de nosotros. Luego iremos descubriendo otras **Presencias** y Recuerdos de Jesús que nos acompañan en nuestra vida y que nos colman de alegría.

Desde la fe en las **Presencias** de Jesús iniciamos el camino de la oración con los niños. Esas Presencias reales nos acompañan en nuestro caminar y van configurando los fundamentos de nuestra relación con Dios. Esas Presencias son "lugares de encuentro", "manifestaciones sacramentales" del amor de Dios que cuida de cada uno de los hombres y mujeres. Y a esas Presencias queremos ir acompañados de los niños y jóvenes, porque ellos también quieren iniciar el camino de búsqueda, de acercamiento al Misterio. Y nos necesitan, como un niño necesita de la mano del padre o de la madre para dar sus primeros pasos.

Es bueno empezar en la más tierna infancia este camino de búsqueda y encuentro. ¡Ojalá se realizase también de la mano de las familias! Cuando preguntamos a los estudiantes más mayores de nuestros colegios desde cuándo están haciendo oración, su respuesta es segura:

-¡Desde siempre! Y es verdad. Porque la experiencia de **hablar con Dios Padre** les resulta gratificante y lleva a plenitud sus pequeños y grandes deseos. Por eso, desde siempre han deseado y desean el encuentro del Oratorio.

Esta es la misión del Oratorio: ser una **experiencia de encuentro con Dios** a través de la Palabra. Escuchar y guardar la Palabra, en la mente y en el corazón, para recibir con alegría la misión y el envío de Dios. Todos somos MISIONEROS. ¡Qué gran

alegría! Y los niños y jóvenes llevan la experiencia de Jesús a sus casas, a sus familias, a sus amigos...

El itinerario

La experiencia del Oratorio tiene como fundamento conocer, afirmar, creer y confesar las Presencias de Jesús. Son los lugares reales de encuentro con Jesús, y a través de Él con el Padre en el Espíritu. Distinguimos las siguientes **Presencias** de Jesús: **en el Sagrario (en la Eucaristía)**; **en la Biblia**, Jesús nos habla cuando la leemos; **en medio de nosotros**, "reunidos en su nombre"; en nuestro corazón, "habitado por la Trinidad"; en el Presbítero, que actúa "en la persona de Jesús"; en los pequeños y necesitados (cfr. Mt 25); en la Iglesia, como grupo de personas que se reúnen en nombre de Jesús y reciben el Espíritu Santo.

Junto con las **Presencias** vamos presentando los Recuerdos o signos que nos ayudan al encuentro con Jesús. Los fundamentales son: la Cruz, en la que Jesús murió porque nos ama hasta dar su vida por nosotros; la Vela o Cirio, que recuerda que Jesús ha resucitado y está vivo para siempre; la imagen de María con el niño en brazos, que nos recuerda cuando Jesús era niño, cuando su madre le cuidaba, le educaba y le enseñaba a rezar.

Las **Presencias** y los Recuerdos nos van adentrando en las diversas formas de oración, siempre a partir de las palabras evangélicas. Paulatinamente vamos desarrollando las siguientes maneras de orar: petición; acción de gracias; adoración; bendición, glorificación y alabanza; oración continua. Todo el itinerario se realiza siguiendo los Misterios que se nos revelan a través del año litúrgico.

El lugar de la reunión

El lugar donde se realiza el Oratorio es un espacio cuidado y destinado a la oración. Vamos a describir ahora el ideal de lo que debiera ser el espacio físico para la Reunión, pero siempre todo ideal tiene sus limitaciones. En ocasiones, al describir las condiciones físicas del lugar hay quien piensa que no puede realizar dicha experiencia por no contar con los elementos básicos. No es así. Entre el ideal y la realidad siempre sucede un camino. Cuidemos en que no sea abismo, y será suficiente.

Será un lugar tranquilo, y a poder ser silencioso, donde los ruidos externos no estorben ni molesten. Bien es verdad que, cuando en el Oratorio entramos en cierto grado de experiencia, los ruidos externos no son llamativos porque **el corazón** está enganchado al de Dios. Y tenemos experiencia de ello, y a que no siempre

encontramos en los colegios un lugar alejado de la misma vida colegial... ¡y es normal!

En el centro del Oratorio o Capilla colocamos *una alfombra, símbolo de la tierra prometida* a la que Dios nos llama. En esta alfombra se colocan los signos especiales que se utilizan en algunas reuniones, y alrededor de la misma se colocan las sillas necesarias, las justas, para los que van a participar en la Reunión.

Habrán ocasiones en que entremos directamente en la alfombra. Serán momentos de adoración, alabanza, bendición, acción de gracias, ofrenda, oración contemplativa. Entonces, Dios nos llama a una especial relación con Él, nos invita a entrar en la tierra prometida, lugar de su encuentro.

Los demás elementos que encontramos en el Oratorio son los propios y fundamentales en toda capilla o lugar de oración, y nos sirven para evocar algunas de las Presencias o Recuerdos de Jesús:

1. Sagrario. Desde el primer día que entramos en el Oratorio se les presenta el lugar más importante del mismo. Hemos comprobado que es un elemento fundamental de relación espiritual, una llamada continua a la fe y a la confianza de que Jesús nos espera en el Sagrario, hecho Pan de Vida. El saludo al Sagrario se convierte en un momento muy especial.

2. Biblia. Libro Sagrado, Palabra de Dios. Está colocada dentro de la alfombra sobre una almohadón o cojín, delante del que dirige la oración, de tal manera que esté siempre en el centro y accesible al que va a proclamar la Palabra.

3. Cruz. Está situada en el centro del Oratorio, pero en su parte posterior, detrás de la asamblea. Es una cruz alzada, con el cuerpo del Crucificado, igualmente visible desde cualquier lugar del Oratorio.

4. Vela- cirio pascual. Colocado al lado de la Biblia, dentro de la alfombra, es el Recuerdo de la resurrección de Jesús. Cada vez que encendemos la vela recordamos que no estamos llamados a la muerte, sino a la vida en plenitud.

5. María, con Jesús en sus brazos. En caso de no contar con una imagen propia del Corazón de Mana, cualquier otra que sea expresiva y que muestre al Niño.

6. Cuadro de San Antonio María Claret (D. Bosco), en actitud misionera, con el báculo y el hatillo: nos recuerda a un hombre que quiso ser como Jesús, anunciando la Buena Noticia.

7. Altar-sede. Cuando la Capilla es grande y suele ser utilizada para celebraciones eucarísticas, es normal que existan el altar y la sede. En ese caso la asamblea se sitúa delante del altar.

Núcleos de la reunión

Cada Reunión del Oratorio consta de tres grandes momentos o núcleos que se van sucediendo de manera natural, y cuya duración dependerá del ritmo que los mismos niños y jóvenes vayan marcando, y del tiempo real que tenemos destinado a la sesión. Así distinguimos:

0. Inicio: “Silencio”... interior para acoger; “En el nombre de...”

1.- **Oración del corazón:** encuentro de intimidad con Jesús por la oración silenciosa.

2.- **Escucha de la Palabra:** con una preparación previa, proclamación, meditación y aplicación a la vida.

3.- **Oraciones vocales:** sugeridas por el texto que se ha meditado, suelen ser de petición, acción de gracias, bendición, etc.

Cada uno de estos momentos suele dar paso al siguiente a través de un canto meditativo. A estos tres grandes núcleos hay que añadir un primer momento breve de inicio y entrada, para finalizar con otro breve espacio para la despedida de la Reunión, y tenemos completo su desarrollo.

Cada reunión se recoge en una ficha-guía que nos sirve, a modo de esquema, para dar unidad a la sesión del Oratorio. La ficha consta de muchos números que van dando una sucesión lógica de lo que pretendemos con cada reunión. Esto no significa un esquema rígido, inamovible, estricto, sino más bien sirven para una mejor localización de cada una de las partes y su posterior anotación de observaciones y comentarios.

Es necesario tener un esquema para el desarrollo del Oratorio pero sin olvidar ni descuidar la regla de oro fundamental: **llevar a los niños al encuentro con Dios a través de la Palabra**. Por lo tanto, el esquema debe estar más en la intención de quien dirige la reunión que en sus propias manos.

Desarrollo

Cada una de las clases, dependiendo de los niveles educativos, se divide en dos subgrupos de doce o trece estudiantes. Con cada uno de los grupos de Oratorio debe ir acompañando por un animador, y si fuera posible por otra persona acompañante. Como diremos luego, el acompañante es más necesario cuando los niños son más pequeños, aunque siempre es positivo que en la experiencia puedan participar adultos que compartan su oración.

Cada uno de los grupos se dirige a una de las capillas del centro, después de escuchar atentamente las primeras indicaciones, que les invitan al encuentro con Jesús y les preparan en un clima de paz y tranquilidad. Palabras dulces, gestos de cariño les ayudan. El camino se hace en silencio y con orden. Se les ha invitado a pensar en cómo van a saludar a Jesús, a que repasen la semana para poder presentarle a Dios nuestros corazones. Llegados a la puerta del Oratorio se les recuerda el lugar que vamos a visitar. Vamos entrando y cada uno va saludando al **Sagrario**: le dicen su nombre y aquello que desean. Se inclinan con respeto y van a sentarse al lugar escogido.

Primeras palabras de saludo y bienvenida. Comenzamos **en el nombre de** aquel que nos reúne y que quiere estar "en medio de nosotros". Introducimos, con frases cortas, la oración del **corazón**, en la que con los ojos cerrados cada uno va presentando a Dios su vida: inquietudes, problemas, esperanzas, preocupaciones, alegrías... Aprovechamos también para recordar la Palabra del encuentro anterior. Recogemos este momento con un canto meditativo y una oración sencilla.

Ya estamos preparados para escuchar la Palabra. Para cada día se elige un fragmento apropiado, desde un versículo a una lectura más amplia. En algunas ocasiones se utiliza la forma de narración, en la que sin leer directamente de la Biblia, y a través de un esquema preparado, se va contando una parte amplia de la historia de la salvación. Antes de la proclamación de la Palabra se puede situar el texto, uniéndolo a alguna de las experiencias vitales de los jóvenes, y creando expectación para su escucha.

Después de escuchar la Palabra se sucede un tiempo para poder explicar aquello que no se haya entendido y buscar las aplicaciones más concretas a las experiencias vitales de los niños y jóvenes. No se trata de buscar compromisos voluntaristas sino de subrayar aquellos aspectos que puedan ayudarnos más concretamente en nuestro camino de crecimiento. Es conveniente que puedan intervenir todos los participantes. El animador estará atento para que no siempre participen los mismos, y animar a la participación de aquellos que puedan ser más tímidos. A partir de los 12 años, los estudiantes suelen contar con un cuadernillo, en el que se recoge el texto proclamado, para que puedan releerlo, subrayarlo, meditarlo, y puedan escribir su oración personal.

Este momento se une a las oraciones en común, dependiendo de la misma lectura, de petición, acción de gracias, alabanza, etc. Recogemos todas las oraciones uniéndonos en la misma oración común: **Padre nuestro**, Dios te salve, Escucha Israel... Puestos en pie, recibimos la **bendición** de Dios y nos despedimos del **Sagrario**.

Y volvemos a clase, despacio y en orden. En ocasiones, los más pequeños van canturreando el canto que hemos aprendido y orado... y les dejamos, porque esa música agrada a Dios y alegra la vida del Colegio.

Llegados a clase, esperamos a que vuelva el otro grupo del Oratorio. Se saludan entusiastas y comentan lo que han hecho en la capilla. Nos despedimos de los niños y jóvenes. Quisiéramos estar más tiempo, pero hay otra clase que nos espera.

Y así, durante seis horas diarias, de lunes a viernes, a lo largo de todo el curso vivimos la experiencia del Oratorio.

Responsables: animador y acompañante

A lo largo de estas líneas va quedando claro que los protagonistas de esta experiencia son los niños y jóvenes; pero. Para que se realice convenientemente es necesaria la presencia de un animador del Oratorio y de un acompañante.

El animador del Oratorio tiene la función de llevar a cabo la dinámica de la reunión, desde las palabras iniciales de la preparación en el aula hasta la despedida de la experiencia. Es quien ha preparado e interiorizado, a través de la ficha, la gracia que pretende trabajar cada una de las sesiones. Esto no obsta para que no pueda dar protagonismo a otras personas que participen en la oración en ciertos momentos; pero él debe controlarlos tiempos y la misma dinámica. Deberá cuidar de manera especial, el trato personalizado con cada uno de los niños y jóvenes, su participación en la oración (**no se trata de enseñar sino de orar**); el ejercicio de la paciencia, sin prisas ni agobios; la bendición (bien-decir, decir bien); la atención a la realidad de lo que sucede en la sesión; el respeto y la escucha, afirmando lo que expresan y dejándoles que participen; acompañamiento en la autonomía; y su ser ejemplo en todo momento.

El acompañante tiene una función primordial cuando la experiencia se realiza con niños pequeños; ya que éstos no dejan de ser niños en el Oratorio, y tienen necesidad de llamar la atención de formas peculiares, que pueden distraer la atención del grupo. El acompañante estará atento a estas necesidades, para atenderlas con cariño y paciencia, sin interrumpir el ritmo de la reunión, y de una manera personalizada. De igual manera, el acompañante se convierte en referencia de oración cuando su participación no está tan determinada por corregir el comportamiento o atender las necesidades de los pequeños.

Conclusión

A lo largo de estos 16 años hemos ido madurando la experiencia del Oratorio en nuestros centros, **cuidando la formación de los animadores** y acompañantes, adecuando **las capillas** de los colegios, conformando las **fichas-guías** que utilizamos, adecuando la experiencia a nuestro carisma misionero claretiano. Hemos aprovechado para presentar en la experiencia en diversos foros de formación y a

distintas instituciones educativas; y hemos recibido con gusto a todas aquellas personas que han querido conocer de cerca la experiencia, participando en alguna de las sesiones del Oratorio.

Acostumbramos a invitar a **las familias** de nuestros colegios a participar del Oratorio, bien en alguna de las sesiones en las que tienen sus hijos o bien en cualquier otro momento que mejor les cuadre en sus apretadas agendas. No es que haya una afluencia masiva, pero todos los que se acercan quedan encantados. Prueba de ello es también las valoraciones positivas que se ofrecen en las encuestas. También los estudiantes mayores de algún centro son acompañantes del Oratorio en los cursos más pequeños, siempre que se lo posibilite el horario lectivo; y participan con gusto.

Los religiosos misioneros claretianos vivimos el Oratorio como una de las señas de identidad de nuestros centros educativos. Poder acompañar a niños y jóvenes en su experiencia de oración fortalece nuestra vocación. Nadie da lo que no tiene; y de lo que rebosa el corazón, habla la boca (Mt 12,34).

La vida consagrada: una forma saludable de vivir y de envejecer

Francisco Álvarez⁵²

Este tema no se encuentra en los libros de geriatría y gerontología, tampoco en la sociología y psicología de la vejez y del envejecimiento. Su contenido, sin embargo, no está pensado de espaldas a estas ciencias. En parte es deudor de ellas. Pero lo es mucho más de un interesante fenómeno al que venimos asistiendo desde hace años, y al que por vocación y profesión he dedicado mucha atención. No es otro que el redescubrimiento del Evangelio de la Salud.

La reflexión bíblica y teológica siempre ha puesto de relieve (porque es evidente) la relación terapéutica y misericordiosa de Cristo con los enfermos. Por su parte, la Iglesia asumió desde sus orígenes el mandato de cuidar, curar y asistir a los enfermos, hasta tal punto que, como se afirma en la *Gaudium et Spes* (8 c), considera esa misión como un derecho y un deber inalienables. Prueba de ello es la generosa y abundante presencia de la vida consagrada en el mundo de la salud y de la enfermedad. ¿Dónde está, pues, la novedad?

Vayan por delante algunas afirmaciones anticipatorias. Ese fenómeno hunde sus raíces obviamente en la praxis taumatúrgica y solidaria de Jesús con los enfermos e indefensos de su tiempo. Pero va mucho más lejos. Es una lectura, en clave saludable y terapéutica, de todo el misterio de Cristo. No toma en consideración únicamente lo que Cristo hizo (ministerio) ni tan sólo sus acciones en favor de los enfermos. Se fija sobre todo en el hecho de que Él vino como Salvador de toda persona y de toda la persona; un Salvador único y total, de tal manera que nos ofreció la salvación también bajo forma de salud. Salvándonos nos sana. Sanándonos nos salva. Brindó, pues, su salud a todos, no sólo a los enfermos: una salud diferente a la de magos y curanderos; una salud para todas las edades, para toda la persona; salud para la vida y para la misión; para la nueva humanidad, para el hombre nuevo.

Desde esta clave de interpretación, la salud de Cristo, en el tiempo de la Iglesia, no es fruto de milagros (no nos mandó hacerlos), sino consecuencia de la fe vivida,

⁵² Material elaborado por el religioso camilo Francisco Álvarez, publicado por los cuadernos Frontera-Hegian con el título *Salud y ancianidad en la vida religiosa, ¿ocaso o plenitud?*

celebrada y proclamada, de la adhesión a Cristo y a su Evangelio, y, por supuesto, de la solidaridad. De ahí que hoy en día, en frentes tan plurales como la investigación médica, la teología terapéutica, la liturgia y ciertos movimientos (por ej. Renovación Carismática, Terapeutas Cristianos etc.), se subraye la relación entre la fe y sus efectos saludables. “Creer -se dice- hace bien a la salud”; “la fe es fuente de salud”; “los ancianos que practican viven más saludablemente, mejoran su calidad de vida”, etc.

Esta línea de reflexión encuentra una aplicación especial en la vida consagrada, también en la ancianidad.

1. ¿Sueño, provocación, realidad?

Que la salud humana pueda alcanzar su plenitud en la ancianidad parece, cuando menos, una afirmación desprovista de cualquier realismo razonable. De hecho, en nuestra cultura y en las concepciones popularmente más difundidas, la salud es entendida normalmente como vigor y exuberancia física, como aptitud para el desarrollo normal de una actividad laboral y productiva, y como el dictamen favorable del diagnóstico médico. A caballo de esta triple concepción cabalga toda una filosofía de vida que privilegia la juventud, la belleza, el culto del cuerpo, el bienestar físico y material, la competitividad y la agresividad, el rol y la imagen, el saber médico y las técnicas del curar. Dentro de estas coordenadas es evidente que la ancianidad queda -como se ha visto- malparada, y no es preciso insistir en ello.

Estamos asistiendo, sin embargo, a un vuelco que, aunque lento y titubeante, bien cabría considerar como histórico, por no decir epocal. El hecho determinante ha sido y sigue siendo la incorporación del concepto de persona a la noción de salud. Así lo proclama, con sus luces y sombras, la misma definición de la Organización Mundial de la Salud (julio de 1946), quien la define como un “estado de completo bienestar físico, mental y social, y no sólo ausencia de enfermedad o dolencia”. Le da un contenido, el de bienestar, concepto que sugiere algo objetivo y subjetivo al mismo tiempo. Y lo extiende no sólo a la dimensión física, sino también a la mental y social. Lo cual no es poco.

A partir de ahí las antropologías médicas va abriéndose a una visión cada vez más personalista de la salud. También los profesionales de la medicina, a pesar del fuerte anclaje del sistema médico convencional en una visión dualista (y biologicista) del hombre, son cada vez más conscientes de que la salud humana no se agota ni se identifica plenamente con su soporte biológico. No es sólo buen funcionamiento del cuerpo y de sus órganos. Tampoco un simple (y hermoso) silencio de los mismos. No se reduce a la dimensión somática y psicológica. Abarca a toda la persona.

Si es así, la salud habita en todas las dimensiones del hombre y camina con ellas a lo largo de la vida, y posee al menos tres niveles. Ante todo el nivel objetivo. Éste

consiste en estar bien. Es inedible, objetivable, está sujeto al dictamen de la ciencia. Pero la salud objetiva, con ser importante, no es realmente humana hasta que no se convierte en salud percibida, experimentada, incorporada a la conciencia. Y éste es el nivel subjetivo: consiste en sentirse bien. Son dos niveles complementarios, no se excluyen el uno al otro, aunque a veces conviven en conflicto o en ignorancia mutua. De hecho, hay sanos imaginarios (se sienten bien pero están mal) y enfermos igualmente imaginarios (se sienten mal, pero, sometidos a exploración, resultarían “estar” bien). Y, finalmente, el tercer nivel, más hondamente personal: el bien ser. Éste va más allá del buen funcionamiento del cuerpo e incluso, si bien se entiende, de la psique, pues dice relación directa con cuanto es nuclear en la persona: que ésta “funcione” como tal. Implica, pues, su dimensión moral y espiritual, su libertad, su capacidad de amar y de elaborar relaciones saludables, su vida interior. Es claro que el bien ser puede convivir y convive con el estar mal.

No es de extrañar, pues, que las múltiples definiciones que circulan, intenten, cada una a su modo, ofrecer una visión cada vez más holística y personalista de la salud. Unas hacen hincapié sobre la integración de las diferentes dimensiones de la persona, otras acentúan el equilibrio o la armonía integral; otras, en cambio, la cifran en arte de vivir, de gozar y de sufrir, o resaltan la capacidad de vivir en autonomía solidaria y gozosa, o de desarrollar al máximo las propias potencialidades según el propio proyecto de vida; otras, finalmente, la relacionan directamente con la conducta, con los hábitos y valores.

Todas ellas remiten a un doble y común denominador. La salud humana posee una vertiente biológica y otra biográfica. La primera camina de la mano del cuerpo y de sus funciones vitales, nos es impuesta en parte por nuestra misma naturaleza y nos asemeja a los animales; está programada para el crecimiento y para el declive inevitable, como hemos visto. Desde el punto de vista biográfico, en cambio, la salud es un proceso y un fenómeno incorporados a la conciencia del individuo, a sus condicionamientos y a sus decisiones, a los valores sobre los que constiuye su propia existencia. Es parte integrante de nuestro ser y de nuestro estar en el mundo. Puede crecer y decrecer, superar la barrera de los años o encadenarse en callejones sin salida, bien sea en edades tempranas o en la vejez. No decrece necesariamente con los años; al contrario, hay experiencias saludables que encuentran en la ancianidad su momento más propicio. Es la estación del coronamiento, a pesar de tantos límites.

La salud es, pues, en buena medida una experiencia personal. Éste es el segundo común denominador, y tal vez el más concluyente. No se trata, de hecho, de una experiencia cualquiera sino de una experiencia fundante. Quiere esto decir que la salud, entendida en sentido holístico, no es un simple “accidente”, es decir algo que se tiene (o no se tiene) o que acontece en la vida. En ella y desde ella construye el hombre lo sustantivo de su vida, pues reclama libertad y sentido. Puede ser vivida constructiva o destructivamente, cristiana o paganamente. No cae únicamente bajo el dominio de la ciencia médica, de las dietas y de la educación sanitaria, sino

también bajo el de la fe y de la libertad. Es humana porque podemos decidir sobre ella. De ahí que, con la misma razón con que hablamos de un cuerpo sano, puede también hablarse de relaciones patógenas o patológicas. Tan aceptable es hablar de salud física como de salud o enfermedad espiritual.

Toda experiencia de salud apunta, en alguna medida, más allá de sí misma; evoca un ansia de plenitud todavía no alcanzada, de superación de lo precario y fragmentario, de todo límite y resistencia, de la enfermedad y de la muerte. Apunta, en ciernes, a la salvación. Es, pues, una experiencia atravesada por una tensión radical que, desafortunadamente, puede ser sofocada o distraída en cualquier edad de la vida, pero que sólo culmina en la muerte.

2. En el itinerario de la salvación.

Cristo no vino como curandero ni como mago. Rehuyó en lo posible el peligro de ser tenido como tal. No vino a sustituirse a la ciencia médica ni a la responsabilidad de los hombres con respecto a su salud. Tampoco se propuso eliminar la enfermedad, y, de hecho, no curó a todos los enfermos de su tiempo. No vino a modificar la biología, sino a intervenir en la biografía de las personas; no era su intención alterar las leyes de la naturaleza (concepto entonces incluso extraño a la mentalidad), sino transformar las experiencias. Es decir, que salud y enfermedad, juventud y ancianidad, vida y muerte pudieran ser vividas como experiencias saludables y salvíficas.

Vino como Salvador. Y, en cuanto tal, se situó allí donde el hombre estaba; lo alcanzó, pues, en el fondo del pozo o en la periferia, en el gozo o en la alegría; en el ansia de plenitud o en las distracciones de la tensión inscrita en su corazón; en la ceguera física y en la espiritual, en la parálisis del cuerpo y en las esclavitudes del alma y del corazón. Y curó a muchos enfermos, mostrando hacia ellos una sensibilidad exquisita, una comprensión sin límites y una libertad desprovista de todo prejuicio; los curó también vertiendo en sus intervenciones taumatúrgicas una pedagogía estupenda. De hecho, al curar enseñaba; los milagros eran revelación puesta en obra, eran proclamación del Evangelio, buena noticia de salvación.

Los milagros eran signos: el dedo de Dios, en carne humana, señalando, apuntando... Eran la señal de que, en Cristo, la pasión de Dios por el hombre había llegado a su momento culminante. Al asumir la condición humana, despojándose de su categoría divina, todo lo humano estaba destinado a ser sanado y salvado, renovado y transformado: desde la fiebre de una mujer hasta las indigestiones de una religión patógena. Nos devolvía la dignidad perdida y nos ayudaba a recuperar el entusiasmo de ser hombres, de serlo plenamente y en todas las edades. Al mismo tiempo, al compartir en todo nuestra suerte, menos en el pecado, nos revelaba que somos solamente hombres, nada más que hombres: un realismo sin el cual es imposible vivir saludablemente.

Eran mensaje dirigido no sólo a los enfermos oficiales sino también a los considerados sanos. De hecho, la salud ofrecida a aquéllos era la misma que brindaba también a éstos, aunque muchos no lo percibieron, como puede verse de forma gráfica en la curación del ciego de nacimiento (Jn 9, 1-41). Su salud está insertada en el itinerario hacia la salvación. Es don y tarea. Comienza, no termina, en la curación física o funcional.

A partir de ahí discurre por unos derroteros marcados por nuevas experiencias saludables y salvíficas. Así, la ceguera simbolizada en el ciego no se cura en profundidad hasta que no se disipan las tinieblas del corazón; la parálisis no desaparece mientras el hombre siga atado a alguna esclavitud o no expulse las muletas de su mente; la transformación física es el prelude de un cambio más profundo: es necesario nacer de nuevo; la liberación de las cadenas, del sufrimiento y del mal reclama la liberación del pecado y la reconciliación con Dios, último fundamento del hombre; la devolución del enfermo a su familia y a la comunidad señala a una liberación colectiva de factores patógenos, sobre todo de las estructuras injustas que amordazan la misericordia.

Ese es el itinerario (y es sólo una pequeña parte de su recorrido) de la salud ofrecida por Cristo. Se entiende, pues, fácilmente que ésta sea siempre objetivo del Reino y de su proclamación. Es más, para adherirse a él no basta con dejarse evangelizar, es preciso también dejarse sanar, sanar en profundidad. Dicho en positivo: quienes, por la fe y la caridad, se adhieren a Cristo son salvados y sanados, participan de nuevos recursos saludables y terapéuticos, experimentan una nueva calidad de vida, se convierten en nueva criatura, pueden vivir con rostro de resucitados y llevar su existencia a la máxima potencialidad, porque Dios, en Cristo, no aparece como límite y rival sino como la mayor posibilidad del hombre.

Es salud para toda la persona (no desprecia ninguna de sus dimensiones), pero internamente orientada hacia la salvación. No se idolatra, pues, el cuerpo; no se absolutiza la salud. Ni se convierte en un bien esencial, tan importante que Dios se sienta obligado a concederla siempre y a todos. Ninguna de sus parcelas o dimensiones está garantizada por un nuevo “*ex opere operato*”; nada nos vacuna definitiva ni provisionalmente contra experiencias patógenas y patológicas. Los santos, con sus noches oscuras, con sus disturbios psicológicos, con su vulnerabilidad ante el espectáculo del mal del mundo, son buena prueba de ello. Y, sin embargo, sigue siendo cierto que Dios nos salva también sanándonos, ofreciéndonos su salud en Cristo.

Es, pues, una salud para este mundo y para todas las edades (en el otro, habrá sólo salvación). Convive con nuestros límites y con nuestras enfermedades, porque supera los condicionamientos biológicos y cronológicos. Camina más por las sendas de la biografía que por la tersura o las arrugas de la piel; sabe más a libertad interior que a desenvoltura de movimientos; remite más a la capacidad de cambio que a la multiplicación de experiencias; reclama más la integración de los propios límites que

la utopía de una “salud integral” (que no es posible); habita más en el centro que en la periferia de uno mismo. Es salud para la plenitud.

3. Símbolos de la humanidad sanada.

¿Es la vida consagrada una forma saludable de vivir y de envejecer? ¿Es un cauce adecuado para el cumplido desarrollo de lo humano, hasta conducirlo a plenitud según el modelo cristológico de salud que hemos visto?

Son preguntas que invitan a interrogar la propia experiencia de vida. No haríamos bien en fijar únicamente nuestra atención en los a priori de la teología. Partiendo, pues, de la experiencia propongo inicialmente una mirada crítica.

Síntomas...

Tal vez el primer dato (no exclusivamente experiencial) que se ofrece a nuestros ojos es la anormalidad social y cultural de la vida consagrada. Hay dimensiones de nuestro estilo de vida que de alguna forma nos sitúan al margen de lo que comúnmente sucede; por ejemplo, el hecho de que personas de un mismo sexo convivan juntas de por vida sin haberse elegido unas otras; otro ejemplo típico está en las renunciadas emparejadas a los consejos evangélicos que, en principio, contrarían deseos profundamente anclados en el hombre y hoy socialmente valorados hasta la exasperación: la autonomía, el poder, el sexo. Además de sus implicaciones antropológicas y psicológicas, éstas y otras peculiaridades nos alejan, por lo menos en parte, de la así llamada “normativa social”, el canon que regula los comportamientos, y parámetro que mide (a menudo, para mal: hay que reconocerlo) la salud de los ciudadanos.

Existen signos que remiten a un crecimiento personal frustrado, descompensado en sus contenidos y alterado en sus ritmos. Son síntomas de plenitud fallida. En la historia vivida por los consagrados que son ahora ancianos o están envejeciendo faltó probablemente una adecuada educación de los sentimientos, hubo posiblemente excesos de rigidez, se acentuó acaso demasiado la separación del mundo, tal vez se cultivó una espiritualidad un poco desencarnada. Aunque en el hombre de todas las épocas hay siempre un algo radicalmente igual, fueron formados para una sociedad que ya no existe. Pero ninguna generación está exenta de los signos a los que me refiero. No es fácil identificar sus causas, pero son múltiples las expresiones.

Entre las experiencias poco saludables o incluso patógenas, que desfiguran la imagen evangélica de la vida consagrada, cabría hacer un elenco más bien abultado. Refiero sólo algunas. En primer lugar, el desencanto y la desilusión. Es la sensación de

quienes han visto frustradas o no suficientemente cumplidas sus expectativas humanas, profesionales y vocacionales. Pareciera como si la vida consagrada los hubiera encorsetado o sofocado; y en el balance entre ideales abrazados (en tantos casos con fervor) y logros conseguidos, se sienten íntimamente mermados. En situaciones límite, hay quienes creen haberse equivocado en todo. Vivir y envejecer así significa, entre otras cosas, esperar en el puerto diario de la rutina a que llegue el último viento de la muerte. Como es obvio, esta experiencia va siempre acompañada de otro tipo de manifestaciones.

Destacan entre éstas las que se refieren al mundo relacional. Por ejemplo, el individualismo. La vida comunitaria no caló en el hondón del consagrado, o no fue vivida como una forja de comunión en profundidad; dejó demasiados espacios expuestos a la aridez de la rutina canonizada y compartida, hecha de actos y pactos; no llegó a ser un ámbito generador de fraternidad gozada y sufrida.

Viviendo en comunidad, el consagrado tal vez experimentó en exceso la soledad estéril que se alimenta de falta de amor. Ni dentro ni fuera ha elaborado unas sanas y significativas relaciones de amistad. Consciente del mandato y del ideal de amar a todos, tal vez no haya aprendido a amar de verdad a alguien. Y se siente interiormente vacío, incluso espiritualmente descarriado, más separado que protegido por las vallas de una vida excesivamente inclinada hacia los roles. Y se encuentra a solas con su condición. Mientras tanto, la vida pasa y pesa.

Tal vez sea aquí donde, bajo capa de humildad, se fue cultivando una inadecuada percepción de sí mismo, cognitiva y afectiva: hay consagrados con una baja autoestima notable. Se sienten insignificantes, abrumados bajo la carga de un testimonio imposible, o de un ministerio exigente. Difícilmente se quieren a sí mismos, se toman negativos con respecto a los demás y con respecto a sí mismos. Necesitan protegerse o evadirse, buscar -incluso compulsivamente- compensaciones.

Éstos y otros diagnósticos están hechos a ras de tierra, reflejan la realidad, pero es imposible que tengan en cuenta todos sus matices. Hechas todas las salvedades que fueren precisas, es evidente que la vida consagrada no nos vacuna contra nada ni nos garantiza una existencia plenamente saludable y cumplida. Precisamente, por sus características de “alta tensión” es capaz de poner más al descubierto las limitaciones y la insuficiencia humana frente a los ideales evangélicos sobre los que se edifica. También es cierto que son muchos los consagrados que, al atardecer de su vida, dan razón del encabezamiento de este tema: La vida consagrada es una forma saludable de vivir y de envejecer.

Relato de una historia de sanación...

Dentro de los marcos bíblico-teológicos en que suele colocarse la vida consagrada hay uno que me parece especialmente fecundo y actual. Es el de la pasión de Dios por el hombre, que atraviesa toda la historia de la salvación y encuentra su momento culminante en Cristo. En Él se realiza definitivamente la “encarnación” progresiva de Dios en la historia del pueblo y en la biografía de la humanidad. Y en la Encarnación del Hijo se corona y, al mismo tiempo, comienza la historia de un nuevo encuentro salvífico y terapéutico. La pasión de Dios se convierte en momento eficaz de transformación y renovación, de salvación y sanación del hombre. En el Hombre nuevo (el único que ha respondido plenamente al plan de Dios) es asumida la condición humana y elevada a la máxima dignidad; y, a partir de ahí, es posible nacer de nuevo, conformar la propia existencia según el modelo del Hijo, adquirir la nueva libertad de los hijos de Dios, saborear una nueva y saludable relación con Él, encontrar una nueva consistencia para la propia vida.

La vida consagrada es una concreción de la nueva humanidad. Es suscitada por el Espíritu para reproducir, presentar y prolongar en el tiempo la humanidad de Cristo, incluso en la materialidad de su forma de vida. Para ello, nada queda al margen de la acción del Espíritu. Todo, incluido el propio cuerpo con sus energías más profundas y sus dinamismos internos, es alcanzado por Él. De hecho el carisma de la vida consagrada consiste fundamental-

mente en el regalo de una experiencia profundamente cristocéntrica: Revivir hoy los mismos sentimientos, gestos y actitudes de Cristo. Esto no es posible si el consagrado no se deja sanar en profundidad, si no educa su libertad, si no asume sus propios límites y heridas, si no asume el camino de la cruz como el Maestro, si no impregna su humanidad de la misma misericordia y ternura que Cristo, si su cuerpo no es instrumento adecuado para la transmisión -incluso por contagio- de la humanidad de Dios.

Por eso la vida consagrada o es la historia de una “pasión” o no es nada. Nace de la experiencia de una seducción, de una atracción. “Atraídos por Él, lo hemos seguido”. Esta hechura pasional y afectiva es, a la vez, fuente de gozo y de sufrimiento, de entusiasmo y de espera paciente, de lucha y de autoentrega. Pero es sobre todo la condición para que la propia vida se convierta en la historia de una sanación profunda y de una salvación saludable. Veámoslo más concretamente, sin alejarnos en lo posible de la experiencia de tantos ancianos (y jóvenes o adultos) consagrados.

La seducción por parte de Cristo (al contrario que otras seducciones) no constituye para el consagrado una experiencia de fuego cuyo humo oscurece la razón. Es una experiencia de lucidez, que reclama una gran libertad. El consagrado toma la gran decisión de que sea Él quien reoriente y conduzca su vida. En Él ha encontrado su punto de referencia vital, su centro. Al decidir así no se desentiende de su vida, ni deja las riendas a merced del instinto o de la circunstancias. La acoge como don, y hace de ella la historia de una entrega. Se sentirá a menudo tentado de retomarla o

de vivir de migajas sueltas. Mientras dure la seducción, cabe siempre la posibilidad de retornar, como el hijo pródigo, sano y salvo. De vez en cuando hará la experiencia amarga de las algarrobas, pero no se habrá apagado el rescoldo del primer amor.

Es, pues, la historia de un centramiento. El consagrado se deja sanar de la dispersión, del mariposeo, de la búsqueda compulsiva de experiencias sin dirección o de la rutina que apaga todo fuego. Centra su vida, descentrándose como Cristo. Se convierte en una especie de “monachus” (hombre/mujer de un solo interés), porque ha descubierto a Alguien que plenifica y colma su vida, que sacia sin matar la sed, que alimenta la tensión sin eliminar los interrogantes. Esto confiere a su vida un sentido de totalidad; de hecho su vida es totalidad entregada, de una vez para siempre.

Vivir así no es fruto de esfuerzo ni mérito otorgado a unos pocos. Es gracia, que encuentra respuesta en la acogida del don, que apela más a la adhesión que a la renuncia, más a la mística que a la ascesis. Sin embargo, traza frente al consagrado un camino necesitado de purificaciones constantes, escandido por el sufrimiento y no sólo por el gozo. Lo introduce de lleno en algunas de las paradojas de la existencia cristiana y humana: para vivir sanamente hay que desvivirse (por alguien o por algo) y aceptar la muerte, para dar vida hay que perder de la propia; para crecer, algo tiene que decrecer, para subir es preciso aprender a bajar. Ahí está la vida auténtica (Jn 10, 10). Lo demás son sucedáneos. Es el camino de la plenitud: imposible si no es, al mismo tiempo, experiencia de sanación interior.

Si importantes son estos dinamismos espirituales y humanos, también lo son el contexto existencial en que se alimentan y verifican, y los medios que los secundan y potencian. Me refiero, por ejemplo, a la comunión fraterna y a los consejos evangélicos.

La comunión es don del Espíritu (VFC 8), y lleva en su interior una fuerte carga simbólica. En ella se realiza de forma significativa la dimensión comunional de la fe, de la adhesión a Cristo y del anuncio del Evangelio. En ella se prefigura de alguna forma la futura condición de los que hayan vivido y muerto en Cristo. En la comunión fraterna dentro de la vida consagrada se aprende a amar por encima de los vínculos de la carne y de la sangre, de los roles, de los títulos y de las edades; se pone a prueba la capacidad humana de entregarse por entero a una nueva familia, y se urge la mejor libertad al compartir voluntariamente un mismo proyecto de vida.

En la comunidad, finalmente, se hace la saludable experiencia de poseer objetivos por los que vale la pena vivir, que están dentro y más allá de uno mismo, y se forja un gratificante sentido de pertenencia, que ayuda a la propia identidad y favorece el sentido de continuidad. Desde la vertiente humana, sin embargo, también es el lugar de nuestras miserias y mezquindades, donde se curan las heridas del desamor y de la indiferencia, y donde se cronifican; en ella se aprende el lenguaje de la misericordia y se siente la tentación del endurecimiento. Es ciertamente el lugar de un ideal, humanamente frágil, pero estallantemente vivo y vivificante.

En cuanto a los consejos evangélicos hay que destacar con fuerza un aspecto a menudo olvidado: ellos representan idealmente y encarnan el valor persuasivo y terapéutico de lo *esencial*. En cuanto don del Espíritu que atraviesa a toda la persona se insertan en la tensión inscrita en el corazón humano, donde cada uno decide su propia suerte. Es una tensión que apunta alto, muy alto, pues recoge y orienta las aspiraciones más profundas al calor de la acción de la gracia. Aunque envueltos en la fragilidad, los consejos evangélicos tienen la osadía de recordar y, de alguna forma, anticipar el cumplimiento último de la plenitud humana. Son signos escatológicos. De camino, por las sendas tortuosas de la historia, justamente por estar penetrados de cruz y de gloria, de lucha y de paz, apremian lo mejor de quien los abraza y revelan nuestra radical indigencia y nuestra vocación de plenitud.

Así, la *pobreza* significa ante todo confianza en Dios, acogido y amado como sumo bien y “unicum necessarium”; pero es también solidaridad gozada y sufrida, reconciliación con las propias sombras y la propia muerte, impotencia compartida, aceptación de lo inevitable, disponibilidad total. La pobreza realiza, aunque imperfectamente, un sueño solamente ajeno a quienes viven anestesiados: la relación saludable con las cosas de este mundo; aprendizaje de señorío y de santa indiferencia, a fin de que no nos posean ni nos alienen.

La *castidad* es signo de un amor inclusivo, el amor que muy probablemente todos desearían para sí mismos: amar y ser amados más allá de razones aparentes, sin excluir a nadie. Apunta directamente al corazón, símbolo de nuestras contradicciones más hondas. Por eso la castidad sólo puede ser entendida como un don (pura gracia) entregado y acogido para ser memoria y apuesta de que es en el corazón de cada persona donde se juegan las mejores y peores experiencias saludables de su vida. El consagrado renuncia a formar su propia familia. Sin embargo, la castidad tiene la finalidad de recordar la dimensión cordial de nuestro paso por este mundo. Ciertamente, una apuesta de plenitud.

Por su parte, la *obediencia* profesada por los consagrados se asienta sobre nuestra vocación a la libertad. Junto con el don de la vida Dios nos ha confiado el mandato de vivir.

Nuclearmente, pues, la obediencia consiste en acogerse a sí mismos como don y como criaturas, es decir, como hijos, y vivir en fraternidad una común relación de filiación. A partir de ahí, ni Dios ni los hermanos son rivales u obstáculos, sino el ámbito único de crecimiento. A partir de ahí, el consagrado asume la delicada misión de atestiguar que no hay nada más saludable que vivir según Dios. Es lo mejor que puede sucedemos en la vida.

A la salud humana, por ser humana, siempre se le puede urgir más. Puesto que camina con el hombre, como modalidad de su ser y experiencia existencial, participa de su aventura. Puede ser sacrificada en la cruz o ser sofocada en los circuitos cerrados del egoísmo. La vida consagrada es una vida de apremio constante. Exige virirse a sí mismos en profundidad. Requiere lucidez psicológica y espiritual, y

reclama un cierto gusto por el exceso. No admite jubilación, sólo cese de actividades. Está originariamente atravesada por una tensión que no se reconcilia fácilmente con actitudes de mediocridad. ¿Es posible vivir así, sin caer en patologías alimentadas por la conciencia de la propia inadecuación? La experiencia, sobre todo la experiencia de muchos ancianos consagrados, nos dice que es posible y saludable.

Para la reflexión...

En el desarrollo de este tema hemos ofrecido una determinada visión de la salud desde el punto de vista antropológico y bíblico, y, sucesivamente, un acercamiento a posibles experiencias insanas o patógenas dentro de la vida consagrada y a su vocación de vida saludable, es decir, de camino para la plenitud hasta la muerte. La reflexión personal y compartida podría seguir este recorrido.

- *¿Cuál es mi visión acerca de la salud humana? ¿Estoy de acuerdo con la ofrecida en este tema? ¿Qué añadiría, qué subrayaría?*
- *Teniendo presente la exposición sobre el ofrecimiento de salud por parte de Cristo, ¿hemos experimentado en nuestra vidas la relación fe-salud? ¿Nuestra oración, nuestras Eucaristías, el sacramento de la Reconciliación etc., son saludables y terapéuticos para nuestra vida individual y comunitaria?*
- *¿Qué síntomas insanos, más o menos patógenos, descubrimos en nuestra vida comunitaria?*
- *¿En qué es saludable, para cada uno de nosotros, la vida consagrada?*

La relación familia y educación en tiempo de crisis y de emergencia educativa⁵³

Eugenio Alburquerque Frutos

La familia es institución y comunidad educadora. Al educar se hace y se construye a sí misma. De esto depende precisamente tanto la formación y desarrollo de los hijos como el mismo perfeccionamiento de los esposos. En el seno de la familia se transmiten la tradición, la cultura y los valores para que el género humano pueda desarrollarse, para que los hombres progresen. Realmente la familia prepara la nueva humanidad.

El artículo 26 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos proclama: “Los padres tendrán derecho preferente a escoger el tipo de educación que habrá de darse a sus hijos”. Todos los Pactos Internacionales de Derechos Civiles y Políticos abundan en este sentido, estableciendo incluso el deber de los Estados de respetar la libertad de los padres a elegir para sus hijos establecimientos de enseñanza distintos de los creados por los poderes públicos. En este sentido, la Constitución Española reconoce el derecho a la educación y a la libertad de enseñanza, garantizando también el derecho de los padres para que sus hijos reciban la formación religiosa y moral de acuerdo con sus convicciones (art. 27).

En la actualidad no suele negarse este derecho de los padres. Hoy el problema no parece estar tanto en la negación del derecho cuanto en la asunción del correspondiente deber por parte de los mismos padres. La relación educación y familia hay que situarla en un contexto nuevo y realmente complicado, en el contexto de crisis que atraviesa la familia y en la situación de grave emergencia en que se encuentra la educación. Existe un consenso muy amplio tanto sobre la crisis de la familia como sobre la emergencia educativa. Pero importa reflexionar y ahondar en la implicación que puede existir entre ambos problemas; es decir, interesa precisar en qué sentido la crisis de la familia repercute en la educación, y en cómo la emergencia educativa influye en la crisis familiar. Todo parece indicar que en esta mutua relación e implicación se encuentra lo específico de la crisis educativa que aparece de manera muy clara en la familia. Por ello es verdaderamente

⁵³ Revista “Familia” 49 (2014) 27-42.

importante redescubrir la verdad de la familia y recuperar su responsabilidad educativa.

Comunidad de amor y de solidaridad

La sociología describe la familia como una institución social mediante la cual se realizan unos servicios y se cumplen unas tareas importantes para el desarrollo de los individuos y de los grupos sociales. Aunque el Estado asume en la actualidad muchas funciones que tradicionalmente desempeñaba la familia, también en el campo de la educación, y que los medios de comunicación transmiten también comportamientos y valores de los que se ocupa la familia, sin embargo permanecen un conjunto de servicios, funciones y tareas que la familia sigue desempeñando, como el cuidado y educación de los hijos y la creación de un ámbito de vida privada, de afecto, de personalización y de socialización.

Desde esta perspectiva, la familia se comprende como un grupo social que tiene su fundamento en la relación de los esposos entre sí y entre padres e hijos. Constituye el grupo social primario. Se caracteriza por una asociación y cooperación íntimas, cuyo resultado es una cierta fusión de los individuos dentro del todo común. Como todo grupo primario, atiende a las necesidades psicológicas de los individuos, modela los elementos centrales de la personalidad y responde a sus necesidades de afecto, seguridad e intimidad. Es el ámbito natural en el que el hombre adquiere conciencia de su dignidad, del hecho de ser amado y querido por sí mismo. Se convierte así en el lugar de desarrollo personal: no solo los hijos, sino también los mismos padres encuentran en la familia un estímulo o un obstáculo para su realización y desarrollo. En la familia, el ser humano es gestado, protegido y educado; es incluso acompañado hasta su muerte.

Pero, aunque la familia constituye una institución social, no es simplemente una estructura socio-cultural. Como explica Benedicto XVI: “El matrimonio y la familia no son una construcción sociológica casual, fruto de situaciones históricas y económicas particulares. Al contrario, la cuestión de la correcta relación entre el hombre y la mujer hunde sus raíces en la esencia más profunda del ser humano y solo a partir de ella puede encontrar su respuesta. Es decir, no se puede separar de la pregunta antigua y siempre nueva del hombre sobre sí mismo: ¿quién soy?, ¿qué es el hombre? Y esta pregunta, a su vez, no se puede separar del interrogante sobre Dios: ¿existe Dios?, ¿quién es Dios?”. Es decir, las verdaderas raíces de la familia son antropológicas. La familia es una realidad exigida por el ser mismo del hombre y atañe al nivel más profundo de sus necesidades. Pertenece a la misma condición de ser persona. Su verdad más fundamental radica en que el ser humano es un “ser familiar”. Es decir, la familia no nace simplemente de estructuras sociales o económicas; constituye, más bien, la premisa de la existencia y de cualquier nueva vida humana.

Esas dos preguntas fundamentales (¿qué es el hombre?, ¿quién es Dios?) encuentran en la Biblia una respuesta unitaria y consecuente: el hombre es creado a imagen de Dios, y Dios mismo es amor. Por eso, la vocación al amor es lo que hace que el hombre sea la imagen auténtica de Dios; es semejante a Dios en la medida en que ama. La familia arranca de la alianza de amor conyugal; está conformada por la esencia misma de esta unión, y llega a ser un “nosotros”, una comunidad de personas. Realmente, más que una unidad social, económica o jurídica, como a veces se entiende simplemente, la familia es una *comunidad de amor y de solidaridad*. Ella encuentra su fundamento no en la organización social, en el contrato o en la ley, sino en la capacidad de amar familiarmente y desarrollarse solidariamente. En definitiva, como explica Juan Pablo II, “la esencia y el cometido de la familia son definidos por el amor. Por eso la familia recibe la misión de custodiar, revelar y comunicar el amor, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por la humanidad” (FC 17).

En este sentido, continua explicando Benedicto XVI: “el matrimonio como institución no es una injerencia indebida de la sociedad o de la autoridad, una forma impuesta desde fuera en la realidad más privada de la vida, sino una exigencia intrínseca del pacto del amor conyugal y de la profundidad de la persona humana. En cambio, las diversas formas actuales de disolución del matrimonio, como las uniones libres y el matrimonio a prueba, hasta el pseudo-matrimonio entre personas del mismo sexo, son expresiones de una libertad anárquica, que se quiere presentar erróneamente como verdadera liberación del hombre. Esa pseudo-libertad se funda en una trivialización del cuerpo, que inevitablemente incluye la trivialización del hombre”.

Desde la verdad de la familia, Benedicto XVI propone y fija una atención particular en algunos principios que él mismo dice que “no son negociables”. El primero es que el matrimonio y la familia están arraigados en el núcleo más íntimo de la verdad sobre el hombre y su destino. Junto a él señala además: “protección de la vida en todas sus etapas, desde el momento de la concepción hasta la muerte natural; reconocimiento y promoción de la estructura natural de la familia, como unión entre un hombre y una mujer basada en el matrimonio, y su defensa contra los intentos de equipararla jurídicamente a formas radicalmente diferentes de unión que, en realidad, la dañan y contribuyen a su desestabilización, oscureciendo su carácter particular y su irremplazable papel social; protección del derecho de los padres a educar a sus hijos”.

Estos principios no son en modo alguno verdades de fe, aunque reciben de la fe una nueva luz y confirmación. Son principios que están inscritos en la misma naturaleza humana y, por tanto, son comunes a toda la humanidad. Al promoverlos, el magisterio de la Iglesia no tiene una pretensión confesional; se dirige a todas las personas, prescindiendo de su filiación religiosa, porque su negación representa una ofensa contra la verdad de la persona humana y una grave herida causada a la familia.

Vocación y misión educativa de la familia

El ser humano nace inacabado. Para vivir y llegar a la plenitud en la vida necesita, desde el primer instante de la existencia, alimento y calor humano, cuidado y relaciones de amor. Desde los primeros días de su nacimiento, el niño comienza a reconocer la voz materna y la melodía del lenguaje de los suyos. Ellos le procuran los primeros placeres sociales: la sonrisa, la caricia, el juego. Aprende de cada experiencia vital; del calor del cuerpo de los padres, de las voces que escucha, de las palabras tiernas que le dirigen, del darle de comer o cambiarle de pañales. Poco a poco aprende a pedir, a esperar, a contar con los otros. En el ámbito de la familia da los primeros pasos, articula los primeros sonidos y palabras, aprende los rudimentos culturales, empieza a adquirir la capacidad de autocontrol, el sentimiento de seguridad y la integración en el medio social. En la familia crece, se desarrolla y se convierte en persona. Este es el verdadero sentido de la educación. Constituye un quehacer esencial de los padres; un derecho y un deber fundamental.

La educación integral de la persona se inicia y estructura esencialmente en la familia, que constituye la célula básica de todo el proceso educativo. En efecto, al engendrar a un ser humano en el amor y por el amor, se asume la obligación de acompañarlo y ayudarlo a vivir una vida plenamente humana. Los padres son educadores por ser padres. En este sentido, la tarea educativa tiene sus raíces en la vocación fecunda de los esposos; engendrando en el amor una nueva persona, que tiene en sí la vocación al crecimiento y al desarrollo, asumen la responsabilidad de ayudarla eficazmente a realizarse como persona; y porque pertenece a su misma vocación, representa también un deber fundamental. Como dice el Vaticano II: “Puesto que los padres han dado la vida a los hijos, tienen la gravísima obligación de educar a la prole, y por tanto hay que reconocerlos como los primeros y principales educadores de sus hijos. Este deber de la educación familiar es de tanta trascendencia que, cuando falta, difícilmente puede suplirse” (GE 3).

Promover la educación de los hijos es, pues, un derecho y un deber de los padres, que se fundamenta en su vocación y en el amor materno-paterno. El amor de los padres inspira y guía toda su acción educativa. Se trata, como recordó Juan Pablo II, de un derecho-deber esencial, original, primario, insustituible e inalienable (cf. FC 36). Es *esencial* en cuanto que los padres transmiten la vida humana y su paternidad responsable ha de proyectarse hasta ayudarla a alcanzar la dignidad y la madurez humana; es *original* y *primario* porque surge de la relación de amor que une a padres y a hijos, y porque es anterior a cualquier otro deber educativo de los demás, personas o instituciones; es *insustituible* e *inalienable* porque ni los padres pueden delegarlo ni nadie se lo puede usurpar. La relación de amor entre padres e hijos es única; no puede quedar englobada en el conjunto de otras relaciones, ni permite que sea totalmente asumida por otras personas e instituciones, aunque no sea la única

comunidad educadora y la misma dimensión social de la persona exija una acción y colaboración más amplia de otras instituciones.

La afirmación del derecho-deber de la familia en la educación significa que la familia representa el ámbito más natural y apropiado para el crecimiento y desarrollo de la persona. Es la primera escuela, el más importante centro educativo. De tal manera que, como escribió Marañón, una de las mayores desdichas del ser humano está en verse privado de ella. Puesto que el hijo es fruto y expresión del amor de los padres, el primer rasgo y principio educativo en la familia es el amor. La educación de los hijos debe nacer y estar vivificada por el amor; es el elemento más radical que determina la responsabilidad educativa de los padres. La familia es el ámbito privilegiado donde cada persona aprende a dar y recibir amor; es la cuna de la vida y del amor, el lugar primario de humanización de la persona y de la sociedad. El amor de los padres se transforma en norma, que inspira y guía toda la acción educativa concreta, enriqueciéndola con los valores de la bondad, dulzura, constancia, servicio, desinterés, espíritu de sacrificio.

En la educación de los hijos, el amor es fuente, alma y norma (cf. *FC 36*). Es la fuente que la suscita; el alma que le da sentido, y la norma que la orienta y dirige. Esto significa que el amor conyugal ha de abarcar la entera existencia de los hijos desde el primer momento de su nacimiento, y que ha de estar orientado al bien integral. En este sentido, el hogar doméstico está llamado a vivir y cultivar el amor recíproco, la verdad, el respeto, la justicia, la lealtad, el servicio y la disponibilidad para con los demás, especialmente para con los más débiles. Es decir, los padres han de ayudar a construir la propia identidad de los hijos, han de guiarlos en su crecimiento afectivo y sexual y han de favorecer su integración y compromiso social. La misión más noble de los padres no consiste simplemente en engendrar al hijo en el amor, sino también en formarlos y ayudarlo a ser persona. Se trata de un proceso lento de desarrollo a través de cual el individuo va poco a poco cortando el cordón umbilical, las ataduras y dependencias que le sujetan, a todos los niveles, y va alcanzando su libertad y entrenándose en la tarea de ser él mismo: va construyendo su propia identidad.

Crisis y fragilidad de la familia

El cumplimiento de esta vocación y misión educativa encuentra hoy serias dificultades en la familia. La crisis sufrida la ha hecho sumamente frágil y los ataques y amenazas que sobre ellas se ciernen resultan también muy graves. Se constata con dolor, “cómo los hogares sufren cada vez más situaciones adversas provocadas por los rápidos cambios culturales, por la inestabilidad social, por los flujos migratorios, por la pobreza, por programas de educación que banalizan la sexualidad y por falsas ideologías”. Lamentablemente, cada día constatamos “cuán insistentes y amenazadores son los ataques y las incomprendiones con respecto a esta realidad humana y social fundamental”. La familia se ve sometida hoy a múltiples dificultades y amenazas. Según el papa Francisco: “La familia atraviesa

una crisis cultural profunda, como todas las comunidades y vínculos sociales. En el caso de la familia, la fragilidad de los vínculos se vuelve especialmente grave porque se trata de la célula básica de la sociedad” (EG 66).

Desde hace varias décadas, todos los estudios sociológicos se refieren a las amenazas que acechan a la familia. Ante todo, es significativo el cambio que se ha producido en el mismo proceso de formación de la familia. Si el origen normal de la institución familiar ha sido el matrimonio, actualmente este camino se ha alterado profundamente, sustituyendo el matrimonio por un régimen de convivencia consensual, que tiende a ser visto “como una mera forma de gratificación afectiva que puede constituirse de cualquier manera y modificarse de acuerdo con la sensibilidad de cada uno” (EG 66). Del mismo modo, también la etapa previa de acceso al matrimonio ha cambiado. El noviazgo ha estado sometido a muy diferentes pautas culturales. Actualmente la misma palabra se encuentra enmascarada en el lenguaje de los jóvenes, simbolizando así una ruptura con cualquier formalización de las relaciones prematrimoniales, que se difunden y aceptan de forma generalizada. El común denominador de los cambios que han tenido lugar en este ámbito es el de una liberalización de las conductas y una amplia permisividad de las transgresiones de normas y pautas anteriores.

Respecto a la nupcialidad, disminuyen los matrimonios y aumentan las uniones de hecho, signo quizá del temor a opciones definitivas y a asumir el compromiso del vínculo conyugal. Se difunde también la tolerancia social y legal ante formas de convivencia no matrimoniales y sobre nuevas formas de entender la institución y la vida matrimonial.

Aumentan las separaciones y divorcios, propiciadas por las leyes civiles, y que suceden no sólo en los primeros años de la vida conyugal, sino también después de muchos años de convivencia. La legalización del divorcio provoca un conjunto de problemas sociales que tienen una resonancia muy fuerte en la familia. La ruptura de la pareja es una de las experiencias más penosas y amargas que pueden sufrir los seres humanos; constituye un proceso personal extremadamente doloroso. Incluso independientemente del desgarramiento psicológico y afectivo, los problemas sociales del divorcio llegan también a la situación de los hijos, a su educación, a las relaciones de ambos padres con los hijos, a la situación económica en que queda cada uno de los cónyuges, al reparto respectivo de las cargas económicas y a las posibilidades que tengan de volver a formar una pareja y a casarse de nuevo. Supone una mayor vulnerabilidad del matrimonio y, como consecuencia, un debilitamiento de la familia.

Por otra parte, es conocida la drástica reducción de natalidad, que en España alcanza unos índices verdaderamente preocupantes. Al mismo tiempo, tanto Juan Pablo II como Benedicto XVI muestran en repetidas ocasiones su preocupación por la manipulación a la que está sometida la vida humana a través de las nuevas técnicas de fecundación in vitro, la investigación con embriones humanos, la posibilidad de la clonación y de la hibridación humana (cf. CV 75).

En el ámbito de la familia, además, la pareja se enfrenta frecuentemente a la dificultad de conciliar la vida laboral y familiar. El sistema tradicional de división de roles, según el cual la mujer asume la responsabilidad del cuidado de los miembros de la familia y de las tareas domésticas, mientras que al hombre le corresponde velar por el bienestar económico, no resulta satisfactorio en la sociedad actual. Las mujeres se sienten privadas de aspectos importantes para su desarrollo psicológico y social, y los hombres, de la gratificación afectiva que proporciona el cuidado y educación de los hijos. Pero, cuando ambos progenitores trabajan fuera de casa, las dificultades pueden agrandarse, especialmente para la mujer que no logra conciliar las exigencias del hogar y la familia con las del trabajo. Diversos estudios manifiestan que las parejas en que ambos cónyuges trabajan fuera del hogar, se sienten ampliamente desbordadas por esta combinación entre trabajo y familia. Además, con la incorporación de ambos esposos al mercado de trabajo, uno y otro comparten simplemente un ámbito de convivencia, creciendo las dificultades para la estabilidad familiar. En este contexto puede entenderse el aumento de la creación de guarderías infantiles que, a veces, se convierten simplemente en “aparcamiños”.

En sentido contrario, cada vez es sentido con más fuerza el problema del desempleo, sobre todo paterno, que llega a ser también otro factor de desestabilización para los hijos. Además de los consiguientes problemas económicos, resultan muy fuertes los psicológicos y afectivos. Si el padre está ansioso y duda de su valor, en vez de mostrarse como alguien en quien el hijo puede apoyarse, da la impresión de necesitar él mismo ayuda y comprensión.

En los últimos años crece también la lacra de la violencia doméstica. Llamada a ser el lugar privilegiado del amor y de la convivencia, el refugio donde cobijarse de las agresiones del mundo circundante, la institución familiar no está exenta ella misma de la violencia y de la agresión por parte de los propios miembros. En su seno crecen rivalidades y hostilidades que, en ocasiones, desencadenan también agresiones, maltratos y violencia. A veces, las agresiones sufridas culminan en la muerte. En general, las consecuencias que produce la violencia doméstica son amargas. Además de serios daños físicos, causa en las víctimas trastornos emocionales profundos y duraderos, depresión y baja autoestima, bloqueo afectivo y aislamiento social.

Ante tales amenazas las mismas familias sienten la necesidad de protección y apoyo social. Por ello, “es muy necesario que las administraciones públicas no secunden esas tendencias negativas, sino que por el contrario ofrezcan a las familias un apoyo convencido y concreto, con la certeza de que así contribuyen al bien común”; y lo es también, “incentivar la consolidación de una cultura favorable y no hostil, a la familia y a la vida, así como a solicitar de las instituciones públicas una política coherente y orgánica, que reconozca el papel central que desempeña la familia en la sociedad, en particular con respecto a la generación y educación de los hijos”.

¿Dimisión educativa?

No es posible quedar indiferentes ante estos retos. Ningún esfuerzo será inútil para fomentar cuanto contribuya “a que cada familia, fundada en la unión indisoluble entre un hombre y una mujer, lleve a cabo su misión de ser célula viva de la sociedad, semillero de virtudes, escuela de convivencia constructiva y pacífica, instrumento de concordia y ámbito privilegiado en el que, de forma gozosa y responsable, la vida humana sea acogida y protegida, desde su inicio hasta su fin natural”.

El desarrollo de la misión educativa por parte de los padres muestra actualmente un carácter muy específico. Participa no solo de la crisis que vive la familia, sino también de la crisis de autoridad y de las connotaciones propias de la situación de emergencia educativa.

Es un lugar común hablar de la dimisión educativa de los padres, aunque quizá en esta cuestión menos todavía que en otras no conviene generalizar; en muchos, más que dimitir de su responsabilidad, lo que sucede es que sencillamente no saben cómo ejercerla; más que de dimisión, habría que hablar entonces de derrota. Según I. Enkvist, nos encontramos actualmente con una generación de padres que frecuentemente se siente desbordada por la tarea de educar a sus hijos y que incluso a veces les tiene miedo. Se trata de una generación históricamente nueva, según la socióloga sueca, porque muchos de estos padres pertenecen a una generación que fue educada “libremente”, es decir, que apenas fue educada, y ahora se enfrentan con el reto de tener que educar a la generación que le sigue.

Dimisión o derrota, lo cierto es que los padres se encuentran frecuentemente confusos sobre la propia identidad y misión, tienen miedo de perder el afecto de los hijos si le señalan una clara dirección en el proceso de crecimiento, y están inmersos en la crisis de autoridad que envuelve en general al mundo de los adultos.

Por lo que se refiere a la misión educativa, existe una ruptura radical en la transmisión de los conocimientos teóricos, de las normas, orientaciones y costumbres relacionadas con la educación de los hijos. Se ha perdido la referencia de los comportamientos que antes se aprendían en la familia. Parece que han caducado los antiguos modelos educativos, eficaces para una sociedad estable y homogénea, pero que ahora se consideran inútiles. Y la falta de estos modelos educativos no afecta sólo a los grandes principios y valores, sino que se manifiesta en el terreno práctico de la vida cotidiana. Así, los padres quedan desorientados ante los hechos consumados que se le presentan cada día. No saben si es necesario imponer normas o no, y cuáles, sobre la manera de vestir correctamente, de alimentarse, de asearse, de acostarse a una hora determinada. Es, pues, muy real para los padres el riesgo de no comprender ni siquiera cuál es su papel, o mejor, la misión que se les ha confiado.

Pero, en realidad, no está solo en juego la responsabilidad de los padres, que ciertamente existe y no debe ocultarse, sino también un clima generalizado, una

mentalidad y una forma de cultura que llevan a dudar del valor de la persona humana, del significado de la verdad y del bien; en definitiva, de la bondad de la vida. Entonces se hace difícil transmitir de una generación a otra algo válido y cierto, reglas de comportamiento, objetivos creíbles en torno a los cuales construir la propia vida. En el fondo, nos encontramos en el corazón de la emergencia educativa, que llega también a la misma comprensión del significado de ser padres y de ejercer como tales.

Respecto al miedo de perder el afecto de los hijos, son muchos los que actualmente lo consideran como el peso que lastra y frena la relación entre padres e hijos. Más que temer el hacerles daño, se teme el perderlos. Es el signo de la inmadurez o, como dice Savater, la primera reacción que produce contemplar de frente el rostro de nuestra finitud. Paradójicamente, en una sociedad que enfatiza la autonomía, resulta cada vez más difícil separarse de los hijos. El psicólogo francés Daniel Marcelli observa, de manera original, que actualmente los padres no pretenden tanto educar, en el sentido de sacar fuera (*exducere*) el potencial del hijo desde lo profundo de su ser, cuanto, más bien, atraer a sí (*se-ducere*) al hijo, complacerlo, saturar y prevenir cualquier necesidad. Desorientados en su propia identidad, empantanados en una trama emotiva, y temerosos de perder el afecto de los hijos terminan en una actitud pasiva y permisiva.

Al permisivismo se llega desde la crisis de la autoridad; y el permisivismo de los padres conduce como consecuencia inevitable a la tiranía de los hijos. Es la tesis del libro de Aldo Naouri, titulado precisamente: *Padres permisivos, hijos tiranos*. Naouri relaciona la crisis actual entre padres e hijos con la realidad política con la que se construyó Europa en la primera mitad del siglo XX. Los países desarrollados estaban marcados por las dictaduras y todo lo que tuviera que ver con autoridad sonaba a autoritarismo. En este clima social, las nuevas generaciones llegaron a padres con la teoría de la tolerancia. Según Naouri, las consecuencias están siendo nefastas, porque esos niños a los que “nada se les impone” y a quienes “se deja a expensas de sus deseos y pulsiones”, no han llegado a ser individuos más responsables y felices, sino que dan muestras de angustia y egoísmo desde edades muy tempranas. En realidad, según Naouri, se ha subvertido el principio de autoridad, de tal manera que son los padres los sometidos al juicio de los hijos y quienes tienen que adoptar su sistema de valores.

Realmente, si se desmonta la autoridad de los padres, los papeles se confunden, llegando como dice Bruckner, a la supremacía de los papás *amiguetes*, de las mamás *coleguis*, rechazando cualquier diferencia entre ellos y sus vástagos y ofreciéndoles un único credo ultrapermisivo: ¡haz lo que te plazca! Y así, “esos adultos juveniles no han preparado a sus crías para las tareas que les esperaban y, creyendo alumbrar una humanidad nueva, han fabricado seres ansiosos, desamparados, a menudo tentados por el conservadurismo a fin de compensar ese abandono”. En eso estriba, concluye Bruckner, el drama de las educaciones demasiado liberales, sin prohibiciones ni enmarcamiento, en que no son educaciones.

Al problema de la autoridad en la educación, también en relación a la vida familiar, se refirió en distintas ocasiones Benedicto XVI, señalando con lucidez que quizá el punto más delicado de la labor educativa está precisamente en encontrar el equilibrio adecuado entre libertad y disciplina: “Sin reglas de comportamiento y de vida, aplicadas día a día también en las cosas pequeñas, no se forma el carácter y no se prepara para afrontar las pruebas que no faltarán en el futuro”. A medida que el niño crece, es necesario aceptar el riesgo de la libertad, pero no se puede prescindir del ejercicio de la autoridad, que “se adquiere sobre todo con la coherencia de la propia vida y con la implicación personal, expresión del amor verdadero”.

En una entrevista al juez de menores de Granada, Emilio Calatayud, se le preguntaba cómo tantos chavales, también de clase media alta, llegan a la situación de delincuentes. El juez, de forma muy sencilla y llana, explicaba la cuestión: “los padres no han sabido o no han podido poner límites a sus hijos. A veces coincide con el inicio de las salidas nocturnas, con el momento de la pandilla de amiguetes adolescentes”. Para poder evitar estas situaciones recordaba: “Se puede razonar, pero la autoridad paterna se tiene que imponer tanto en el cumplimiento de horarios como en la conducta en casa. En los últimos años se ha hablado mucho de los derechos del niño, pero poco de sus deberes. Y los chavales los tienen en la familia, en la escuela y en la sociedad. Nos hemos relajado por miedo a que nos llamen anticuados, fachas o autoritarios y estamos pagando las consecuencias”. Según Calatayud, hay un camino directo para crear al “pequeño delincuente”: “dar al niño todo el dinero que pida, hacerle el dormitorio, ponerse siempre de su parte, discutir con la pareja delante de él, echarle siempre la culpa a los demás de sus problemas, dejarle que lea todo lo que quiera, no transmitirle valores de solidaridad o compromiso...Si seguimos esos pasos, es muy probable que tenga que venir por aquí”.

Robustecer la familia y recuperar la responsabilidad educativa

La reflexión sobre la situación actual de la relación entre familia y educación muestra, de manera muy clara, la necesidad del esfuerzo por robustecer la familia y por recuperar su responsabilidad educativa.

No se trata simplemente de destacar el derecho primario y el deber fundamental de la familia en la educación de los hijos. Derecho y deber se fundamentan en la misma identidad de la familia. Es el primer ambiente donde el ser humano experimenta ser aceptado por sí mismo y aprende también a aceptarse y aceptar a los otros. No solo le permite sobrevivir físicamente; le ofrece también seguridad, protección, ternura y afecto. Todo ello le permite alcanzar la propia identidad, integrarse en la sociedad, entrar en la historia y prepararse para continuarla.

Pero la gravedad de la crisis actual y de la situación de emergencia educativa exigen algo más que la repetición formal de los grandes principios. Las raíces tanto de la

crisis de la familia como de la emergencia educativa ponen de manifiesto que nos encontramos ante un verdadero problema social, en el que, por una parte, están implicados tanto el ámbito de la cultura, como las fuerzas sociales y el poder político; y, por otra, están en entredicho las ideas, los estilos de vida, las leyes, las orientaciones globales de la sociedad en que vivimos, la imagen que da de sí misma a través de los medios de comunicación.

De manera concreta, el robustecimiento de la familia requiere actualmente mayor protección social, económica, política y jurídica. En el momento actual suele suceder que la familia queda sometida al vaivén de los programas de los partidos políticos y manipulada por las interpretaciones ideológicas “conservadoras” o “progresistas”. Fácilmente se instrumentaliza y “politiza”. Por ser un bien humano y una institución social fundamental, es importante situar las políticas de la familia más allá de las luchas partidistas. Una visión partidista frecuentemente mutila, adultera y falsifica la realidad. Si se quiere desarrollar una verdadera política de protección familiar se necesita el impulso decidido y leal de los partidos políticos. Solo con un respaldo compartido será posible establecer una política familiar moderna y adoptar las medidas culturales, económicas y jurídicas adecuadas. A los políticos se les pide políticas de largo alcance, capaces de mirar a la historia con magnanimidad, mirando no solo a la generación actual, sino también a las generaciones futuras. Y se les pide especialmente prudencia, discernimiento y capacidad de mirar al futuro para no quedar apresados del clientelismo del momento presente.

El Estado tiene la obligación de prestar a las familias, el apoyo, ayuda y protección posibles para que puedan ejercer adecuadamente la misión educativa. Pero necesariamente la propia familia ha de asumir la responsabilidad que proviene de su original vocación educativa (cf. *FC* 40). Asumir la propia responsabilidad en la educación de los hijos procede de una voluntad decidida y de una firme sensibilidad educativa.

La voluntad educativa crea sensibilidad y hace que los padres se preocupen por prepararse y capacitarse para ser educadores de sus hijos. No es posible dejarse llevar simplemente por la vida, el instinto o el sentido común. No basta con amar mucho para acertar, sin más, con los caminos educativos correctos. El proceso de crecimiento y maduración humana es complejo y conflictivo, como lo es también el camino de la integración social. Por ello, los padres precisan también ser ayudados y orientados para poder desempeñar con garantía su papel de padres. Al desempeñarlo, ellos mismos crecen y maduran, como madura también el amor que los ha unido.

La responsabilidad educativa corresponde a los padres por igual. No es tarea exclusiva o prioritaria de uno de ellos. Pero, aunque la responsabilidad es común e idéntica para la mujer y el hombre, existen tareas y compromisos diferentes para el padre y la madre. La educación es obra común de la pareja, pero la educación familiar significa favorecer la complementariedad de las tareas paternas y maternas.

Esta responsabilidad educativa común plantea hoy diversos problemas; entre ellos, la compatibilidad del trabajo de la mujer fuera de casa con la atención y cuidado educativos. El trabajo constituye una dimensión fundamental de la existencia humana. Sirve a la realización de la persona y de la humanidad. Aquí radica su dignidad. Tanto el hombre como la mujer están sometidos a la ley del trabajo; ambos pueden colaborar mediante el trabajo al desarrollo de la humanidad; y a ambos puede ayudarles en el proceso de su propia realización como personas. Pero la necesidad o conveniencia del trabajo debe compaginarse con la posibilidad de asumir la responsabilidad de ser padres y de educar a los hijos. El abandono de tales funciones por una ganancia retribuida fuera de casa no parece correcto desde el punto de vista de la sociedad y de la familia.

La gran verdad de la educación familiar es que lo que educa en la familia es, en primer lugar, la vida cotidiana. La misma vida familiar constituye la trama educativa; las relaciones padres-hijos, las comidas, las actitudes espontáneas, el trabajo, las celebraciones festivas, todo lo que sucede y se dice, constituye la materia prima que forja la personalidad del niño. Por ello, la convivencia de la pareja en armonía y entendimiento es un factor importante del desarrollo y equilibrio de los hijos; y, al contrario, el alejamiento, la separación y conflicto en la pareja es causa también del desequilibrio y desadaptación de la personalidad infantil. También en la familia se cumple el criterio que los padres educan no tanto por lo que quieren enseñar y afirmar, cuanto por lo que son y por lo que hacen.

Robustecer la familia y recuperar la responsabilidad educativa implica, pues, una verdadera voluntad personal, social y política, un compromiso transversal, un pacto familiar-educativo de gran alcance en el que puedan estar presentes todas las instituciones civiles, las fuerzas sociales, los diferentes partidos políticos, que ponga en el centro el valor y la verdad de la familia, su dignidad humana y su importancia social.

🕉 Lectio Divina

«Le dará cuanto necesite...»
Rogar hasta alcanzar lo deseado

Juan José Bartolomé⁵⁴

Lectio sobre Lc 11,5-8

Tras haber enseñado a sus discípulos *qué* hay que pedir, cuando se reza, Jesús exhorta ahora a orar siempre, sin desfallecer (Lc 18,1), *con la confianza de ser escuchados*. Decisivo aquí no es *lo que* se pide, las propias necesidades, sino *cómo* se ha de hacerlo: no de cualquier modo, sino con plena confianza en obtenerlo.⁵⁵

Recurre para ello a una parábola (Lc 11,5-8) y a una colección de sentencias (Lc 11,9-13), las cuales, en el contexto inmediato, funcionan como comentario personal de Jesús. La parábola describe la actitud que se espera de quien ora, mientras que los dichos tienen un claro objetivo exhortativo. Jesús avala con su palabra cuanto promete en el apólogo (Lc 11,5.8.9).

Lectura

La parábola, iniciada por una pregunta retórica (Lc 11,5) y concluida con la aplicación (Lc 11,8), es material propio del tercer evangelista. Busca estimular a una oración porfiada, reiterada e inoportuna, una oración que consigue lo que pide..., siempre que no deje de pedirlo hasta conseguirlo. Que el redactor la haya colocado inmediatamente después de la oración dominical (Lc 11,2-4), hace de ésta una petición que desea continua y repetida, en neto contraste con la indicación de Mateo, quien desaconseja insistir ante Dios, porque conoce de sobra las necesidades de los suyos (Mt 6,8).

⁵⁴ Texto inédito para Forum.com.

⁵⁵ Lucas podría haber colocado la parábola inmediatamente tras el *Padrenuestro* debido al motivo, común a ambas, de un pan necesario (Lc 11,3.5); cf. I. H. MARSHALL, *The Gospel of Luke. A Commentary on the Greek Text*, Paternoster, Exeter, 1978, 463.

La estructura formal es clara: una interrogación inicial implica al oyente (Lc 11,5b) pidiéndole tome postura ante el comportamiento de un amigo inoportuno cuya actuación se describe brevemente (Lc 11,6-7). El narrador, aunque no dé la palabra al oyente interpelado, da por supuesta su respuesta negativa y deja que sea Jesús quien, con autoridad, saque la conclusión. Como en la parábola de juez injusto (Lc 18,1-8⁵⁶), el peso de la argumentación pasa de lo obvio (la amistad entre los personajes) a lo improbable (la impertinencia de la petición a horas intempestivas); la conclusión, aunque no se formule, es obvia:⁵⁷ ¡una inoportuna petición, si no cesa, logra más que una probada amistad!

«⁵ *Y les dijo:*

“¿Quién de vosotros tiene un amigo y viene a medianoche y le dice: ‘Amigo, préstame tres panes, ⁶ pues uno de mis amigos ha venido de viaje y no tengo qué ofrecerle’; ⁷ y, desde dentro, aquel le responde: ‘No me molestes; la puerta ya está cerrada; mis niños y yo estamos acostados; no puedo levantarme para dártelos?’.

⁸ Os digo que, si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, al menos por su importunidad se levantará y le dará cuanto necesite.”.»

La situación recreada en la parábola refleja, breve pero certeramente, el mundo rural en la Galilea de tiempos de Jesús.⁵⁸ Se viajaba con frecuencia de noche, para evitar la calura durante el camino. Antes de salir el sol, el ama de casa solía cocer el pan del día para su familia; tres pequeños panes serían la cantidad a consumir por una persona diariamente; lo normal era que solo en el propio hogar hubiera pan a disposición. La vivienda, una habitación con varios rincones, no posibilitaba a la familia privacidad; se accedía a ella por una sola puerta, que venía atrancada por dentro con una viga por las noches.⁵⁹ Que el relato sea plausible no obliga a pensar en un hecho real; pero si no acaeció, no puede descartarse por imposible.

El caso, aunque inventado, es verosímil. El realismo del escenario en el que se dan los hechos contrasta con el comportamiento extemporáneo del amigo que duerme en casa. Sería impensable, por deshonroso, negar hospitalidad, mucho más a un

⁵⁶ Ambas parábolas presentan motivos comunes: “una persona en apuros acude a otra, capaz de echarle una mano; esta petición ocasiona molestias; la persona solicitada [...] se decide finalmente a hacer un favor a la otra persona, por unos motivos que no tienen nada de honrosos; la atención se dirige a la manera de pedir el favor” (F. BOVON, *El evangelio según san Lucas*. II (Lc 9,51-14,35), Sígueme, Salamanca, 2002, 186).

⁵⁷ A diferencia de los rabinos posteriores a él, que crearon parábolas para ilustrar o interpretar la ley, “las parábolas de Jesús descansan en sí mismas. Su autoridad se muestra gracias a la evidencia interna que poseen” (G. THEISSEN, *El movimiento de Jesús*. Historia social de una revolución de los valores, Sígueme, Salamanca, 2005, 49).

⁵⁸ “A parable drawn from Palestinian folk-traditions” (FITZMYER, *Luke* (X-XXIV), 910).

⁵⁹ Sobre la arquitectura doméstica en Galilea, cf. S. GUIJARRO, “La familia en la Galilea del siglo primero”, *EstBib* 53 (1995) 471.473-477.

familiar o amigo.⁶⁰ De hecho, la parábola se inicia con una pregunta que invita a los oyentes a identificarse con el amigo inoportuno. En Oriente, y máxime en una aldea, la hospitalidad era un deber y un honor: un amigo podía siempre recurrir a otro en cualquier momento, incluso en el más intempestivo, si se le presenta una urgente necesidad, como es la de atender a otro amigo, que, de viaje, se presenta inesperadamente.⁶¹

Y no hay que pasarlo por alto: es un asunto entre amigos, sean vecinos o visitantes. Quien pide no lo hace para sí, sino para un amigo necesitado; el que importuna pidiendo al que tiene pan ha sido a su vez molestado por quien lo necesitaba (Lc 11,5.6). Media entre ellos una relación de intimidad y cariño, pero los une la necesidad apremiante de uno y la dependencia afectiva del otro. La amistad tiene sus códigos de conducta, ventajas e inconvenientes: la hospitalidad que ofrecer al amigo recién llegado obliga a importunar, en mitad de la noche, al amigo que duerme en casa, con su familia, acostados todos sobre una estera. Le pide prestado una cantidad suficiente de pan, tres pequeñas hogazas, la usual ración diaria de un adulto.

El amigo que recibe visita no lo esperaba ni tenía provisiones. Tuvo que acudir a otro porque ni contaba con una visita en “tan mala conyuntura”, a medianoche, tiempo impropio para amigos, apto solo para ladrones (Lc 12,39; Jer 49,7; Mt 24,43; cf. 1 Tes 5,2), ni tenía «*nada que ofrecerle [para que comiera]*» (cf. Lc 10,8). Aunque pedir para otro “sirve más que si pidiera para sí mismo”,⁶² el amigo al que se despierta con la petición, se molesta: tendría que levantarse; al abrir la puerta, despertaría a los suyos, y todo para dar un pan que no tiene. La petición es inesperada y, sobre todo, inoportuna. Además, convierte a quien se le molesta con la petición en molestador de su amigo que descansa. La hora intempestiva – hora del descanso – pone a prueba la amistad de los dos a quienes se pide pan.

Pero el cronista pasa por alto el malestar del huésped y enfatiza: ¿es que no sucede siempre así?: ¿«*Quién de [entre] vosotros*» (Lc 11,11; 12,25; 14,28; 15,4; 17,7) no haría lo mismo, si lo mismo le acaeciera?⁶³ El oyente ve lógico que, al final, el amigo haga lo que le piden, no tanto por amistad sino para evitar más molestias y poder descansar cuanto antes: no solo se levantará, le abrirá la puerta y le dará pan, en contra de su primera intención (Lc 11,7). «*Le dará* – mejor le prestará (cf. Lc 11,5) – *cuanto necesite*» su amigo, con tal de que no le importune más. No es la amistad que les une, sino el descaro de uno de ellos lo que vence la resistencia y la molestia del otro. Queda sobrentendido que quien ha de pedir no querrá desistir hasta alcanzar lo

⁶⁰ Cf. F. STERN, *A Rabbi Looks at Jesus' Parables*, Lanham, 2006, 201-202.

⁶¹ Cf. K. E. BAILEY, *Poet and Peasant*, Eerdmans, Grand Rapids, 1976, 119-133.

⁶² JUAN DE MALDONADO, *Comentarios a los Cuatro Evangelios. II: Evangelios de San Marcos y San Lucas*, BAC, Madrid, 1951, 565.

⁶³ Según J. JEREMÍAS, *Las parábolas de Jesús*, Verbo Divino, Estella, 1970, 194, la mejor traducción sería: “¿os podéis imaginar que alguno de vosotros...”; la contestación, lógica pero implícita, sería “¡imposible! En ningún caso va a dejar a su amigo en la estacada”.

que necesita para ayudar al amigo inesperado.⁶⁴

Tomada en sí misma, la parábola invita al oyente a preguntarse sobre lo que haría en lugar del padre de familia despertado a media noche por el importuno amigo. Desde el inicio Jesús ha cuestionado a su audiencia identificándola con el importunado. Pero concluye (Lc 11,8) identificando al oyente con amigo que llama a la puerta. Lucas se interesa por aquel que ora y por la manera como debe orar y le asegura que Dios siempre acabará por dar a quien a Él recurra, aunque sea con descaro y nocturnidad. Implícitamente Dios es aludido, también, como amigo, importunado, que no dejará de atender lo que su amigo inoportuno le pida: “si el amigo, molestado por la noche en su sueño, no duda un momento en atender la petición del vecino que se encuentra apurado, aunque toda la familia se va a despertar al correr el cerrojo, ¡con cuánta más razón Dios!”⁶⁵

Aunque ninguna aplicación cierra el símil, su mensaje es claro: a quien no deja de pedir, aun a riesgo de importunar, le será concedido cuanto necesita.⁶⁶ Cuando no basta la amistad para conseguir cuanto se precisa, hay que recurrir a la constancia sin obviar la molestia. La impertinencia rinde al amigo, que no se ha avenido a la amistad. Dios da al que pide sin descanso, al que ruega tanto como para importunarlo. Si por amistad no se consigue lo que se necesita, habrá que seguir incomodando hasta que, por librarse de nosotros (cf. Lc 18,1-8), Dios nos conceda lo que pedimos.⁶⁷ Dios terminará por dar a pesar de las reservas que pueda tener, para evitar seguir siendo importunado: “el importuno vence al Maligno, ¡cuánto más al Dios todo bondad!”⁶⁸ Basándose en ello, precisamente, es – y la audacia de Jesús no es pequeña – lo que da confianza a quien ore: ha de perseverar orando, aunque sea consciente de la inoportunidad de su plegaria o la molestia que provoca a Dios la repetición de su necesidad.

Meditación

Que Lucas colocara la parábola del amigo inoportuno inmediatamente después de presentar la oración dominical hace pensar que quiso recomendar un orar

⁶⁴ G. BORNKAMM, *Jesús de Nazaret*, Salamanca, 1996, 140, piensa que el que pide inoportuna e incesantemente sería imagen de Dios que no se desalienta por quienes quieren vivir tranquilos, desatendiendo necesidades ajenas.

⁶⁵ JEREMÍAS, *Parábolas*, 195. “God does not have to be waked or cajoled into giving us what we need – many gifts he bestows on the ungodly and ungrateful; but his choicest blessings are reserved for those who will value them and who show their appreciation by asking until they receive” (G. B. CAIRD, *The Gospel of St. Luke*, Penguin, Baltimore, 1963,152).

⁶⁶ Y de hecho, J. GNILKA, *Jesús de Nazaret*. Mensaje e historia, Barcelona, 1995, 291, piensa que de la promesa de que la oración sería escuchada nació la parábola.

⁶⁷ “No negará Dios nada a los que oran con la debida confianza y perseverancia... Estas son las únicas armas capaces de vencer al Dios invencible, el cual se digna ser vencido por nosotros cuando le rogamos” (MALDONADO, *Comentarios*, 564).

⁶⁸ Bill I, 456.

mantenido, permanente, que solo encontrase su final cuando obtuviera lo pedido. Y es que no dio por finalizada la instrucción de Jesús al discípulo que quería rezar como rezaba su maestro con la enseñanza de unas palabras que rezar; pues señaló a continuación la actitud con la que debería repetir las, pertinazmente, sin interrupciones ni desaliento. Se debería dejar de rezar cuando, por haber recibido lo pedido, no hubiera ya motivo alguno para proseguir.

Mientras en Mateo Jesús animaba al orante a abandonar su afán en el Padre que lo ve y conoce sus necesidades, sin recurrir a «*muchas palabras*» (Mt 6,7), en Lucas insistió en un orar que no deja de confiarse a Dios hasta que se le conceda lo que pide. No quería Lucas que pensáramos que llegaríamos a convencer a Dios a ser bueno con nosotros a base de repetir nuestra indigencia, como si Él necesitara conocer nuestra pobreza para ser nuestro Bienhechor. Deseaba, más bien, que nuestra oración fuera ejercicio de una confianza que más se acrecienta cuanto más se tenga que esperar su respuesta. Cuanto más retarde el Padre otorgarnos lo pedido, más se intensificará nuestro deseo y se redoblará nuestra petición. Quiere el Señor que tomemos en serio nuestra pobreza, que nos hagamos conscientes de nuestra insuficiencia, que comprobemos nuestra incapacidad para proveernos de cuanto que más necesitamos. Y así pone a prueba nuestra perseverancia...,⁶⁹ y nuestro amor.

No conviene pasar por alto que en la parábola con que Jesús justifica el orar incesante los tres personajes que actúan están vinculados por una mutua amistad: el que viene en la noche a pedir, el que se despierta y se levanta para socorrerlo, el que, molesto, tiene y dará el pan deseado. La amistad recíproca es lo que los define. Pedir sin desfallecer es, pues, un asunto entre amigos. Para conseguir lo que se desea, hay que pedir sin cesar, importunando, incluso, con descaro... , ¡al amigo! Lo que difícilmente se podría haber conseguido por simple amistad, se logrará por perseverar incomodando. Claro que quienes buscan alimento en la noche no temen pasar por inoportunos, porque se saben amigos; no fueron a despertar al vecino indiferente u hostil, se atrevieron sólo con el amigo.

Orar llega a su fin cuando consigue de Dios lo pedido, pero siempre que sea considerado amigo fiel, ese compañero que va a soportar que lo importunemos. Mientras tanto, hay que seguir pidiendo, si se quiere recibir. La impertinencia de pedir a deshora se justifica, si está guiada por el afecto y la confianza que me merece un Dios amigo. ¡Quién sabe si, por no sabernos amados por Dios, no nos atrevemos a pedirle constantemente lo que necesitamos! Nuestra oración se hace cada vez más breve e inconstante, no porque estemos sobrados de todo, sino porque nos falta sabernos amados. Hace falta sentirse querido por Dios para, libres de aprensión o mesura, atreverse a importunarlo.

⁶⁹ La parábola, bien mirado, no presenta a un Dios que da, sin más, por amor, sino a un amigo que concede por fastidio; por eso concluye que no hay que dejar nunca de pedir hasta ser escuchado. “Si hubiera logrado luego lo que pedía a su amigo, no se verían tan manifiesta la fuerza que encierra la perseverancia, que era el objeto principal y el argumento de la parábola” (MALDONADO, *Comentarios*, 566.)

Así visto – así lo presenta Jesús – orar es ejercicio de amistad, que se inicia cuando algo nos falta y que finaliza cuando se nos concede; y mientras tanto, se ejercita la amistad rogando al Amigo. Quien ora conversando con el Amigo utiliza su necesidad, el apremio por el que está pasando, para cimentar más profundamente la amistad de la que ya disfruta. Ruega reiteradamente no tanto porque dude de ser oído, cuanto porque le place entretenerse con su Amado.

En la parábola, quien pide en medio de la noche, no lo hace para conseguir algo para él, algo que precise con urgencia. Si se levanta del sueño, arriesgándose a despertar a toda su familia, es para que le deje en paz el amigo recién llegado; sólo satisfaciendo su necesidad, se libraré de él. Por esa misma razón, el amigo al que acude en la medio de la noche le dará el deseado pan..., para que él y su familia puedan seguir descansando. El amigo se libraré del que a él recurre solo cuando haya satisfecho su petición. La amistad existente entre ellos es la razón de que, en el momento menos oportuno, se pida ayuda; pero el motivo por el que se les concede lo que pidan es, más bien, es deseo de no ser seguir siendo importunado.

Dos son las consecuencias para la vida de oración, que se derivan de la situación recreada por Jesús en la parábola: primera, la petición que hay que practicar sin desfallecer, hasta obtener lo que se pide es una petición a favor del amigo necesitado de mi ayuda; segunda, habrá que seguir pidiendo al amigo que puede ayudarme a socorrer al otro que acudió a mí. El ruego del primero, por molesto e intempestivo que me resulte, alimenta mi petición y, para no fallarle, no dejaré que me falle el amigo al que he recurrido. Lo asediaré con mis repetidas reclamaciones, porque solo obteniendo lo que pido, dejaré de importunarlo y me liberaré del amigo impertinente. Dios soporta ser incomodado, si lo que le pedimos no es para nosotros. No le molesta nuestra reiterada indiscreción, siempre y cuando esté motivada por el deseo de auxiliar a quien nos ha pedido ayuda. Que quien amo sufra un imprevisto, viva en la precariedad, es suficiente para que Dios tolere mi impertinencia.

Y es que ese orar sin interrupción al que Jesús nos exhorta se apoya en una necesidad que no tiene el orante, sino uno de sus amigos. La oración sin desfallecimiento ha de ser una plegaria totalmente altruista, que no se alimenta de la propia pobreza ni se centra en colmar la necesidad propia. Es la oración de quien quiere echar una mano al amigo y no puede, de quien, “cuando se ve en la necesidad de dar, entonces descubre sus carencias”.⁷⁰ Cuando se vio en la necesidad de dar, entonces descubrió que su carencia.

Puesto que nuestras necesidades las conoce ya el Padre, «antes incluso de que lo pidáis» (Mt 6,8), quiere que abogemos por las de los seres queridos, hasta tanto no nos podamos poner a socorrerlos nosotros. Jesús nos exhorta a ser atrevidos con Dios, a incomodarlo incluso, si nos guía el bienestar de nuestro prójimo. No le importa al Padre que se le importune, si lo hacemos para satisfacer el hambre, la urgente necesidad, del amigo, tan necesitado como imprudente.

⁷⁰ Agustín, *Sermón* 105,2: PL 38,

¿Por qué, entonces, no consigo perseverar orando? ¿Es que no hay gente que amo a mi y que está pasando necesidad? Mientras algún amigo me necesite, necesitaré apremiar a Dios. Conocer la precariedad en que viven los míos, sea fortuita o permanente, siempre comporta cierta incomodidad; para sentirse mejor nos ayuda ignorar el malestar de los nuestros. Y ese desinterés nos exime de reconocer nuestra incapacidad para encargarnos de responder de quien sufre y nos libera de tener que abogar por ellos ante el Padre común.

Oración

No te contentaste, Señor Jesús, con enseñarnos qué decir, cuando recemos como tú rezabas, puesto que, además de dictarnos las palabras y sugerirnos los sentimientos, nos invitaste a no parar de pedir hasta que el Padre satisficiera nuestros deseos. Me sorprende que insistas en que mi oración ha de acabar solo cuando termine la resistencia de Dios a conceder lo que le pido. ¿No será que así me induces a poner en Dios mi confianza y no retirarla hasta que no tenga más motivos para seguir pidiéndole lo que ya me ha otorgado? Quisieras que dejará de rogar al Padre solo cuando no tengo nada más que pedirle, porque he obtenido ya todo lo deseado. Mientras no me atienda, ¿tengo que continuar clamando?. Cuando me escuche, ¿dejaré de rogarle?. ¿Es eso lo que debo aprender?

Si bien lo pienso, me parece un tanto impropio rezar como me propones. No liberarme de conversar con el Padre hasta que Él se libere de mí al acoger mis demandas, y dejar de hablarle, precisamente, cuando ha satisfecho mi ruego se me antoja una actitud demasiado interesada. ¿Es que ha de terminar mi confianza en Él justamente cuando he conseguido lo que deseaba? ¿Será que mi ruego debe durar hasta que alcance lo que pido? Imagino, más bien, que quieres que convierta mi penuria en alimento de mi confianza, que lo que me falta en la vida sea la causa, y el tema, de mi vida de oración. Pienso que me exhortas a que transforme mis necesidades en una única necesidad, la de tenerlo a Él como Padre. Seguro que me ha hecho tan insuficiente y débil, porque quiere ser Él quien calme mi inquietud y colme mis deseos. No es que lo entienda muy bien. Pero lo acepto agradecido.

Señalándome que puedo acudir al Padre siempre, también a horas intempestivas y con impertinente reiteración, me estás animando a que confíe en Quien sé que me ama y que, reposando en Él mi corazón, no me inquieten mis carencias. Viendo a mi Dios como amigo, no temeré disturbarlo con mis cuitas y aprensiones. Insinúas, creo, que puedo perderle el respeto debido, si no me falta auténtico amor filial. Te agradezco, Señor, esta sorprendente lección: el Padre no me libra inmediatamente de mis carencias para que no se libre Él de mis súplicas; porque me quiere en permanente oración no me

concede inmediatamente lo que le pido. No había caído en la cuenta. Pero es saludable saber que mi pobreza personal puede, debe, alimentar mi amor confiado en Dios. Dame a conocer lo que me falta para que nunca me faltes Tú. No me haga sufrir carencia alguna que descubra en mí, si es el precio a pagar para tener a Dios como Padre providente.

Pero no me bastará, Dios Padre, con tenerte por amigo para acudir a Ti en mi aprieto. El orar sin interrupción que esperas de mí ha de estar causado no por una carencia mía, sino por la repentina indigencia de un amigo. Me resulta curioso que tenga que pedirte, con insistencia y sin mucha deferencia, por urgencias que yo no siento, por penalidades que sufren los que amo. Que no tenga yo con qué satisfacer su necesidad me obliga a importunarte a Ti. Mi pobreza de recursos me ha de llevar a recurrir a Ti a destiempo y sin miramientos. La pobreza de mi hermano necesitado me convierte a mí en necesitado de Ti. Mi oración de impetración nace, pues, de un deseo de socorrer al amigo y de la confianza que me mereces Tú, que sé me amas. Siendo un ejercicio de amistad, que presto a quien me pide y que pido a Quien puede concedérmelo, orar sin desfallecer se me hace más llevadero, menos incómodo.

Aquí reside, Señor, el secreto para orar sin desfallecer: soportaré tu demora en responderme, te importunaré pidiéndotelo a destiempo, porque no lo pido para mí, sino para quienes amo y precisan de mi ayuda. Tú serás mi bienhechor, pues, proporcionándome lo que te pido para otros, me harás bienhechor de los amigos que me necesitan. Menos mal que te tengo a Ti: acudiré siempre a Ti, cuando alguien venga a mí; pediré tu ayuda, siempre que tenga yo que socorrer a alguno. Así no me faltarán motivos para conversar contigo, porque nunca faltará a mi alrededor quien precise de mi ayuda. Dame amigos a los que socorrer para que pueda implorarte, sin descanso, tu ayuda.

🎯 El anaquel

La historia que inspira la película "Silencio"

La película *Silencio* se presentó a finales de noviembre en Roma ante 400 jesuitas, en una proyección especial. Uno de los invitados fue el jesuita estadounidense James Martin, que asesoró a los actores antes del rodaje. Después de ver la película, Martin la calificó de "obra maestra, que muestra a la perfección las complejidades de la fe y el viaje espiritual de los hombres". Según el jesuita "conectará con la gente, creyentes y no creyentes".

Se ha estrenado en Estados Unidos el 23 de diciembre. En España se lanzó el 6 de enero.

Argumento

La película está basada en la novela homónima escrita por Shūsaku Endō y ambientada en la segunda mitad del siglo XVII. Narra las aventuras de dos jesuitas que son enviados a Japón al llegar a Roma noticias de que el P. Cristóvão Ferreira (Liam Neeson, en el film), misionero portugués, tras ser torturado, ha renegado de su fe. Los dos jóvenes jesuitas - P. Sebastiao Rodrigues (Andrew Gardfield) y Francisco Garupe (Adam Driver)- sufrirán en sus propias carnes la persecución y los suplicios a los que se vieron sometidos numerosos cristianos de Japón en aquella época.

El film se sitúa en un contexto histórico real: "sakoku" o "nación cerrada". Una época de la historia del país que se caracterizó por el cierre del país a cualquier influencia. Este periodo duró desde mediados del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX. Tres siglos en los que las relaciones comerciales con el exterior fueron mínimas y en los que la persecución contra los cristianos fue absoluta.

Curiosidades del rodaje

📌 La idea de producir la adaptación de la novela de Shūsaku Endō llegó cuando en el año 1989 Scorsese, en un tren de camino a Kyoto leyó la novela. Le impactó tanto en su visión del mundo y la fe que decidió que algún día haría una película sobre el

tema. Hemos tenido que esperar hasta el 30 de enero de 2015, cuando comenzó el rodaje.

🎬 Para el reparto, en un principio se contaba con Benicio del Toro, Daniel Day-Lewis y Gael García Bernal, aunque finalmente, y debido a diferentes circunstancias, se optó por los actuales.

🎬 El rodaje, que duró cinco meses, se realizó en Taiwán. Durante la preparación de unos escenarios de interior, a mediados de enero de 2015, previo al inicio de la grabación, dos empleados sufrieron un fatídico accidente laboral al caérseles un tejado de madera, falleciendo uno de ellos. Esto hizo que tuviera que retrasarse unos días más el comienzo.

🎬 Para la preparación de los personajes, Scorsese pidió colaboración a algunos jesuitas que ayudaron a los actores a entender el modo de vivir de un miembro de la Compañía de Jesús. Andrew Garfield (P. Rodrigues en la película) participó en una experiencia de Ejercicios Espirituales Ignacianos, para ayudarle a interiorizar la espiritualidad de los jesuitas.

🎬 La historia comienza ya en Asia, cuando ambos jesuitas llevan meses viajando en barco. Para hacer creíbles a los personajes, Scorsese ordenó que se les impusiera una dieta muy estricta que les hizo perder hasta 20 kilos. La escasa alimentación de los actores les dejaba con las fuerzas justas para realizar el rodaje: más o menos como se sentiría un misionero real tras pasar meses en el mar, enfermo y demacrado.

Los jesuitas en los que se inspiran los personajes: el caso del P. Ferreira

En Saisho, templo budista de Nagasaki, se conserva la copia de un certificado de apostasía, fechado en 1645, del misionero Giuseppe Chiara, en el que figura la firma de Cristóvão Ferreira (bajo su nombre japonés, Sawano Chuan), entre los testigos. Este es el caso en que se inspiró el novelista Endo para construir su obra Silencio. Sebastiao Rodrigues, el protagonista portugués, personifica a Chiara.

Cristóvão Ferreira es una de las figuras más controvertidas en la historia de la misión jesuita de Japón. Su apostasía en 1633 causó gran impacto en la Europa católica. Ferreira había nacido en la villa portuguesa de Torres Vedras en 1580. Entró en la Compañía de Jesús en Coimbra, el 25 de diciembre de 1596. Hizo su noviciado en Campolido y sus primeros votos en Coimbra el 27 de diciembre de 1598. El 4 de abril de 1600, embarca en Lisboa junto con otros 19 jesuitas destinados a China y Japón. A partir de ese momento, toda su vida y su misión la desarrollaría en Japón, un país que perseguía a los cristianos.

Ferreira continuaría sus estudios (Teología y Filosofía y estudios humanísticos) en Macao (China). En 1608 fue ordenado sacerdote y celebró su primera misa el día de Navidad de ese año.

El 16 de mayo de 1609 deja Macao y embarca hacia Japón. Llega a Nagasaki el 29 de junio. Es destinado al seminario de Arima para continuar sus estudios de lengua japonesa. En el verano de 1612 se interrumpen dichos estudios cuando el daimio local, Arima Harunobo, se convierte en perseguidor de cristianos. El seminario y los misioneros tienen que trasladarse a Nagasaki. Ese mismo año Cristóvão Ferreira es destinado a Tokyo.

El 27 de diciembre de 1614 se promulga un edicto para censar a miembros de distintas religiones. Y el 12 de febrero de 1615 se promulga una orden para que todos los sacerdotes, hermanos y catequistas acudan a Kyoto. Se decidió que algunos sacerdotes no se presentaran y permanecieran ocultos en el país. El provincial jesuita decidió que Ferreira fuera uno de los que permaneciera en Kyoto, junto a Bento Fernández, y a varios hermanos jesuitas y catequistas. Los demás misioneros iniciaron su exilio el 8 ó 9 de noviembre de 1615.

Ferreira fue nombrado superior del distrito Kami, encargado de los cristianos de Miyako y Fushimi. Las persecuciones continuaban. Pronunció sus últimos votos en Nagasaki el 1 de octubre de 1617. Y comienza a actuar como secretario del provincial Mattheus de Couros SJ. Durante este tiempo, y debido a la enfermedad del provincial, el P. Ferreira tuvo que viajar mucho por la provincia y mantener constante contacto con los demás misioneros jesuitas que permanecían en Japón.

En el verano de 1621 el P. General de Roma nombra provincial a Francisco Pacheco SJ y Ferreira es relevado de su puesto de secretario-socio siendo destinado al centro de Japón en 1621, a Osaka donde residió durante 4 años. En 1625, el provincial Pacheco es apresado y quemado el 20 de junio en Nagasaki. Couros de nuevo asume el cargo de provincial y vuelve a llamar a Ferreira, quien reportaría a Roma numerosos y detallados casos de martirios de cristianos durante los siguientes años.

El 12 de julio de 1632 el provincial Couros muere oculto en la villa de Hasami. El jesuita mayor de la provincia, Sebastiao Vieira, asume su administración esperando el nombramiento de un nuevo provincial desde Roma. Pero es arrestado en el verano siguiente y Ferreira se convierte de facto, aunque no oficialmente, en vice-provincial, y asimismo en vicario general de la diócesis de Japón (ya que el provincial de los jesuitas había asumido hacía un tiempo ese cargo). Finalmente Roma le nombra vice-provincial el 23 de diciembre de 1632, aunque nunca llegaría a recibir el nombramiento.

En ese momento los martirios y persecuciones están en su punto álgido. Se había creado un nuevo martirio, llamado “la fosa”. La lista de religiosos y cristianos muertos bajo este tormento es larga.

El 18 de octubre de 1633 Ferreira es arrestado junto a un grupo de sacerdotes y religiosos, entre ellos otros jesuitas y dominicos. Después de cinco horas sufriendo la fosa, cede y apostata. Tenía en ese momento 53 años de edad y 37 como jesuita.

Las autoridades japonesas le trasladaron a Nagasaki y le obligaron a vivir en una casa con la viuda japonesa de un mercante chino. Adoptó el nombre de Sawano Xhuan. Vivía al modo japonés y recibía del gobernador un estipendio anual para vivir.

Como las pocas noticias que llegaban de Japón eran heroicos relatos de martirio de cristianos (muchos de ellos escritos por el propio Ferreira), su apostasía causó un gran impacto en el mundo católico europeo.

Las autoridades japonesas le emplearon de traductor de documentos españoles y portugueses. Y varios documentos le sitúan como testigo en otras apostasías de cristianos. Su nombre llegó a aparecer en la historia de la medicina japonesa.

El 27 de junio de 1643 arribó un grupo de jesuitas, donde estaba Giussepe Chiara (el P. Sebastiao Rodrigues en la novela y película), a la isla de Oshiva con la intención de entablar comunicación con Ferreira. E inmediatamente fueron arrestados.

Aunque no existe documento ni fecha oficial, se ha admitido la versión que narra que al final de sus días, con unos 70 años, Cristóvão Ferreira, en 1650, tras haber abjurado su apostasía es martirizado en la fosa donde muere. Según otras fuentes, Giussepe Chiara también abjuró su apostasía y acabó sus días en una inhumana celda de castigo.

Los cristianos ocultos de Japón

Durante 250 años del periodo Edo, 50.000 “católicos ocultos” de Nagasaki y Goyo en el norte de Kyshu, mantuvieron la fe ocultamente y la sostuvieron de generación a generación. Los padres bautizaban a sus hijos y los educaban en la fe, enseñándoles la doctrina cristiana y las oraciones en latín (que con los años de tradición oral se transformó en un latín corrupto), sin sacerdotes que les administraran los sacramentos, y con una transmisión oral de la Biblia.

Cuando Japón abrió de nuevo sus puertos al mundo llegaron en 1863 los primeros misioneros, que eran sacerdotes de las Misiones Extranjeras de París. Dos años después habían construido en Nagasaki la Catedral de Ouro, donde empezaron a celebrar el culto católico.

Un día entraron en aquella iglesia un grupo de japoneses de aspecto campesino. Un sacerdote les saludó y les preguntó de dónde venían. Ellos le dijeron que querían saber si él había sido envidado por el Papa de Roma. El misionero les aseguró que sí. También le preguntaron si podía presentarles a su esposa a lo que el misionero les respondió que era sacerdote católico y que ellos no se casaban. Siguieron hablando y finalmente preguntaron al misionero si veneraba a la Virgen María. Los llevó al altar en el que se encontraba una imagen de la Virgen con el niño, y delante de ellos los japoneses le dijeron: “Nosotros tenemos la misma fe que usted y venimos de los montes en donde hemos permanecido durante generaciones guardando la fe recibida

de nuestros antepasados. Ellos nos dejaron estas tres señales (el Papa, la Virgen y el celibato) para descubrir si los misioneros que vinieran eran católicos o no”. Desde entonces, esa imagen de Nuestra Señora, que se conserva en la Catedral de Oura, se llama La Virgen del Descubrimiento.

Aquellos japoneses volvieron a los suyos y les comunicaron la buena nueva. La mayoría volvieron a la Iglesia Católica. Sólo hubo un pequeño grupo de los cristianos ocultos que no quisieron reconocer al misionero que había llegado a Japón y permanecieron escondidos. Todavía permanecen algunos en las pequeñas islas del sur de Japón y se les conoce con el nombre de “Kakure Crshtan” (cristianos ocultos), pero van desapareciendo poco a poco.

Recientemente el Papa Francisco ha reconocido la identidad cristiana de los “Kakure Chrshtan” de los que ha dicho que son cristianos y probados en su fe en tiempos de persecución.

La pervivencia de la fe durante estos 250 años es un milagro de la fidelidad a la Fe de la Iglesia japonesa.

La novela: *Silencio* (Chinmoku, 沈黙) de Shūsaku Endō

Silencio es una novela publicada en 1966 por el escritor japonés Shūsaku Endō (1923-1996). La novela fue reconocida ese mismo año con el premio Tanizaki, uno de los más prestigiosos galardones literarios japoneses. Es el trabajo más conocido de su autor, y suele citarse como su obra maestra.

Shūsaku Endō es uno de los grandes escritores japoneses del siglo XX, con la particularidad de ser cristiano católico, religión en la que fue bautizado a los once años por deseo de su madre, en un país en el que la población cristiana no llega al 1%. Fue presidente del Pen Club japonés y su nombre sonó en numerosas ocasiones como candidato a recibir el premio Nobel de Literatura. La religión es un tema presente en varias de sus obras.

Silencio es una novela histórica, cuyo personaje central está basado en la figura histórica de Cristóvão Ferreira, un misionero portugués de principios del siglo XVII que llegó a ser vice-provincial en el Japón durante la época de

las persecuciones contra los cristianos y que, tras sufrir terribles torturas, se convirtió públicamente en un apóstata, adoptando el nombre de Sawano Chuan.

La novela sigue los pasos de Sebastiao Rodrigues, un joven jesuita portugués lleno de ideales que, en 1640, viaja de Macao a Japón junto a otros dos compañeros, con la misión de ayudar a los cristianos japoneses perseguidos y descubrir la verdad tras los rumores de apostasía de su famoso mentor Ferreira. El «silencio» al que alude el

título es el silencio de Dios ante el martirio de las víctimas, que tan incompresible resulta al padre Rodrigues.

A través de la fracasada misión de los religiosos jesuitas que en el siglo XVII intentaron evangelizar el Japón y de las tribulaciones de sus personajes, Endō propone una sutil y profunda reflexión sobre temas fundamentales de la fe cristiana.

La publicación de este libro causó una gran conmoción en Japón, donde nunca hasta entonces se había tratado de modo tan la brutal la persecución sufrida por los cristianos desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XVII. La obra inspiró con anterioridad otra adaptación cinematográfica: *Os Olhos da Ásia* (1996) del director portugués João Mário Grilo.



La levedad de los días

14 de junio de 2016

El olor de la vida

Esta mañana, al pasar por allí, he percibido un olor entrañable. Olía a café recién hecho, a compañía, a conversación sin prisas, a entrañable amistad de bar, a lugar donde se dicen las cosas más serias sin tener que ponerse serio. Estoy convencido de que olía a amistad... Era el olor de la vida presente en personajes que aparecen y desaparecen al lado de los permanecen todos los días...

Y aquel olor me trajo a la memoria olores del pasado: el olor a pan recién sacado del horno por mi madre, cuando todavía amasábamos en casa del abuelo, y el olor a torta reciente que sabía a azúcar la tuviera o no... Y este olor de la niñez me transportó a una infancia, breve e intensa, con sabor a pueblo, rota y abandonada a los diez años para percibir otros olores...

Estoy seguro de que, puesto en contexto, ya habrás sido capaz de descifrar tus olores determinantes. Hay lugares que nos envuelven con su olor: huele a cerrado o a frambuesa, a vainilla o a menta. Todos los lugares de nuestra vida huelen... El olor a hierba seca en el campo, el olor del trigo recién segado, el olor del primer amor... Todos los lugares huelen y en todos los lugares dejamos nuestro perfume, aunque, a veces, tenga un indescriptible olor a rancio concentrado.

También las personas huelen y dejan su olor. Este me huele mal; y, por eso, nunca podré olvidar el olor del odio, del agravio cometido, el olor del paso del tiempo. Aquella persona me olía a cerrado y necesitaba airearse o ventilarse; se fue de viaje para cambiar de aires para ver si así adquiriría un nuevo aroma... Tengo amigos que huelen a pobre, a abandono, a distancia, a lejanía... "Morenos" hay que huelen como el ámbar, mientras que alguno de los nuestros huele a nada o huele a lo que se barrunta en su palidez.

Y están la lista de los olores importantes pero sin nombre. ¿Cómo es el olor de la santidad? ¿A qué huele la política? ¿Cómo es el olor de la soledad y del vacío de un hogar sin hijos? ¿A qué huele el tiempo cuando se va sin dejar que el aroma de los días se derrame en nuestras manos? Las cosas, los lugares, las personas tienen su olor característico; toda la vida huele, aunque no siempre huela bien. Nuestro olfato se acostumbra a reconocer lo que tiene importancia para nosotros. ¡Qué tristes los efectos de la anosmia por la que las realidades más importantes ni las olemos!

Aún tengo en la mente y en el olfato lo que oí a un viejo solitario y anósmico saliendo de un colegio: "Huele a infante... y el olor a niño me resulta insoportable".

Isidro Lozano⁷¹

⁷¹ Texto inédito para Forum.com.

¡Somos Familia!

Cada hogar,
escuela de
Vida y Amor

AGUINALDO 2017

Del Rector Mayor
P. Ángel Fernández Artime

